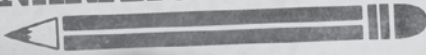


LO

VIMOS, VIVIMOS

NARRACIONES EN MOVIMIENTO



OAXACA 2009



Créditos

Oaxaca 2006: Lo vimos, lo vivimos. Es una publicación de Oaxaca Libre y Revolucionemos Oaxaca, Medios de Información Alternativos, en colaboración con la Universidad de la Tierra en Oaxaca y Swarthmore College de Pensilvania, Estados Unidos.

Coordinación Seminario de Periodismo Creativo

Citlalli Méndez, Nicole Kast, Kiado Cruz, Yesika Cruz.

Corrección de Estilo

Aline Desentis y Luis A. Gomez

Gráfica

Hilda Rodriguez Gonzales (ALHIL)

Diseño y maquetación

mariolugos

Contacto:

www.oaxacalibre.org y www.revolucionemosoaxaca.org

oaxlibre@gmail.com y contacto@revolucionemosoaxaca.org

Esta publicación se realizó con el apoyo solidario de la Fundación Swarthmore.

Este libro se publica bajo la licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada. Se permite su copia y distribución por cualquier medio siempre que mantenga el reconocimiento de sus autores, no haga uso comercial de las obras y no realice ninguna modificación en ellas. Las opiniones vertidas en esta publicación son personales y se realizan a título individual por parte de los autores.

Contenido

Presentación	5
Prólogo	7
Aportaciones: mirando el movimiento social en Oaxaca	9
Voces al aire	21
14 de junio del 2006	49
¿Los sueños atrapados entre los dedos de la Historia?	53
Tengo primeros pasos.	57
El precio muchas veces no importa	63
Miravientos	79
Así decía	85
No podemos olvidar los muertos	87
Solidaridad estudiantil	97
La televisión consentida y la ciudad de la Verde Antequera	101
Oaxaca: un problema mío... tuyo... de todos	107
Conocer Oaxaca, algo fascinante	121
¡Al campesino!	133
¿Has visto llorar a un viejo?	135
Los sentidos de la barricada	137
La impunidad carcome el silencio	157
Las hijas de Lilith	165
Contraofensiva del 25 de Noviembre 2006	171
La huida	175
Gramófono social	179
Tinta en el tintero	185



Presentación

Sólo las historias tienen sentido.

Ivan Illich

Por mucho tiempo, en nuestras mentes había estado rondando la idea de compartir y difundir las historias que le dieron vida, sustancia e hicieron posible el 2006 en Oaxaca.

Se ha escrito mucho sobre la revuelta oaxaqueña, expertos, analistas y periodistas han registrado sus puntos de vista en cientos de páginas, pero pocas veces se ha presentado la visión de quienes durante seis meses vivieron en plantón, redescubrieron las calles a través de las marchas, olieron los gases de la represión y palparon la sangre tibia de un amigo o un familiar, segundos después de haber sido tocado por una bala.

Por eso, un día, quienes formamos los medios alternativos oaxacalibre.org y revolucionemosoaxaca.org, nos reunimos para discutir temas del día, y entre el café y las palabras, surgió la idea de realizar un seminario de periodismo creativo. Deseábamos que quienes vivieron en carne propia el conflicto social escribieran sus historias a través de un género periodístico o literario.

Quienes emprendimos este trabajo, quisimos compartir la idea de lo que llamamos periodismo creativo; no buscamos competir con los medios de comunicación masiva ni pelear con los opositores del movimiento social, sólo queremos mostrar la existencia de muchas verdades, de esto que llamamos nuestra realidad.

Pensamos que vivimos tiempos difíciles e históricos, tiempos que merecen ser recordados por nuestros hijos e hijas y por sus hijos e hijas, por esa razón, lo largo de cuatro largos meses nos dedicamos a compartir nuestras historias.

En el Seminario de Periodismo Creativo nos encontramos con maestros y maestras, periodistas, estudiantes, comerciantes, abogados, perso-

nas de más de setenta años dialogando con jóvenes de no más de veinte, personas que habían vivido día tras día cada instante del movimiento y las y los que habían mostrado solidaridad desde otros estados de México.

Pretendimos ser maestros y maestras de escritura y periodismo, pero en realidad sólo fuimos lectores de una obra de valor histórico que rebasó nuestras expectativas.

Las narraciones finales del Seminario, plasmadas en este libro, fueron escritas con palabras sencillas, pero llenas de sinceridad, coraje, tristeza y esperanza. Esas emociones, aquí plasmadas, son las clave de su valor.

Jacobo, Itandehui, Miriam, Daniel, Octavio, Ezequiel, Paúl, Román, Noemí, Joel, Fabiola, Juan Manuel, Ildefonso, Justino, Osbaldo, Katy, Alejandro, Luis Enrique, Eduardo y Marcos, compartieron sus historias y al mismo tiempo emitieron el grito que se había quedado atravesado a mitad de su garganta, después del abrupto y doloroso final de la manifestación popular.

Además, en el Seminario, no se encontraron ideologías sino personas, algunas cien por ciento de lado del movimiento popular, otras ya desilusionadas de éste. Todos y todas, empero, con el ansia de exponer su propia versión de la historia.

La experiencia del Seminario nos hizo reafirmar nuestra lucha a favor de la Historia, de la memoria y de la libertad. Apoyamos una lucha que reivindica el poder que tenemos en nuestras palabras y en nuestros recuerdos. No pretendemos analizar o criticar el movimiento popular de Oaxaca, sino construir una pequeña ventana a través de la cual puede mirarse un fragmento del paisaje profundo y complejo de las historias vividas en 2006.

Sabemos que ni la naturaleza ni la sociedad podrán soportar por muchos años más al régimen actual. La gente se da cuenta de que no hay opciones, no hay recursos conceptuales ni políticos para lidiar con las dificultades que van en aumento. Necesitamos nuevas palabras que puedan hablar de estas luchas sociales, que han nacido en los términos de la vieja era, pero que no pueden ser contenidos por ésta.

Por eso es importante leer con otros ojos la realidad que vivimos, para empezar la era que queremos... Y acercarnos a las historias de quienes construyeron, desde su lugar, el Oaxaca del 2006, es apenas un inicio, un primer paso.

Prólogo

Oliver Froheling

*Cuando las estructuras se
desvanecen, los sujetos.
Se vuelven protagonistas*

¿Qué sucedió en Oaxaca en el 2006? A tres años de distancia y una buena colección de libros, ensayos y tesis académicas, hay más interrogantes que respuestas. Los intentos de clasificación y explicación han apuntado en tantas direcciones como las teorías e ideologías de sus autores: se habla de un movimiento, de rebelión, de insurrección, de una comuna. Hay toda índole de análisis estructural que descubre en los eventos vividos y creados por los oaxaqueños una simple manifestación de su teoría favorita: la lucha de clases gremial, indígena, de género, o electoral; consecuencia lógica del neoliberalismo, de la pobreza, de la transición política, de la descomposición del poder central, de la crisis. Tenemos los relatos periodísticos, y por supuesto las teorías clasistas y racistas de conspiración, sirviéndonos el cuento de un pueblo que viviría feliz en su miseria si no fuera por la agitación y manipulación de algún grupo o personaje siniestro, inserte aquí a su villano favorito: Carlos Salinas, la Maestra, Hugo Chávez, el Peje, los gringos, los comunistas, la guerrilla urbana o una combinación de todos ellos (la teoría del complot no necesita coherencia para funcionar).

Pero ¿qué hay de los participantes? Mientras se escuchan analistas y líderes de un movimiento que en su tiempo orgullosamente proclamaba de ser “de bases, no de líderes”, hay pocos lugares donde encontramos las voces humanas de la gente que no solamente presenció, sino que hizo este movimiento. ¿Quiénes fueron estas personas que el 14 de junio salieron de sus casas en lugar de encerrarse asustados? ¿Qué piensa un joven que desobedeció a su mamá para salir y buscar a sus amigos dentro del

caos del desalojo fallido? ¿Qué se siente enfrentarse a los sicarios del gobierno en el plantón de Santa María Coyotepec? ¿Por qué la gente siguió participando aún después de la llegada de la PFP? ¿Cómo mostraron ser parte de este movimiento, más allá de las marchas y las barricadas? Todas estas importantes preguntas y muchas más, no se pueden contestar con análisis abstractos que convierten a los participantes de este movimiento en piezas de ajedrez, movidas por fuerzas estructurales, contradicciones económicas o conspiraciones del poder.

Dijo el filósofo francés Henri Bergson que para entender la Revolución Francesa, hay que saber cuándo y dónde los campesinos dejaron de saludar a los terratenientes. Su punto era que los grandes cambios históricos consisten en cambios pequeños de relaciones sociales. Parece que para entender los eventos del 2006 en Oaxaca, hay que investigar preguntas similares: ¿Cuándo y dónde dejaron los campesinos de subirse a los camiones para ser acarreados? ¿Cuántas “beneficiadas” del Oportunidades no votaron por el partido oficial? etc. Estos muchos actos pequeños y casi imperceptibles de resistencia, se juntaron y se volvieron visibles el 14 de Junio. Fue el momento en que la gente, el pueblo, salió a la luz y se volvió protagonista de sus propias historias, con sus acciones, sus miedos, sus heroísmos. Durante los 6 meses de conflicto todo parecía posible, era el tiempo en que la Historia se hizo por los muchos participantes.

En este libro podemos conocer a los hombres y mujeres que estaban y continúan haciendo esta Historia, aunque, como nos advirtió Carlos Marx, no en las condiciones de su propia creación. Aquí, los participantes de este movimiento dan su punto de vista, sus análisis. Es una forma de continuar con el movimiento, ahora no solamente haciendo sino también escribiendo sus propias historias. Invitamos a los lectores a conocer estos relatos de los eventos del 2006, desde la viva voz de sus protagonistas.

Apportaciones: mirando el movimiento social en Oaxaca

Jacobo Arellano Amaya

Introducción

Hablar de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) conlleva muchas interpretaciones. Anticipadamente, se caracteriza como un movimiento social con un proceso de enorme complejidad, que apareció a la luz pública a mediados del año 2006 en la ciudad de Oaxaca.

A tres años de su aparición, resulta claro que el movimiento social de la APPO, desarrollado en el estado de Oaxaca, es un movimiento social de nuevo tipo. Sus características son comparables a las de otros movimientos antisistémicos de oposición al capitalismo, como lo son el movimiento indígena neozapatista en Chiapas, los movimientos indígenas de Ecuador o de Bolivia, el movimiento campesino Brasileño de los Sin Tierra y el de los trabajadores, desempleados y piqueteros argentinos, entre otros varios. Estos grupos cada vez van adquiriendo mayor relevancia por su lucha en contra del neoliberalismo, del capitalismo, de la explotación económica y de la injusticia y discriminación social en todas sus variantes¹.

Por todo ello, el análisis de los procesos y fenómenos sociales particulares no escapa a la influencia del contexto internacional y mundial, que matiza y relativiza los factores histórico-culturales, sociales, económicos, tecnológicos, ambientales y políticos de las naciones y sus regiones.

¹ Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Para comprender el mundo actual. Una Gramática de larga duración*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, Edit. Linotipia Bolívar y Cía. S. en C., Bogotá, D. C. Colombia, 2003, pp. 214-215.

Pero a la vez, no se puede hacer abstracción de los procesos de resurgimiento de la identidad de las nacionalidades.

El levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994 y el de la APPO en 2006, manifiestan el descontento de esos sectores sociales que han visto reducidas sus posibilidades de desarrollo social, en un país que busca superar los rezagos internos a la vez que se abre al comercio mundial. Situación que puede agravarse y generalizarse en sus diferentes regiones si no se atiende de manera adecuada.

El surgimiento de la APPO está permeado por múltiples factores estructurales y propios de la naturaleza interna de la misma. Pero sin duda el despotismo, el autoritarismo y la tiranía², encarnados en la persona del gobernador Ulises Ruiz, hicieron crisis en el 2006 y éste fue el detonante para el surgimiento de la APPO.

La lucha contra la represión y la salida del gobernador marcó una nueva etapa de la crisis política oaxaqueña, misma que es una crisis de gobierno, pero también de régimen; el gobierno como materialización del régimen es fuerte hacia adentro, pero débil frente al capital.

En Oaxaca el régimen populista–autoritario no ha muerto –porque se conservan rasgos del viejo sistema político– y mientras no se muera, se empalma con el régimen tecnocrático–neoliberal. Por eso se habla de dos regímenes sobrepuestos: uno que está probablemente en sus últimos momentos y el otro que no ha logrado consolidarse porque el primero no se muere, ha cometido muchos errores y no está pudiendo resolver los problemas³.

Oaxaca ha sido y es el prototipo de las desigualdades regionales, de la pobreza y de la opresión a sus habitantes, lo que provoca que exista una cíclica movilización social. Así se manifiesta la inconformidad y la rebeldía de los actores sociales, que reclaman mayor participación en la vida económica y política, defendiendo su patrimonio natural y cultural⁴.

² Norberto Bobbio, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*. FCE, México, 2006, p. 225.

³ Octavio Rodríguez Araujo, “Régimen político, gobierno y partidos en México”, en Secretaría de Formación Política del Comité Ejecutivo Nacional del PRD. *Neoliberalismo y resistencia popular*, Tipografía Diseño e Impresión, S. A. de C. V. México, 1999, p. 30.

⁴ Víctor Raúl Martínez Vásquez, *Movimiento popular y política en Oaxaca: 1968–1986*, Centro de Diseño y Artes Gráficas de la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1990, contraportada.

Se parte de la hipótesis de que el surgimiento, desarrollo y permanencia del movimiento social en Oaxaca en el segundo lustro del siglo XXI, es el resultado de contradicciones económicas, sociales y políticas, locales, nacionales y globales. Y para responder a esta suposición, a continuación se analizará el contexto de la realidad inmediata del entorno.

Contexto de los conflictos

Igual que en el mundo, el 68 fue para México el punto crucial para que nuestro país se transformara no solamente en sus instituciones, sino también social y culturalmente. En ese año, el sistema político mexicano dio una muestra del autoritarismo que lo caracterizaba, al reprimir violentamente las protestas de los estudiantes de la Ciudad de México. Posteriormente, ante la fuerte represión, muchos de los jóvenes de ese 68 eligieron otras formas de vinculación para realizar el cambio en la sociedad. Se desplazaron a comunidades marginales, fomentaron la organización de la sociedad y dirigieron y asesoraron movimientos urbano-populares.

El descontento se extendió a prácticamente todos los centros de educación del país y la universidad oaxaqueña participó al sumarse a la huelga estudiantil. El activismo universal abrió un ciclo de movilizaciones políticas que se desarrollaron en la entidad oaxaqueña a lo largo de las siguientes décadas⁵.

Nuevos actores organizados entraron en escena. Lo mismo miembros de las clases medias que radicalizados formaban guerrillas urbanas, como agraristas que invadían tierras y trabajadores del volante que reclamaban democracia sindical y mejores condiciones de vida. Además, comunidades forestales reclamaban el cese de la explotación irracional de sus bosques⁶.

Con una sociedad enfrentada se llegó a 1977, cuando la sucesión de actos violentos dejó muertos y heridos en el bajo Mixe, el Istmo y los Valles Centrales. Como en ocasiones anteriores, el gobernador fue presionado por el Ejecutivo Federal para solicitar una licencia y dejar el cargo⁷.

⁵ Anselmo Arellanes M. *et al. Historia y Geografía de Oaxaca*. 2ª. ed., Carteles editores, 2008, p. 196.

⁶ *Ibid.*, p. 196.

⁷ *Ibid.*, p. 196.

Los movimientos entraron en una fase de descenso, pero para principios de la década de los ochenta nuevos contingentes se integraron. Organizaciones indígenas como sucedió entre los triques, asambleas de autoridades municipales, frentes de defensa de los recursos naturales y la disidencia magisterial de la sección XXII del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, reclamaban democracia sindical y mejores condiciones de vida y trabajo.

Sin embargo, desde el gobierno y como práctica generalizada, en los años ochenta y noventa se registraron represión y violencia política, cooptación de líderes, clientelismo, y en los años recientes, la delegación de lo que antes era la función de gobierno (diversas políticas públicas) al asistencialismo. Las movilizaciones populares recientes han contribuido a modificar la relación de los gobiernos con la sociedad oaxaqueña, de tal manera que ahora se intenta privilegiar el diálogo y la negociación por sobre las medidas de la fuerza.

En el contexto de los últimos cambios políticos en el país, han surgido nuevos partidos y organizaciones políticas y se han llevado a cabo reformas en las leyes a fin de adecuarlas a una sociedad cada vez más politizada, más participativa y más exigente.

Los cambios registrados a nivel mundial en las últimas décadas han sumido al poder político en una crisis sistémica que, por una parte, ha resultado en la descomposición de la clase política. Por otra, ha fomentado de manera reactiva la creación y aparición de movimientos sociales y actores de la sociedad civil que promueven la ampliación de la esfera política, la defensa de la democracia y los derechos humanos, el reconocimiento de identidades específicas y el derecho al desarrollo, entre otros temas.

El conflicto sociopolítico en Oaxaca

Oaxaca no está al margen de la crisis nacional y mundial, aquí tiene sus expresiones y contradicciones más evidentes y se presenta de forma más cruda la descomposición política y social. La entidad constituye una isla de rezagos políticos, económicos y sociales; es heredera no sólo de la dominación colonial, sino también de la estructura de explotación posre-

volucionaria que encontró en la entidad el espacio para reproducirse y mantenerse, aún cuando ese esquema se transformó en el resto del país⁸.

La realidad del territorio oaxaqueño enfrenta factores adversos de índole social, económico y productivo, carencia de infraestructura para la producción, vías de comunicación insuficientes y deterioradas, descapitalización permanente, falta de fuentes de empleo, práctica de una agricultura de subsistencia en tierras empobrecidas o no aptas para la actividad, que arroja escasas o nulas opciones de sobrevivencia y un proceso permanente de migración.

El hecho de que Oaxaca oscile entre el segundo y tercer lugar nacional de marginación, implica que el 21 % de la población de 15 o más años de edad es analfabeta y 45 % no terminó la primaria; asimismo, uno de cada cinco residentes en esa entidad ocupa viviendas sin drenaje ni sanitario exclusivo y uno de cada diez carece de energía eléctrica; 27 % de la población carece de agua entubada en la vivienda, más del 40 % habita espacios con piso de tierra y dos de cada tres personas vive en localidades con menos de 5,000 habitantes, entre otras privaciones⁹.

En los últimos años, el gobierno de Oaxaca, lejos de utilizar el diálogo, la negociación y el acuerdo como verdaderos recursos de la política, ha venido utilizando crecientemente el recurso de la fuerza, la amenaza, el encarcelamiento de líderes, el aislamiento frente a la sociedad que no ha encontrado los canales para hacer oír su voz. Esto ha ido acrecentando la inconformidad social contra el gobierno¹⁰.

En Oaxaca persiste una estructura jurídica e institucional propia de un régimen autoritario; el abuso de este marco explica, en parte, el estallido de la crisis más profunda de su historia contemporánea. El régimen político oaxaqueño hizo crisis el 14 de junio del 2006, luego de la brutal

⁸ Víctor Leonel Juan Martínez, “¡Ya cayó! Colapso del sistema político en Oaxaca” en *Cuadernos del Sur. Revista de Ciencias Sociales*, Carteles Editores-P.G.O., Oaxaca, Nueva época, año 12 núms. 24/25, noviembre 2007, p. 85.

⁹ DIGEPO, *Marginación municipal Oaxaca 2000*, Oaxaca, 2002, p. 65

¹⁰ Víctor Raúl Martínez Vásquez, “Movimiento magisterial y crisis política en Oaxaca”, en Joel Vicente Cortés (coord.), *Educación, Sindicalismo y gobernabilidad en Oaxaca*, Editorial del Magisterio “Benito Juárez” SNTE, Oaxaca, 2006, p. 141.

represión a los maestros de la sección 22 del SNTE, que se encontraban en un plantón en el centro de la ciudad de Oaxaca, como ha sido recurrente cada año desde 1980.

La agresión a los maestros se convirtió en un factor catalizador de la crisis y dio origen a la APPO y a un amplio movimiento popular antiautoritario, un movimiento de movimientos donde concurrían el magisterial, el indígena y el urbano popular, los nuevos movimientos sociales por la ecología, la equidad de género, los derechos humanos, etc. que se aglutinaron coyunturalmente en apoyo a la sección XXII y en contra del gobernador Ulises Ruiz¹¹.

El movimiento magisterial oaxaqueño ha representado un gran capital político para el movimiento social en Oaxaca, como se observó en la crisis política de 2006, originada principalmente por los dos últimos gobiernos. Es así como el movimiento magisterial se convirtió en el catalizador de la inconformidad social y la única organización en el estado con fuerza y capacidad para enfrentar el ciclo autoritario que vive el estado de Oaxaca.

La gota que derramó el vaso fue la represión policíaca sufrida por la sección XXII del magisterio el 14 de junio, al intentarse el desalojo del plantón de los maestros en el Zócalo de la ciudad de Oaxaca.

En las últimas dos décadas, año con año, a principios del mes de mayo los trabajadores de la educación se movilizan por sus demandas, establecen un plantón en el Centro histórico de la capital oaxaqueña y las manifestaciones tienen lugar en todo el estado.

En el año 2006, la movilización del magisterio oaxaqueño inició un poco más tarde, ya que fue hasta el 15 de mayo que tuvo lugar la primera marcha y una semana después, el 22 de mayo, rompió relaciones con el gobierno instalando el plantón indefinido en el Centro Histórico de la ciudad de Oaxaca, suspendiendo actividades en más de 11 mil escuelas, y

¹¹ Víctor Raúl Martínez Vásquez, “Crisis política y represión en Oaxaca” en *Cuadernos del Sur. Revista de Ciencias Sociales*, Carteles Editores–P.G.O., Oaxaca, Nueva época, año 12 núms. 24/25, noviembre 2007, p. 50.

dejando sin clases a un millón trescientos mil alumnos de diferentes niveles¹².

El descontento en el mes de mayo del 2006 no se limitaba a la Sección XXII ni a los ciudadanos electores y partidos políticos; más importantes para comprender el apoyo al movimiento magisterial, son las organizaciones sociales a las que el secretario general de gobierno no sólo negó los apoyos que en anteriores administraciones se les otorgaban y que consistían en recursos materiales y financieros para las comunidades que representan, sino que también reprimió sus manifestaciones y aunado a ello se agrega, el descontento que produjo la gran cantidad de obra pública innecesaria que dificultaba la viabilidad en la ciudad de Oaxaca e irritaba a sus habitantes¹³.

El paro del magisterio estalló el 22 de mayo, exigiendo el cumplimiento de su demanda central: la demanda de re zonificación por vida cara, solicitando pasar de la zona dos a la zona tres. La respuesta del gobierno fue una dura campaña mediática por prensa, radio y televisión en contra del movimiento magisterial y sus líderes; utilizando el membrete, primero de la Asociación de Padres de Familia y después de los organismos cúpula de los empresarios. Se acusaba a los maestros de ser los responsables del atraso educativo del estado por sus 26 años de lucha magisterial.

El 25 de mayo, el movimiento magisterial rechazó la oferta del gobierno de 60 millones de pesos como respuesta a la demanda de re zonificación, una cantidad menor que en 2005. Al rechazar el magisterio la oferta del gobierno, éste amenazó con retirarla, así como levantar actas de abandono de empleo y sustituir a los profesores en las aulas con otros maestros. La agresiva campaña mediática contra los profesores continuó.

El primero de junio, la fracción priísta en la Cámara de Diputados, solicitó el desalojo del plantón utilizando la fuerza pública. La petición fue apoyada por un conjunto de presidentes municipales priístas y asociaciones de empresarios y comerciantes. Esta amenaza fue cumplida de

¹² Carlos Beas Torres *Et al.*, *La batalla por Oaxaca*, Ediciones Yope Power, Oaxaca, 2007, p. 26.

¹³ Samuel Hernández Ruiz, "Insurgencia magisterial y violencia gubernamental en Oaxaca", en Joel Vicente Cortés (coord.), *Educación, Sindicalismo y gobernabilidad en Oaxaca*, Editorial del Magisterio "Benito Juárez" SNTE, Oaxaca, 2006, p. 120.

manera brutal en la madrugada del 14 de junio de 2006, aunque sin éxito para Ulises Ruiz.

Desde el 14 de junio, la demanda central de los maestros, a la que se unieron las demás organizaciones afectadas, lo mismo los vecinos del Centro Histórico y la ciudadanía en general, fue la destitución del gobernador Ulises Ruiz. El problema se elevó al de una crisis política caracterizada por la pérdida de autoridad, la ingobernabilidad y la polarización social.

Como respuesta a la represión a los maestros, surgió el 17 de junio de 2006 la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) como un amplio movimiento social, caracterizado como movimiento popular antiautoritario en donde concurrieron distintas fuerzas sociales, no siempre coincidentes en sus plataformas programáticas, ni en sus estrategias y tácticas de lucha, pero sí en su demanda de destitución de quien consideran responsable directo de la represión y personificación del régimen autoritario¹⁴.

El movimiento magisterial dejó de ser un conflicto de orden laboral, se convirtió en el catalizador de la inconformidad y protesta social contra el régimen autoritario y despótico de Ulises Ruiz Ortiz.

Este movimiento social generó una respuesta impresionante al autoritarismo y despotismo del gobierno: megamarchas de cientos de miles de oaxaqueños, campamentos en el Zócalo y en las sedes de los poderes del estado y dependencias del gobierno estatal y municipal, barricadas luego del asesinato de sus militantes, toma de estaciones de radio para difundir sus mensajes y dirigir sus acciones, caminatas a la Ciudad de México, huelgas de hambre, etcétera¹⁵.

Al finalizar el mes de octubre de 2006, el presidente Fox envió más de cuatro mil efectivos de la Policía Federal Preventiva (PFP) para tratar de sofocar el levantamiento, debido a la artimaña por la muerte del periodista norteamericano Bradley Roland Will y de otras cuatro personas (Este-

¹⁴ Víctor Raúl Martínez Vásquez, “Crisis política y represión en Oaxaca” en *Cuadernos del Sur. Revista de Ciencias Sociales*, Carteles Editores-P.G.O., Oaxaca, Nueva época, año 12 núms. 24/25, noviembre 2007, pp. 50-51.

¹⁵ *Ibid.*, p. 51.

ban López Zurita, Esteban Ruiz, Eudacia Olivera Díaz y Emilio Alonso Fabián)¹⁶, el 27 de octubre.

Los enfrentamientos entre el movimiento popular y la PFP fueron constantes a partir de entonces, señalándose particularmente el del 2 de noviembre en las inmediaciones de la Ciudad Universitaria, al pretender la PFP quitar la barricada de la glorieta de Cinco Señores y que arrojó más de 80 detenidos y alrededor de 200 lesionados. Pero el 25 de noviembre fue sin duda el enfrentamiento más cruento y de mayores daños, pues desató una feroz represión por parte de la PFP.

Durante los siete meses de desarrollo del conflicto se hicieron presentes las megamarchas, las elecciones del 2 de julio, la Guelaguetza popular, los “escuadrones de la muerte”, las barricadas, las tácticas de contrainsurgencia y el terrorismo del Estado, las iniciativas ciudadanas de reforma y otros sucesos relevantes.

Con todo, al final la mayoría de los maestros terminaron por retornar a sus centros de trabajo para iniciar el ciclo escolar, mientras que el resto de las organizaciones de la APPO, cada vez más sometidas a una dinámica de confrontación y violencia con los cuerpos policíacos, continuó radicalizando sus protestas y movilizaciones hasta el desenlace del 25 de noviembre, fecha que marcó el fin de la etapa de ascenso del movimiento popular y el principio de la restauración del viejo orden institucional.

El conflicto social del 2006 se dio cuando el gobierno de Ulises Ruiz no supo contener los agravios de muchos años, la injusticia, la represión caciquil del PRI, los abusos, la corrupción, etc. Tampoco actuó contra los grupos que controlan el poder político y económico de los municipios. Con esta actitud no sólo abonó la desigualdad, sino al mismo conflicto. Pero la expresión más clara ha sido la represión para quienes no están de acuerdo con la manera de gobernar de Ulises Ruiz, así como controlar todos los aspectos de la vida comunitaria, los medios de comunicación y los partidos políticos.

La crisis del 2006, fue el resultado de múltiples agravios a las organizaciones sociales y a la población que fueron acumulándose. Se puede

¹⁶ CCIODH, *Informe de la situación de los Derechos Humanos en Chiapas, Oaxaca y Atenco. VI visita 2008 30 enero–20 febrero*. México, 2008, p. 212.

decir que esta crisis es producto de la acumulación de tensiones y contradicciones diversas. Las crisis tienen un periodo de incubación donde confluyen factores estructurales y coyunturales¹⁷.

Una segunda etapa es la que se refiere al periodo posterior al 14 de junio y en ella se identifica una creciente ingobernabilidad y polarización, propiamente la crisis política, en donde los factores confrontados diseñan sus estrategias e impulsan diversas acciones para lograr sus objetivos: lo más visible fue, por una parte, la salida de Ulises Ruiz y por la otra, su sostenimiento a toda costa. La crisis que vive Oaxaca, si bien ha pasado su etapa más álgida, aún se mantiene en forma potencial y es una crisis de un tipo de régimen que Víctor Raúl Martínez Vásquez ha denominado “gubernadorismo autoritario”¹⁸.

La crisis política que vive Oaxaca no ha sido resuelta, se mantiene latente, como se mostró el 16 de julio de 2007 en que se vivió un nuevo enfrentamiento entre manifestantes y la policía. En Oaxaca no existe un Estado de Derecho, ya que el propio gobierno no cumple sus atribuciones y en tales condiciones, tampoco puede exigir al pueblo cumplir con sus obligaciones.

Ante estas violaciones al Estado de Derecho, la sociedad civil organizada y la sociedad civil en general están haciendo efectivo su derecho a manifestarse para establecer un cambio social y contribuir en la construcción de una nueva sociedad, por lo que se tiene por delante un largo proceso para que la gente participe, se organice y se construya la conciencia social como agente de cambio. Lo anterior explica la existencia, esencia y operatividad de la APPO.

En este contexto se encuentran la APPO y el gobierno, enfrentados, opuestos, como nunca antes. No hay derrota, hay un reflujo en el cual, sin dejar de lado las acciones y algunas movilizaciones, pasa a ser principal la reorganización desde abajo para que la APPO se recupere. La reorganización de las fuerzas con la unidad popular puede ser en un nivel más elevado que el anterior, reafirmandose en la democracia, en la independencia y en la autonomía del movimiento social.

¹⁷ *Op. cit.*, p. 39.

¹⁸ *Idem.*

Comentario final

En las palabras de Sidney Tarrow¹⁹, el poder del movimiento social se pone de manifiesto cuando los ciudadanos corrientes unen sus fuerzas para enfrentarse a las élites, a las autoridades y a sus antagonistas sociales. Crear, coordinar y mantener esta interacción es la contribución específica de los movimientos sociales, que surgen cuando se dan las oportunidades políticas para la intervención de agentes sociales que normalmente carecen de ellas. Estos movimientos sociales atraen a la gente a la acción colectiva por medio de repertorios conocidos de enfrentamiento e introducen innovaciones en torno a sus márgenes. En sus bases se encuentran las redes sociales y los símbolos culturales a través de los cuáles se estructuran las relaciones sociales. Cuanto más densas sean las primeras y más familiares los segundos, tanto más probable será que los movimientos se generalicen y perduren.

¹⁹ Sydney Tarrow, *El poder en movimiento*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.



Voces al aire

Itandehui Santiago Galicia

*“Los hechos no dejan de existir
porque sean ignorados”.*

Tomas H. Huxley

Escribo para recordar, porque cuando uno pierde la memoria por el terror es difícil recuperarla. Escribo porque vivo y siento la violencia, la pobreza, las injusticias, las desigualdades, la marginación, la discriminación, el racismo. Escribo porque anhelo la libertad de nuestro pueblo.

El Intento de Desalojo

La noche del día 13 de junio del 2006 a las 20:00 horas, una compañera de la colonia y yo entramos a las oficinas de la Sección 22. En el interior del edificio iluminado por una luz amarillenta, había mucho movimiento, se sentía el olor a gente, a sudor, a cansancio; las personas iban y venían por los pasillos, las estrechas escaleras resultaban insuficientes ante tanto movimiento, parecía que todos tenían mucha prisa, algunos se detenían por los pasillos a hablar en voz baja, otros se saludaban. Habían largas filas de compañeras y compañeros que deseaban entrar a los sanitarios, con la resignación pintada en los rostros.

Nosotras íbamos al área jurídica con la esperanza de que nos dieran una respuesta favorable al problema que teníamos pendiente del barrio donde habitamos. Se trataba de la arbitraria ampliación de la terminal del ADO, los integrantes del CONVIVE y los vecinos solicitábamos a las autoridades la reubicación de la terminal. Se habían intentado presiones de todo tipo, marchas pacíficas, manifestaciones, combativas calendas, no obstante, la respuesta por parte de las autoridades siempre fue la misma: represión. Estábamos agotando los recursos legales con que

supuestamente contamos la sociedad civil para defender nuestro espacio, nuestro territorio; sin embargo, la empresa contaba con el apoyo incondicional y la complicidad de los poderes constituidos. Pesaba más el compromiso con la empresa que la salud de sus habitantes. Este hecho se sumaba a la larga lista de inconformidades que existía en el pueblo.

Después de salir del Jurídico en el que nos reafirmaron el apoyo de la Sección 22 del Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Educación, pasamos al área donde se reproducían los comunicados, carteles y demás propaganda. Ahí estaban dos jóvenes entre un mundo de papel y máquinas generosas que sacaban de sus bocas palabras y más palabras que en conjunto formaban una de las armas más poderosas y agradables a los sentidos; ideas, conciencias y sentimientos hechas palabras plasmadas en papel, listas para emprender la batalla en las calles. Lo único que se oía en aquel lugar era el ruido de las máquinas. Les pedimos que nos dieran carteles donde se convocaba a la tercera megamarcha y salimos muy contentas con nuestro arsenal bajo el brazo rumbo al plantón que estaba en el Zócalo.

Caminamos por la calle de Guerrero, entre el laberinto de pequeños espacios que había para transitar, sorteamos mecates y lonas de todos colores, observamos los cartones en el piso que servían de colchón y las cobijas amontonadas en espera de ser utilizadas; además, al caminar nos topábamos continuamente con los carteles que cada una de las delegaciones colgaba en su campamento, explicando al pueblo su estancia en ese lugar, exigiendo solución a las demandas del magisterio y rechazando a un gobierno autoritario.

Llegamos al Zócalo invadidas por la emoción; a pesar de la agresiva campaña en los medios de comunicación, orquestadas por el sector empresarial, los sometidos diputados de todos los colores, los presidentes municipales priístas más acendrados haciendo el teatro de que verdaderamente les interesa la educación y todos ellos dirigidos por autoridades carentes de legitimidad, los maestros estaban allí indomables y dispuestos a defender 26 años de lucha.

Recorrimos las calles aledañas al Zócalo, todas ocupadas, sin espacios disponibles. Entre toldos y tiendas de campaña, aparecían colgados de los mecates recortes de periódicos, avisos y mantas con información y mensajes combativos. Todo era una gran red. Me imaginaba que visto

desde arriba, debía parecer una gran telaraña aparentemente frágil, pero no, en su interior se tejía una tela portentosa. Bajo esa protección se construían alianzas, proyectos, pero seguramente también, complicidades.

Caminamos aprisa, buscábamos a una compañera de la delegación de la Mixteca para darle algunos víveres. Cuando la encontramos, los rostros de las y los que se encontraban ahí se notaban preocupados, podía percibir el temor. De pronto, escuchamos unas palabras en tono suave, temerosas: “dicen que van a desalojarnos esta noche”; sentí que la maestra de tez morena, llenita, de ojos negros y una mirada en la que se concentraban la incertidumbre y la impotencia, pero también la fuerza de una larga tradición de lucha, pronunciaba las palabras en tono de sentencia. Las sombras de un posible desalojo se cernían sobre sus cabezas y no sabían qué iban a hacer en esos momentos, algunos se mostraban incrédulos al igual que nosotras, otras y otros empezaban ya a irse a un lugar seguro, no querían arriesgarse ante lo incierto.

Nosotras tratamos de dar palabras de aliento, de seguridad, de apoyo, pero en mí algo pasó: una angustia tremenda y un coraje anticipado invadió mi cuerpo, desde entonces no me he podido desprender de ellos, lo sigo sintiendo, lo sigo viviendo; no estaba muy lejos la infame represión a los pobladores de Atenco por defender sus tierras. Lo que nos faltaba, pensé. Con un temblor, como si hiciera mucho frío, salí con mi compañera rumbo a casa, con la promesa de regresar más tarde con café y pan.

Como a las diez de la noche el teléfono empezó a sonar. A partir de esa noche, el radio y el teléfono se constituirían en instrumentos operativos del movimiento popular, eran diferentes llamadas de alerta para avisar sobre el posible desalojo, “no salgas”, “si sales ten cuidado”, “avisa a quien puedas, hay que estar alertas”, “no dejes de escuchar Radio Plánton”. ¡Ah! La radio. En este segmento de nuestra historia, la radio cumplió un papel muy importante, despertó conciencias, movilizó, organizó, le dio voz al silencio y nos hicimos visibles las mujeres.

A las once y media de la noche, parte de mi familia y yo nos trasladamos al Zócalo llevando ollas de café. Antes hicimos un recorrido por las calles tratando de encontrar alguna evidencia que nos permitiera saber qué estaba sucediendo. Era inusual el movimiento que se apreciaba en esos momentos, automóviles iban y venían, el tránsito de vehículos a esa

hora de la noche no era normal; me pareció que al igual que nosotras, muchas y muchos andaban en las calles en busca de lo mismo. Cuando llegamos al plantón a repartir el café, entramos por el mismo lugar donde horas antes habíamos salido, pero otras personas del pueblo ya se nos habían adelantado, decidimos entonces recorrer las calles de Armenta y López; los accesos estaban muy vigilados. Ya nadie entraba ni salía a esa hora, había desconfianza hasta con el café, “podía contener algo que nos hiciera dormir” nos dijeron en tono de broma.

En la esquina de Melchor Ocampo y Colón se encontraban padres de familia y señores grandes de las colonias aledañas con garrotes, dispuestos a utilizarlos en caso necesario; daba ánimo verlos ahí, en la improvisada y débil barricada hecha por mecates, palos y llantas, sentados, envueltos en sus cobijas; en esos momentos escuchaban la charla que Radio Plantón transmitía acerca de la globalización. Todos estaban a la expectativa. Mientras tomaban su café y platicaban, permitieron que videograbáramos la escena del grupo, como recuerdo y constancia de que los humildes, los pobres y los indígenas son los primeros que se enfrentan en las luchas.

A las 3:30 horas, con nuestras ollas vacías salimos del lugar. Me retiré un poco más tranquila porque vi que alrededor del plantón había varios taxis, unos tal vez resguardando el plantón, otros en espera de ofrecer sus servicios en caso de emergencia; además, estaba terminando el ciclo de la noche para dar paso a la alborada. En el campo el día comienza a las cuatro de la mañana y faltaba media hora. En mi interior trataba de pensar que ya no iba a pasar nada. Aprovechamos el trayecto a casa para pegar furtivamente los carteles de la tercera megamarcha, entonces vimos que estaban transitando varias camionetas cerradas con los vidrios polarizados por las calles de Murguía, me imaginé que a algún jefe de la policía o alto funcionario con la conciencia no muy limpia lo iban escoltando. Nosotras decidimos avanzar rápidamente hacia nuestras casas.

Eran las 3:55 horas. Conciliar el sueño era casi imposible ante tantas emociones no muy gratas, me sentía abrumada. Le bajé el volumen al radio. Mi cabeza era un caos, sentía que me iba a estallar. Pensaba en las mujeres que se habían quedado en el plantón y me preguntaba qué más tenía que pasar para que nosotras y nosotros nos decidiéramos a decir “ya basta”. En medio del dolor empecé a hacer un recuento de lo vivido

en estos dos años de este gobierno y no porque anteriormente hubiéramos estado mejor, sino porque los problemas se habían agudizado: represión hacia las voces disidentes, corrupción y saqueo a las instituciones públicas, la aplicación de la justicia por consigna, el autoritarismo ejercido al no ver ni escuchar al pueblo, diputados incondicionales al gobierno, sumisos y carentes de dignidad; la construcción de la terminal de autobuses impuesta al barrio de Jalatlaco continuaba sin que importara la opinión de los habitantes, las afectaciones a los vecinos de la Colonia Santa María por la ampliación de la carretera en el Cerro del Fortín, la transformación del Palacio de Gobierno en Museo, las remodelaciones innecesarias al Zócalo y otros espacios en un desprecio total a las piedras cargadas de historia de nuestros ancestros, mientras el pueblo carece de los más elementales servicios, la instalación de los parquímetros, la toma del periódico Noticias, etc. Pensando en esto me quedé dormida.

14 de junio. Mi habitación estaba en penumbra, casi terminaba la noche, era una madrugada de verano, por lo tanto no hacía mucho frío; el silencio sólo era cortado por la voz que provenía del radio, entre dormida y despierta, porque mi pensamiento y corazón estaban alertas, alcancé a escuchar la voz angustiada del locutor de Radio Plantón que decía: “en estos momentos la policía está entrando al edificio para reprimirnos, desalojaron a los compañeros que permanecían en el Zócalo y en el Hotel del Magisterio, están golpeando a las compañeras y compañeros, hay mucho humo, no se puede ver por los gases lacrimógenos...” y se cortó la transmisión.

Salté de la cama con una opresión en el pecho, la amenaza había sido cumplida. Miré el reloj, marcaba las 4:55 horas. Hice una llamada para avisar lo que estaba pasando, rápidamente hubo un acuerdo: “paso por ti” y me preparé para salir. Cuando entré al cuarto de mi hija para avisarle que en esos momentos me iba, me asombró porque estaba casi lista para acompañarme, también ella se quedó preocupada, me dijo: “voy contigo, no vas sola”, traté de disuadirla, pero fue inútil. Reconozco mi vulnerabilidad en ese sentido aunque no tiene razón de ser, la delgadez de su cuerpo contrasta con la fortaleza de su carácter y su clara conciencia social.

Recuerdo que tomamos la avenida Morelos, todavía las calles estaban oscuras, los automovilistas no dejaban de sonar su claxon dando aviso a la población de lo que estaba ocurriendo, cuando llegamos ya los uniformados permanecían parados en fila en las bocacalles; en Porfirio Díaz, detuvimos el automóvil enfrente de ellos y con un tono poco amigable, ríspido, les pregunté: ¿Qué hicieron con los maestros, dónde están? ¿Por qué están ustedes aquí? La única respuesta fue la amenaza del arma que traían pegada a su cuerpo y que en ese momento la levantaron para reforzar una orden terminante: “avance, avance”.

Una señora que vende periódicos me dijo: “váyanse, están muy bravos, corrieron a los maestros”. Fue en ese momento cuando vi a los lejos un cuadro que me estrujó el alma, mi recuerdo se transportó a la imagen que por tradición muchos tenemos, cuando en los días de Muertos, las ánimas se alejan con tristeza después de haber convivido con los vivos, así sentí que iban las compañeras y los compañeros, como figuras fantasmagóricas aturdidas por los gases nocivos, arrastrando sus cobijas, su dolor, su impotencia, su furia, sus cosas, sus miedos, huyendo de desalojos y tiranos. Con la zozobra del futuro, iban caminando hacia él.

A las 5:35 horas, desde la calle de Morelos cerca de la Plaza de la Danza, oímos unos chiflidos, avanzamos y nos acercamos a un grupo de compañeros reunidos, nos acercamos, un maestro relataba cómo entraron a rescatar a una maestra que se quedó sola sentada en medio del ataque. La mayoría de los maestros que se encontraban ahí traían en las manos unos tubos, como si fueran bastones que al choque con el piso producían un sonido de guerra. De pronto, a las 5:43 llegó hasta nosotras el rumor de una consigna que nos levantó el ánimo “Zapaaata vive, la luuucha sigueee”, avanzamos presurosas hasta la calle de Independencia donde los maestros armados con piedras, palos y tubos y algunos con sus mochilas en las espaldas, se estaban organizando y enfrentando a los policías. Eufóricos gritaban, “júntense, vamos compas, júntense”. Algunos compañeros dejaron sus mochilas y cobijas en los quicios de las puertas para enfrentarse libremente a la violencia legalmente organizada. Los maestros que daban la batalla no sentían miedo, la indignación por la agresión sufrida les proporcionaba la fuerza suficiente para resistir el embate policíaco. “Va a caer, va a caer, Ulises va a caer”, la consigna que

repetían en todo momento los llenaba de energía; los que estaban dando la batalla no sentían miedo, la rabia por la agresión sufrida, los robos y los destrozos a sus campamentos les daba fuerza para no darse por vencidos. “Ulises, esto te va a costar el pescuezo”, gritó alguien a todo pulmón queriendo que su deseo se hiciera realidad.

El alba y la furia se estaban haciendo presentes en esos momentos, no importaban los gases, los enardecidos maestros así como llegaban los petardos los devolvían; lo importante era recuperar la plaza, alejar a los policías que se habían atrevido a sacarlos de un espacio que es nuestro, que es de todos. Sin armas de alto poder, con piedras y con palos, impulsados por la consigna que nos unió a todos, nadie paró al torrente humano.

A las 6:14 horas nos fuimos hacia otras calles, necesitábamos tener testimonios de lo que estaba pasando, llegamos al lugar en donde habíamos estado la noche anterior y estábamos filmando a los policías, cuando se dieron cuenta nos tiraron de pedradas y nos retiramos con prontitud; la rebelión espontánea se fue extendiendo hacía las otras calles, la población ya estaba apoyando y juntos daban la batalla a la policía, resistían hombro con hombro por todos lados. Los gritos y consignas no cesaban: “¡Policía ratero, te llevaste mi dinero! ¡Policía cabrona, devuélveme mi lona! ¡Policía cabrón, devuélveme mi colchón”.

Los habitantes salían con cubetas de agua y varias puertas se abrieron para dar protección a las maestras. Estábamos en Independencia y Avenida Juárez, cuando el ruido de un helicóptero nos hizo alzar la cabeza, apareció sobrevolando la zona de batalla, era de un color azul, de ese azul que infunde terror y alarma, de ese azul que recorre las calles de Oaxaca, amenazante, retador, con riesgo de convertirse en parte del paisaje; de su cuerpo salían bombas lacrimógenas disparadas por una mano anónima que tal vez nunca supo de ternura. Un petardo que cayó cerca nos obligó protagonizar una huída desorganizada. El helicóptero detectaba donde estaba el punto de mayor concentración para tirar las bombas. Los compañeros pedían que la gente no se dispersara, eran las 6:55 de la mañana.

A las 7:15 horas, los estudiantes universitarios tomaron las instalaciones de Radio Universidad y empezaron a transmitir para informar al pue-

blo que el gobierno había optado por la violencia y no por el diálogo con los maestros. Denunciaban lo que estaba aconteciendo en el centro de la ciudad. Durante la transmisión se escuchó una voz de mujer que decía: “hay evidencias de que la policía tiene armas de fuego, nosotros no tenemos nada”.

Por el altavoz, a las 7:25 horas, un maestro dio la noticia de que ya venían marchas de diferentes puntos: “aguanten compañeros, resistan, se les van a terminar sus bombas y es el momento de detenerlos”.

Había compañeros que se dedicaban a apagar las bombas con sábanas, con colchonetas, en cubetas de agua o las tiraban a las coladeras, mientras los demás se enfrentaban a los policías. Todo el centro de la ciudad estaba poseído por ese humo maligno, los universitarios estaban apoyando en el primer frente, decididos a todo, comenzaron a preparar bombas molotov y sin temor alguno, empezaron a secuestrar autobuses urbanos para utilizarlos de barricada. Recorrimos varias calles en donde se daba el enfrentamiento: Morelos, Independencia, Abasolo, Avenida Juárez, Porfirio Díaz, Alcalá, en todas los maestros avanzaban y se replegaban, pero cada vez más iban ganando terreno. Había varios heridos, pero tal parecía que el dolor físico no importaba.

Como a las 8:30, en una de las tantas veces que pasó el helicóptero aventando bombas lacrimógenas, éstas nos hicieron correr hasta la iglesia de La Merced, aquella que cerró las puertas a la población que, estando en peligro, buscaba un refugio para protegerse. Entonces, abruptamente, surgió imponente en la calle de Xicotencatl un carro que dio vuelta sobre Independencia, era un camión de basura casi nuevo, grandote, venía a toda carrera, en estampida. De repente todas y todos nos asustamos y estábamos a punto de huir del lugar como pájaros en desbandada, cuando frenó de repente y se bajó del camión un joven, venía en loca carrera para que nadie lo detuviera, se lo trajo de no sé donde para que sirviera de barricada en esa esquina.

Antes de las 10:00 de la mañana, con muchas heridas difíciles de ser curadas, los maestros y el pueblo recuperaron el corazón de la ciudad. En un arrebato violento, el gobierno desbocado quiso desaparecer proyectos, sueños y esperanzas. Las notas del himno “Venceremos” se hicieron

presentes, este hecho logró aglutinar el descontento popular disperso, para articularnos en un intenso movimiento social.

A las 12:15 horas todavía respirábamos el humo tóxico que permanecía necio en la atmósfera. El cielo casi despejado, sin humo, contrastaba con lo negro del paisaje. Algunos maestros entraron a rescatar lo que no había sido quemado y destruido, en el Zócalo todo se veía negro, parecía una “zona de guerra”: campamentos destruidos, lonas, costuras, restos de ropa, cobijas, mantas, lentes, trastes, todo quemado, roto, zapatos manchados con sangre, sangre en las banquetas; lo único que estaba en el aire, además del olor a gases, era un esqueleto que representaba a Ulises Ruiz, como mustio testigo de lo que ahí había pasado. En el Zócalo se anunció que había compañeros detenidos y que se iban a dar los nombres.

En esos momentos arribaron a dar su apoyo contingentes de Xoxocotlán y otras colonias, “Maestro aguanta el pueblo se levanta” y efectivamente el pueblo se levantó ávido de justicia.

A las 13:15 horas en Radio Universidad se oyó la voz de una mujer diciendo: “¿Cómo vamos a apoyar a este gobernador que está matando gente? ...quisiera anunciar que cancelaron los teléfonos en el Infonavit Primero de Mayo, no hay líneas... Hago un llamado al pueblo a que salgamos a apoyar a los maestros, no es posible lo que está sucediendo...”; en esos momentos arribó la primera marcha convocada por el pueblo, eran vecinos de la colonia Dolores, tomaron las calles para solidarizarse con los maestros y en alusión al apoyo de los jerarcas católicos hacia el gobierno, traían una manta con la leyenda: “Como en todas las guerras del mundo, las religiones oran por la paz, pero con gritos sonoros bendicen los cañones. ¡Fuera Ulises!”.

En esos momentos, una maestra de mediana edad, delgada, de cara triste, mirada cansada, nerviosa, sin saber qué hacer, tomó una escoba y empezó a barrer su espacio, cuando terminó, volvió a barrer sobre lo barrido una y otra vez, como si quisiera, con la escoba borrar lo acontecido y mitigar la angustia, el dolor y coraje que llevaba dentro. Desde ese día, la vida cambió para todas y todos. Con este suceso inició la movilización popular cargada de sentimientos de justicia, valor y libertad. Se

desencadenó la solidaridad del pueblo, hombres y mujeres empezaron a llevar tortas, agua y comida. Frente a la represión, la resistencia popular.

Plantón en Finanzas

Julio 27 del 2006. Desde que llegamos a Finanzas, la participación de los colonos fue aumentando, en especial la de las mujeres que hacían guardia durante toda la tarde hasta las doce de la noche. Las compañeras decían que en este movimiento tenían la posibilidad de romper con la forma de convivencia entre hombres y mujeres, luchar por las desigualdades económicas y sociales, por la discriminación de la apariencia física y de clase social, por la violencia intrafamiliar y social, por la necesidad de organizarse. Sentían que era un espacio suyo, porque a diferencia de otras *tomas*, en que la mayoría eran maestros, en este lugar se encontraban las y los ciudadanos que formamos el Frente de Colonias y que por mandato de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca, tomamos la Secretaría de Finanzas.

Ahí estábamos las mujeres de muchas colonias y barrios luchando en contra del autoritarismo y prepotencia, de la marginación y el olvido de las autoridades, movilizándonos para exigir agua potable, alumbrado público, seguridad, conservación de la estructura colonial de la ciudad, deportivos. Juntas nos dimos cuenta que teníamos muchos problemas comunes y que no éramos escuchadas.

Todas participábamos en las diferentes comisiones que se integraron en la *toma*. Formamos comisiones de organización, prensa y propaganda, higiene y salud, alimentación, finanzas y seguridad.

Como a las cuatro de la tarde, la compañera Anita que formaba parte de la Comisión de Higiene y Salud, por ser médica, estaba casi metida en el contenedor y se esforzaba por trasladar la basura a una bolsa de plástico para que se pudiera tirar al camión cuando éste pasara; en eso se quedó parada un momento y dijo: ¿Qué las mujeres no podemos hacer otras cosas que no sean la limpieza y la comida? La respuesta quedó en el aire.

A las 18:00 horas, cuando ya todas estábamos reunidas, volvimos a retomar el cuestionamiento de la compañera y después de un análisis concluimos que vivimos en una sociedad muy injusta y más para las

mujeres que día a día sentimos la represión, el sometimiento, la violencia, la pobreza y la injusticia.

Expresamos que la mujer tenía que levantarse y luchar para seguir ganando espacios. La compañera Crucita dijo: hagamos una marcha de mujeres. Nadie lo pensó dos veces. Todas nos alborotamos, recordamos a las mujeres chilenas y argentinas. Hablando y haciendo le pusimos nombre y fecha: 1° de agosto, Marcha de la Cacerolas. Así eran de rápidas las acciones.

Julio 31 de 2006. En Radio Universidad a las 17:00 horas, se oyó una voz de mujer, delgada, dulce, quería ser firme, pero se oía nerviosa, hacía un llamado: “Las mujeres Unidas de las Colonias y Barrios de Oaxaca que actualmente tienen tomadas las instalaciones de la Secretaría de Finanzas, convocan a todas las mujeres profesionistas, amas de casa, intelectuales, maestras, estudiantes, campesinas, obreras, sin distinción de clase social ni edad, a participar en la Marcha de la Cacerolas, el día primero de agosto a las nueve horas. Partirá de la exfuente de las Siete Regiones al exPalacio de Gobierno para exigir la salida de Ulises Ruiz. Hacemos un llamado a todas las mujeres de las colonias del Centro, las colonias conurbadas, a las mujeres de los pueblos circunvecinos de Zaachila, Tlacolula, ETLA, Xoxocotlán, Cuilápán, etc., para que traigan sus cacerolas, sartenes, ollas, cucharas y nos manifestemos. Asistan compañeras, es necesario mostrar que las mujeres no estamos de acuerdo con este gobierno”.

Durante la tarde estuvimos organizando lo necesario para la marcha en una galera grande que nos protegía del sol y del frío, situada a un costado de las oficinas principales, donde era el estacionamiento de los funcionarios. Ahí, en ese lugar, improvisamos la cocina, había una mesa grande donde se ponía lo que los vecinos de las colonias nos daban para sostener el movimiento: las tortillas, el pan, el café en grano, los huevos, los vasos y platos desechables. Teníamos un anafre donde calentábamos el café y la comida que por lo regular consistía en arroz y frijoles. La otra parte la utilizaban para dormir las compañeras que permanecían de tiempo completo en *la toma*.

A las 18:00 horas, todas y todos trabajábamos en las distintas comisiones: unas compañeras hacían llamadas para que alguien nos facilitara

el sonido; los jóvenes artistas estaban listos para empezar a elaborar la manta, les dijimos que tenía que ser muy combativa, era muy importante porque ésa iba a encabezar la marcha. Tenían sus pinturas en el piso, empezaron a hacer algunos bocetos. No fue tan difícil, solamente plasmaron en la manta lo que vieron en los rostros de las mujeres que permanecíamos en el plantón, el hartazgo por tantas injusticias y el deseo de movilizarse y luchar por una vida diferente.

El reloj marcaba las 20:00 horas. Nos sorprendió la noche con mucho movimiento. Parecía un día de fiesta, todos iban y venían muy contentos, salíamos a asomarnos de vez en cuando a la calle, los automóviles no dejaban de circular por el boulevard y algunos tocaban el claxon para alentarnos. No podíamos descuidar la entrada que estaba llena de carteles y lonas para protegernos del sol y el sereno.

Contábamos con un radio medio viejo que sintonizábamos durante todo el día para enterarnos de lo que estaba sucediendo, como no tenía mucho volumen, le poníamos un micrófono para que aumentara el sonido y todos pudiéramos escuchar. A esa hora estaba al aire una mujer indígena diciendo: “las comunidades indígenas estamos defendiendo nuestro territorio y no piensen que nada más es la tierra, nuestro territorio es lo que está debajo de la tierra: el agua, los minerales, nuestros muertos; lo que está sobre la tierra; los animales, los bosques, las personas y lo que está arriba de la tierra: el sol, el aire, el cielo, las estrellas...”. Al escucharla pensé que el radio estaba cumpliendo una función pedagógica en este levantamiento. “Levántate campesino trabaja lo mexicano/ se están llevando tus frutos/ te están robando tus granos/ y todo lo que produces/ es para bien de los amos/ y todo lo que produces/ es para bien de los amos/ Te envuelven por la semilla y te roban las cosechas/ y mientras te mueres de hambre/ los patrones se aprovechan/ Ellos por carreteras y tú caminas por brecha/ los surcos que vas abriendo/ se dibujan en tu cara/ y en tus espaldas se marcan el azadón y la pala/ y los ricos te lo agradecen con represión y con balas”.

Como a las diez de la noche, invitamos a todos a tomar café con pan. La compañera Estelita, que siempre estaba pendiente de los alimentos, se preocupaba porque todos comieran, pero ni falta que hacía en las noches, porque por la puerta desfilaban los colonos ofreciendo pan, café, atole,

tostadas, las tradicionales medias tortas de frijol y chileajo y cuando nos iba mejor, tamales. El pueblo nos dio tanto, que en varias ocasiones compartimos la comida con las compañeras y compañeros de los otros plantones.

La noche avanzaba y nos faltaba mucho, decidimos elaborar nuestros mandiles por el significado que tienen para las mujeres. Varias compañeras sacaron a relucir sus dotes artísticas, las niñas también se unieron a elaborar sus mandiles con dibujos y consignas: “Las niñas en lucha”. Cuando terminamos con los mandiles, empezamos a pintar los huevos que les íbamos a llevar a los diputados y el listón para clausurar los hoteles que le servían a Ulises Ruiz de sede de gobierno.

La Marcha de las Cacerolas

1º de agosto de 2006. Llegué puntual a la cita a las 8:00 horas, inmediatamente empezaron a llegar las demás compañeras del plantón de Finanzas, observamos que había pocas mujeres, la hora de inicio era a las nueve de la mañana. Arce nos informó que los camiones ya estaban listos, pero empezaron a surgir algunos detalles, Dani nos comentaba que el sonido que nos habían prestado no funcionaba bien. En eso estábamos cuando empezamos a notar que las mujeres arribaban en grupos, dijimos: “ojalá y por lo menos se reúnan unas dos o tres mil mujeres”, pero el número crecía conforme avanzaba el tiempo, cuando nos dimos cuenta ya eran más de quinientas, en unos momentos más, dos mil. La escandalera no se aguantaba y fueron en aumento mujeres y ruido hasta que el espacio de la Fuente de las Siete Regiones resultó insuficiente, nosotras estábamos asustadas, pero del temor pasamos a la sorpresa y admiración porque no paraban de llegar las compañeras, todas estaban sonando sus cacerolas, tapaderas, ollas y cucharas, era un ruido tremendo. Al ver esto decidimos no ir a los hoteles ubicados en San Felipe, había gente grande y no quisimos arriesgarnos.

Arce nos dijo que tenían en su poder dieciocho autobuses, pero no iban a ser suficientes para trasladar a tantas mujeres y tampoco podíamos permanecer mucho tiempo esperando porque temíamos perder el control de la actividad, fue entonces que decidimos organizar al contingente para dirigirnos a nuestro destino final.

Poco después de las nueve de la mañana, desplegamos nuestra manta y le dimos voz al espíritu de Flores Magón: “Cuando una mujer avanza, no hay hombre que retroceda” y el contingente de mujeres no solamente avanzó, sino que a partir de ese día, primero de agosto, se ganó un lugar en el gran movimiento social oaxaqueño. Por primera vez, en una manifestación impresionante, sin miedo por la enorme fuerza aglutinada, las mujeres ejercimos el derecho a expresarnos con libertad, llevando fusiles de papel y armas hechas de palabras.

Después de las nueve de la mañana se escuchó en Radio Universidad: “Transmitiendo desde el 1400 de la XEUBJ, la Radio de la Verdad, hacemos una invitación a todas las compañeras que no se han sumado a la marcha que se está llevando a cabo el día de hoy a que lo hagan, que lleven sus cazuelas, sartenes, que se sumen a la protesta en contra de URO, el exgobernador del estado de Oaxaca”. La voz musical de José de Molina sonaba fuerte: “Ven aquella mujer que va gritando/ que la huelga estalló y va cantando/ aunque su paso es lento por los años/ Su alma es un torbellino sin engaños/ agitando su blanca cabellera/ repartiendo volantes quinceañera...”

“Las mujeres oaxaqueñas dejaremos el mandil y si fuera necesario tomaremos el fusil”, la consigna que idearon las compañeras la noche anterior y que nos había causado tanta emoción, no se oía claramente por tanto ruido, el aparato casi no servía, alguien nos prestó un altavoz y Dani les pidió a las compañeras que tuvieran cuidado con las personas de la tercera edad que nos acompañaban.

Les solicitamos a los compañeros de la comisión de seguridad que se mantuvieran siempre al lado del contingente. La voz de José de Molina continuaba en la Radio de la Verdad: “Es tres veces mujer y militante/ es madre, esposa, abuela y camarada/ está llena de amor y en su mirada/ se refleja el coraje comandante...”

Las pancartas que llevaban las compañeras eran variadas, se convirtieron en todo un almacén de palabras, casi todas con la exigencia de la salida inmediata de Ulises, muy pocas a otros funcionarios como ‘Chucho Bolas’ o Rito Salinas, la mayor exigencia era “Fuera URO de Oaxaca” expresada en distintas formas. Momentos después, la doctora Bertha se integró a la marcha con su cacerola, las compañeras que estaban cerca

de ella, con mucho cariño le corearon un saludo en reconocimiento a su trabajo en Radio Universidad. La canción continuaba: “Es madre campesina y proletaria/ tiene estirpe y herencia libertaria/ tiene ya muchos años combatiendo/ y a penas su coraje va naciendo...”

Todo era alegría y entusiasmo, fue necesario avanzar más adelante del banco Serfín para que todas se integraran al contingente. Me subí a una camioneta para ver hasta donde terminaba la marcha y se me llenó la mirada de colores, tenía ante mis ojos un delicioso espectáculo, la concentración era impresionante. Cuando las Mujeres Unidas de las Colonias y Barrios de Oaxaca, como nos denominamos, convocamos a la marcha, no nos imaginamos que el rechazo a Ulises iba a reunir a tantas mujeres. En la multitudinaria marcha se manifestó el dolor, el coraje, la inconformidad de las mujeres ante un gobierno soberbio y autoritario. Al grito de ¡Lo quiera o no lo quiera, Ulises va pa’fuera! iban las mujeres, levantando conciencias, osadas, recias, belicosas, obcecadas, hermosas. En mi mente iba recordando la canción: “Lleva en su nido pecho de paloma/ y también al acecho una pantera/ puede ser laboriosa y guerrillera/ y coqueta también a su manera/ ven aquella mujer, ven aquella mujer...”

Durante el trayecto, cientos de mujeres esperaban el paso de la marcha para incorporarse a la multitud que avanzaba retadora. Cuando el incansable río pasó frente a un negocio de paletas, salió una señora con una indumentaria que denotaba su opulencia, indignada protestaba por el ruido perturbador de las mujeres, entonces del tumulto salió como estallido una mujer del pueblo, que con la seguridad de su corpulencia, asestó un sartenazo en la cabeza de la atrevida voz, que no alcanzó a percibir en los semblantes el fuego y el hartazgo de la gente.

Minutos antes de las diez de la mañana, arribamos a la entrada del Hotel Misión de los Ángeles. Entramos a poner el listón para clausurar simbólicamente el lugar en protesta, porque en ese espacio despachaba Ulises Ruiz, y ahí estábamos amarrando nuestro listoncito cuando oímos un golpe en los vidrios y luego uno tras otro, las mujeres iban muy enojadas y empezaron a botar los huevos que les íbamos a llevar a los diputados. Otras optaron por golpear los vidrios, los empleados asustados cerraron las puertas, entonces antes de que otra cosa sucediera, optamos por continuar nuestro camino.

Conforme avanzábamos, la marcha fue creciendo, en todas las calles se incorporaban más y más mujeres cantando “sacaremos a Ulises de Oaxaca, de Oaxaca sacaremos a ese buey...” y acompañada por el sonido de las cacerolas, la multitud caminó hacia el centro de la ciudad.

En el imaginario colectivo, la toma del Canal 9 tomaba forma. Las mujeres combativas avanzaban derrochando entusiasmo y energía. Mujeres y ciudad se fundieron en un sólo cuerpo para aliviar las múltiples heridas, decididas a todo, nada nos detuvo. La marcha era una mezcla de colores, aromas, sentimientos, pensamientos, gustos, sensibilidades y rebeldía. Con el calor de los rayos de sol se cocinaron estos ingredientes, para dar como resultado una transformación profunda de nuestras tercas conciencias, nutriendo memorias dormidas y sacudiendo mentes rebeldes y tiernas cabezas.

Entramos al Zócalo después de las doce del día. Las campanas de nuestro simbólico palacio empezaron a sonar anunciando la entrada de la histórica e impresionante marcha; al subir al kiosco, mis húmedos ojos alcanzaron a ver el río interminable de mujeres que consigo traía todo un caudal de dignidad y rebeldía.

Iniciamos el mitin satisfechas, como a la mitad se acercaron tres compañeras con una propuesta, la valoramos y se acordó ponerla a consideración, la voz que estaba en el micrófono en esos instantes preguntó a las más de diez mil mujeres: “Compañeras hay la propuesta de ir al Canal 9, ¿Quieren ir?” y todas contestaron: “¡Sííí!” Las mujeres orgullosas y valientes partieron al Canal 9, que como brazo mediático del gobierno se dedicaba a decir mentiras disfrazadas de verdades. Las primeras se trasladaron en los camiones que habían sido tomados, las que no alcanzamos tuvimos que tomar, por las buenas o por las malas, camionetas, autobuses, coches, taxis, de aventón; como pudimos arribamos a las instalaciones de la Corporación Oaxaqueña de Radio y Televisión (Canal 9) al coro de la consigna: “Prensa, prensa, si tienes dignidad, nosotras te pedimos que digas la verdad”.

Las primeras compañeras que entraron a las instalaciones trataron de hablar con las y los directivos para que nos diera un espacio, sólo queríamos un tiempo para difundir “un poquito de tanta verdad” como decía nuestra compañera Estelita. Una hora solamente para comunicarle al

pueblo la realidad del movimiento, para decir nuestra verdad. Como se negaron, ahí nos quedamos, al fin y al cabo siempre nos han dicho que es EL CANAL de los oaxaqueños.

En esos momentos, desde la Radio de la Verdad decían: “Comunicado muy importante, en estos momentos se encuentran ya tomadas las instalaciones de Canal 9, el canal del gobernador de estado, el canal de Ulises Ruiz”. La reportera confirmaba: “De forma pacífica las mujeres ya entraron aquí al canal, no golpearon a nadie, son puras mujeres...” La música se dejó oír: “Estaba yo pensando y no puedo comprender/ que caso tan curioso es el de la mujer/ trabaja como un burro y a la hora de cobrar/ le dan una patada y vuelve a trabajar”.

Las mujeres estaban asombradas, me pareció que el noventa por ciento de las compañeras no conocía las instalaciones, sus caras se parecían a la de los niños cuando se encuentran ante algo nuevo, muchas de ellas aprovecharon para hacer un recorrido por el lugar. En un momento, los pasillos, las oficinas, las cabinas y foros se llenaron de mujeres obcegadas, presionando a los trabajadores para que devolvieran la señal de radio y televisión, de su garganta salió una y otra vez: “¡Mujeres unidas jamás serán vencidas!”

Yo iba de un lado a otro, topándome con mujeres por todos lados, subía y bajaba tratando de calmar a las compañeras que ya en esos momentos se encontraban muy enojadas, amenazando con destruir lo que encontraran a su paso. Les pedí que mantuviéramos la calma, intenté explicarles que no se trataba de pintar, quemar ni destruir nada, pero lo que lograba duraba muy poco. Volvían a insistir. Las cacerolas que abandonaron la cocina para convertirse en instrumentos de protesta quedaron mudas, en segundo término, lo importante para la voluntad colectiva femenina era contar con un medio para comunicarse con la otra parte del pueblo.

Entré a la cabina de radio, en el lugar sólo se encontraban el responsable, con un gesto adusto y con su corbata puesta, el saco que hacía juego con su vestimenta lo tenía colocado en el respaldo de un sillón y una joven alta que lo presionaba para que nos diera la señal de radio, no supe quien era porque no la volví a ver, pero por el lenguaje que utilizaba deduje que posiblemente venía de Radio Universidad. Entre las dos tratamos de convencerlo, él estaba muy enojado porque teníamos retenidos a los

trabajadores, al final nos pidió que dejáramos ir a las mujeres, pero la decisión no estaba en nuestras manos.

Salí nuevamente y las cosas estaban peor, sólo oía: “¡Si no hay solución aquí será el plantón!” No sabía en dónde se encontraban mis compañeras de Finanzas y no podía controlar a las mujeres, me di por vencida y, cansada por las presiones de la marcha y de tanto hablar, me regresé a la cabina de radio, ahí todo seguía igual, la presión de la joven y la resistencia del señor.

Desesperada y cansada me tiré en la alfombra, estaba agobiada, no sabía qué iba a pasar, parecía que a la más grande de las presas le habían abierto las compuertas, desbordándose a torrentes por todos los cauces posibles y además era imposible de contener. Traté de calmarme. Desde ese lugar empecé a observar el espacio, enfrente de mi estaba una de las cabinas con una mesa redonda cubierta con un paño verde, sobre la cual había cuatro micrófonos, en la entrada del lugar se encontraba el transmisor, los controles, una pequeña mesa y el teléfono; del lado donde estaba sentada alcancé a ver otra cabina, después me enteré que era la de radio por Internet, al lado había otro espacio con muchos aparatos. La observación la interrumpió una compañera que me andaba buscando para que fuera a intervenir con las mujeres, porque querían desnudar a los trabajadores. En un principio me negué porque me sentí impotente, sentía que no había poder humano que las detuviera, ya lo había intentado; sin embargo, ella siguió insistiendo y entonces comprendí que era también mi responsabilidad, todavía la condicioné: “voy pero si tú me ayudas”, ella aceptó.

Tuvimos dificultades para entrar al lugar en donde tenían a los trabajadores, el estrecho pasillo estaba repleto de mujeres inconformes, cuando llegamos ya algunas los estaban jaloneando, hablé con las compañeras y las separamos del grupo. Se oyó un solo grito en esa inmensa presa abandonada “queremos la señal”.

Las mujeres rebeldes estaban tratando de cobrarse muchas cuentas pendientes. Afloraron las causas, que eran muchas. Junto se encontraban las trabajadoras y pedían que las dejaran ir, de hecho ya habían salido una vez, pero cuando ya estaban a punto de entregarlas a la Cruz Roja para que diera constancia de que iban bien físicamente, que no habían

sufrido ningún daño, una de ellas, que iba muy alterada, antes de salir les manifestó algo a las compañeras que las ofendió y las regresaron.

La compañera y yo nos paramos en el acceso para no dejar pasar a ninguna y les hablé hasta convencerlas que esa no era la forma, que también ellas al igual que nosotras eran trabajadoras y ellas nos decían que las dejáramos salir que algunas tenían que ir a recoger a sus hijos a la guardería. Las compañeras contestaban que ellas también tenían hijos y que tenían que dejarlos en las guarderías o solos en sus casas para irse a ganar la comida y que eso a nadie le importaba.

Fue una situación muy difícil, muy dura, solamente la que lo ha vivido lo puede entender. Tuve que aceptar que tenían razón, pero también les dije que nosotras estábamos luchando precisamente en contra de las injusticias y que no podíamos actuar de la misma manera como nos trataban los que tienen el poder. Era comprensible. Tanto tiempo de sentir la opresión, la violencia, la explotación, la represión. Las injusticias en la casa, en la familia, en los sindicatos, en la religión, en el sistema que nos gobierna.

En nuestra sociedad sigue imperando el machismo, el trabajo en casa no es valorado y mucho menos compartido o retribuido en alguna forma, lo que hay en muchas de las ocasiones es violencia psicológica y física hacia la mujer. Todo esto lo teníamos en la mente, estábamos luchando por el derecho a un trato respetuoso, a una vida sin violencia, a la salud, a la educación, a la justicia, aunque para eso teníamos que enfrentarnos a las y los trabajadores que también formaban parte del pueblo. A las trabajadoras les pedí que presionaran a sus jefes, que colaboraran, me comentaron que ya lo estaban haciendo. Por fin se calmaron las mujeres, las trabajadoras salieron más tarde sin ningún problema, ya habían aprendido la lección, lo mejor era callarse. Tal vez comprendieron que por tantos agravios recibidos, la emoción podía desbordarse.

A las 15:05 horas por fin se abrió la señal de la radio. Las voces clausuradas, las voces silenciadas de todo el tiempo se transformaron en voces demandantes, voces libertarias que tenían mucho que decir. Las compañeras empezaron a transmitir para avisar que las mujeres oaxaqueñas tomamos las instalaciones del Canal 9 para romper con el cerco informativo, porque ningún medio daba cobertura al movimiento y Radio Universidad ya casi no se oía ante las constantes interferencias. La voz femenina

que estaba al aire pedía “que vengan a esta radio todas las mujeres que estén en su casa haciendo la sopa y el guisado, dejen de cocinar y trasládense aquí, vamos a recuperar lo que es de nosotros, lo tenemos que hacer por la dignidad de las mujeres, del pueblo, de nuestros hijos, mujer deja de cocinar por favor, si no puedes salir prende la televisión...” Luego que se empezó a transmitir, se formaron largas filas de mujeres impacientes por hablar, todas tenían muchas cosas por decir. Entraban de cinco en cinco a las cabinas, el tiempo de espera se hacía eterno, ya para entonces la radio en Internet estaba funcionando aunque después la quitaron.

Seguían los llamados: “Hacemos un llamado a ti madre de familia, a ti hermana, a ti hija... para que te presentes en estas instalaciones para demostrarle al gobierno de URO que estamos unidas y vamos a vencer... estamos demostrando... que estamos luchando para que el gobierno salga, para que URO se vaya... ha tenido las manos llenas de dinero de nuestro pueblo, ha saqueado las arcas de nuestro estado ... ha destrozado lo nuestro... cosas que tienen historia, el Zócalo, el Cerro del Fortín”.

A las 16:00 horas, la magia de las palabras sencillas dichas por las mujeres causaron efecto, mujeres y hombres del pueblo empezaron a arribar a resguardar el Canal y la antena de la CORTV. Las locutoras improvisadas seguían transmitiendo: “Muy buenas tardes pueblo de Oaxaca, yo soy una ama de casa y estoy en esta lucha de mujeres, que sienten lo que esta sucediendo en Oaxaca. Siempre nos hemos callado la boca, siempre aguantamos todo, que nos suben el gas, que nos suben la luz, que nos aumenta el predial, que nos prometen agua, acuérdense cuando Ulises llegó al gobierno, nos prometió agua, pero en nuestras colonias no tenemos agua señora...queremos decirle pueblo...a todas las amas de casa que están ahí guardaditas, que protesten, es el momento, vamos a pelear por un porvenir mejor”. Un llamado al diálogo: “Yo quisiera que se comunicaran, que hablaran, que nos dieran su punto de vista. Somos las mujeres que estiramos nuestro gasto, todos los días, lo estiramos para pasajes... ahora nuestra única lucha es un gobierno popular, un gobierno que no nos ataque, un gobierno que no nos trate de intimidar cuando protestamos, hoy las mujeres al ritmo de sartenes, de cucharas y ollas decidimos salir a luchar...”.

“Mujer si te han crecido las ideas/ de ti van a decir cosas muy feas/ Que no eres buena/ Que si tal cosa/ Que cuando callas/ te ves mucho más hermosa.” La radio sirvió para agitar, reflexionar, orientar y dar contenido al movimiento. Conscientizó a mujeres y hombres y entendimos que ninguna lucha social puede avanzar sin las mujeres.

Eran las 19:15 horas, me acerque al lugar en donde se encontraba el master y por la ventana vi que mis compañeras de Finanzas, a las que estaba buscando, estaban sentadas frente a las cámaras de televisión, justo en ese momento se preparaban para iniciar la transmisión. Bajé corriendo para verlas, para escucharlas hablar sin poses, sin maquillaje, sin glamour, si acaso una leve alisada a los cabellos alborotados, como lo estaba en esos momentos el Canal 9. Me uní al grupo y en el canal de los oaxaqueños que sólo servía para alabar al gobernante se pudo ver, en todo el estado de Oaxaca, a las mujeres cantando nuestro himno “Venceremos”, porque en verdad habíamos vencido una batalla.

El primero de agosto del 2006, sin armas, desafiando al poder, miles de mujeres conscientes, dignas y valientes, cansadas de tantas mentiras emitidas por los radios comerciales y la prensa controlada por el gobierno de Ulises Ruiz, le dimos voz al pueblo oaxaqueño. Las mujeres nos apoderamos de los micrófonos para proclamar a la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca como el máximo órgano de dirección del pueblo. En la radio y la televisión aparecieron trabajadoras y trabajadores, indígenas, organizaciones sociales y civiles, músicos, campesinos, amas de casa, trabajadoras sexuales, pintores. Casi todos denunciaban los abusos, el saqueo de sus recursos naturales, la represión policiaca, la violencia, el abuso sexual, la inseguridad en la tenencia de la tierra, la resistencia, las injusticias. La radio que se sintonizaba en todas partes, en los autobuses, en los taxis, en los comercios, en las casas, informó, movilizó, concientizó, fue el motor del movimiento popular.

Por 21 días el canal verdaderamente fue de las y los oaxaqueños. En la radio se leían los acuerdos de la APPO y se le pedía al pueblo su opinión, aunque muchas veces no se tomará en cuenta. Los radioescuchas hablaban para dar sugerencias en la conducción de la radio: “No hablen tanto, es necesario que cada tres o cinco minutos pongan música para no aburrir a los radioescuchas”. Tratábamos de seguir la sugerencia, después

llamaba otra persona: “No pongan tanta música, necesitamos que nos tengan informados sobre lo que está pasando”. A pesar de las contradicciones, la radio y la televisión del estado, operadas por las mujeres de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca, alcanzaron los más altos niveles de audiencia. Se dio un intercambio de pensares y de sentires, se estableció una complicidad hermosa con el pueblo al escuchar testimonios, protestas y denuncias. La lucha se dio en el aire, el hecho y las mujeres pasaron a la Historia. Por 21 días las mujeres tuvimos el poder, el poder que dan los medios de comunicación. Quisieron callar nuestras voces, quisieron regresar al silencio, pero eso no va a ser, porque este movimiento preñó nuestras conciencias de ideas liberadoras y floreció en nuestras almas una poderosa capacidad de acción y resistencia. Es cierto, el pueblo ganó, pero más ganaron las mujeres.

La Brutal Represión

25 de noviembre. “Que vida más diferente la mía y la suya señor presidente... que poder más diferente el mío y el suyo señor presidente, mientras yo hago milagros con agua y fideos donde comen cuatro, usted con arte de magia y con un sólo gesto aparece banquetes, qué vida más diferente...” desde Radio Universidad a las 14:30 horas, se oyó: “reporte para todo el auditorio de la Ciudad de Oaxaca,...de la gran manifestación que se está realizando, miles de oaxaqueños hemos salido a las calles, estamos entrando a la calle de Fiallo hacia Santo Domingo para realizar el cerco a la Policía Federal Preventiva. Les tenemos una denuncia, la PFP ha electrificado las mallas de retén, hay que tener mucho cuidado a la hora de realizar este cerco a la PFP”.

Desde que finalizó la marcha, a las 15:00 hrs, algunas compañeras y yo permanecemos en la calle de García Vigil y Murguía, entre la Policía Federal Preventiva y el pueblo para evitar que se diera alguna provocación. Era difícil mantenerse impassible ante las filas de policías que encarnaban el poder fascista, el sólo hecho de que estuvieran pisando suelo oaxaqueño indignaba. Se sentía en el aire la tensión aunque no se reconociera, todas y todos permanecíamos ahí a la expectativa.

Después de las cuatro de la tarde nos fuimos a Santo Domingo, ahí había mucho movimiento, había más gente porque en ese lugar estaba el

plantón. En la calle de Alcalá sobresalían varios jóvenes vestidos de negro, los marginados urbanos, los que hemos dejado solos, los que raramente entendemos, ellos subían y bajaban de un camión que estaba estacionado a un costado del jardín Labastida, alguien llevó tamales y los estaban repartiendo entre los jóvenes y los que se encontraban cerca del lugar. A diferencia de otros días, casi no había comida, mas que la que prepararon las compañeras con los comestibles que seguía aportando el pueblo.

A las 16:30 horas había algunas personas apostadas en las azoteas de las casas en la calle de Alcalá. Abajo en la calle, la gente estaba lista, unos con su cámara porque no querían perder detalle, otros con su resortera; el ambiente era candente, nadie perdía de vista a los de la PFP que lo único que movían eran los ojos en todas direcciones, pendientes de dónde podía venir alguna agresión. En esos momentos los corazones latían con fuerza, la gente iba y venía como esperando algo, había muchas mujeres, de pronto una compañera dijo: “vamos a ayudar” y nos pusimos a acarrear piedras de una casa en construcción en esa misma calle. Como arrieras entramos por todos lados a sacar las piedras en huacales viejos y destartalados, en las sudaderas, en bolsas, como se pudiera, se necesitaban muchos proyectiles en caso de un enfrentamiento. Empezaban también a aparecer las bazucas hechizas, los coheteros, las bombas molotov y las “coyotas”.

Unos minutos antes de las cinco de la tarde, empezamos a llamar a los muchachos para que fueran a comer, pero la comida no importaba en esos momentos, nadie quería moverse, los jóvenes se preparaban para resistir el ataque, tenían sus paliacates listos, se probaban las mascarillas antigases, se ponían los cascos, trataban de proteger su cuerpo con lo que se pudiera. El enfrentamiento era inminente, nadie decía nada pero estaba en nuestras mentes, se sentía la ira colectiva, los ánimos exacerbados, se sentía el anhelo de dejar rezagado el sistema de justicia que además de ciego y sordo, estaba armado. En esos momentos estaban presentes los agravios que hieren: “Ulises, Ulises, la cuenta está pendiente”. Nadie quería dar el primer paso, la violencia no la generamos nosotros, pero sabíamos que no había marcha atrás.

Eran las 17:05 cuando vi volar algo por los aires. Oí una exclamación y gritos. En esos instantes, Radio Universidad daba a conocer la noticia: “es confirmada la información, el enlace dice que ya empezó la confrontación en el Centro Histórico, hay gases lacrimógenos, se escuchan algunos cuetes...”. El enfrentamiento había iniciado. Corrí al puesto de socorro que estaba en el IAGO por cubrebocas, vinagre compuesto y coca para que los compañeros resistieran los gases lacrimógenos. Al regresar, empecé a distribuir los cubrebocas, me paré en la puerta del estacionamiento de un edificio cerca de la Hostería de Alcalá, quería estar en un solo lugar para auxiliar a los compañeros pero no fue posible, la lucha era muy cruenta y desigual, los gases que eran enviados por tierra y por aire, empezaron a hacer mella en mis ojos; los helicópteros volaban muy bajito, dejando caer los petardos con gases lacrimógenos y gases pimienta, parecía que querían aplastarnos, fumigarnos, como escarmiento para que no nos levantáramos jamás.

A pesar de que los compañeros regresaban las bombas a los de la PFP, no siempre podían. El ambiente se empezó a llenar de nubes negras por los gases, como anunciando una tormenta, parecía que sobre el Centro Histórico el cielo se había desplomado. La violencia desatada iba en aumento, la montaña de optimismo se desmoronaba, sin embargo la resistencia continuaba en medio de un aire irrespirable.

Para abastecer el frente, unas mujeres estallaban la cantera sobre el piso para multiplicar las piedras, la fabricación de bombas molotov no cesaba. Corría hacia los compañeros para darles las compresas o la coca, ya no aguantaba los ojos, me ardían. Por el otro lado, las fuerzas policíacas también lanzaban piedras y canicas, se fueron abriendo paso a golpes de tolete. Al grito de “Ya cayó, ya cayó, Ulises ya cayó”, el pueblo respondió disparando cohetones con artesanales bazucas. Entre los compañeros había varios heridos, entonces las piedras se agotaron, los cohetones se acabaron, los gritos luminosos se apagaron.

El compañero que en esos momentos estaba conduciendo en Radio Universidad hizo un llamado: “...a todos los sectores de nuestro pueblo...es necesario fortalecer el cerco humano...en la mañana escuchamos fragmentos de una entrevista...donde el (dirigente local del PRI) lanzó su amenaza y se comprometió con el comandante de la PFP para

decirle que hay veinte mil militantes del Partido Revolucionario Institucional para el efecto de provocar y limpiar las vialidades, por esta razón tuvieron que concentrar a la gente, regalaron despensas todo el día. Los grupos porriles andaban recorriendo El Llano y distintas partes, les pedimos compañeros, desplazarnos a reforzar a nuestros compañeros, porque como pueblo debemos mantenernos unidos... a organizarnos y salir en brigadas, a detectar de dónde vienen los ataques y detectar de dónde está saliendo la gente priísta... no podemos orillar a nuestro pueblo a este baño de sangre. Desde aquí le hacemos la invitación al presidente Vicente Fox Quezada, al secretario de Gobernación, al secretario de Seguridad que sepan que ellos son los responsables por estar sosteniendo a este tirano, a este nefasto, a este que no entiende que el pueblo ya no le otorga tal distinción”.

La orientación continuaba en Radio Universidad: “Compañeros, les pedimos que nos dejen conducir, sabemos que los pronunciamientos son importantes pero les pedimos que en vez de estarnos llamando, permítanme llamar a mi pueblo a que en este momento estén reforzando a nuestros compañeros...”

La policía, más feroz que nunca, empezó a avanzar y nosotros a replegarnos, la situación era muy difícil, la PFP venía con todo, jóvenes, maestros, maestras, hombres y mujeres dimos la batalla, resistimos con dignidad y valentía, pero la ofensiva de los *pefepos* era criminal.

Retrocedimos para buscar protección y en ese tiempo para mí no hubo tiempo, pensé que habían transcurrido 15 minutos, no puedo recordar, estaba muy aturdida, no sé qué sucedió, pero de pronto recobré la conciencia de mi misma y sentí un silencio con sabor a angustia, me di cuenta que estaba sola, no veía a nadie, no escuchaba nada, no sé en qué momento me quedé sola ni por qué, no podía abrir los ojos por el humo de los gases, no sabía hacía dónde caminaba, si alejándome de Santo Domingo donde estaba la PFP o acercándome. Me quedé parada en medio de una triste atmósfera de humo, fue entonces cuando alcancé a mirar una pared, con torpe andar la alcancé y me aferré a ella como buscando protección. Recargada, cerré los ojos un momento tratando de que se me pasara la reacción de los gases, creo que era gas pimienta o no sé

como le llaman, pero es un gas que pica los ojos, arden, parece que aturden por eso no me acuerdo.

Perdí a mis compañeras, perdí a todos, ya no oía nada, no podía abrir los ojos, me entró un miedo tremendo, me detuve un poco tratando de ubicarme, entonces me di cuenta que me encontraba casi enfrente de la escuela Benito Juárez, justo en ese momento oí a lo lejos la consigna que por mucho tiempo nos mantuvo unidos: “Ya cayó, ya cayó, Ulises ya cayó”, las voces venían del norte, creo que a la altura de El Pochote o de la Pastoral Social, no podía ubicar aún los gritos, pero los oía lejísimos. Todos habían corrido hasta ahí y yo era la única que estaba en ese lugar.

Pensé muchas cosas, en qué momento corrieron todos y por qué me quedé sola en medio de ese humo denso y tóxico de los gases, no lo sabía. No podía ubicar en dónde estaba la policía, tampoco sabía dónde estaba esa libertad enardecida y en qué momento dejé de escuchar. La luz del día se había apagado. Indudablemente tenía miedo, decidí alejarme rápidamente de ese lugar. Por un momento dudé, no sabía si irme con los demás o no, pero tampoco sabía en dónde exactamente estaban ni qué podía pasar en el trayecto, entonces se me hizo más fácil alcanzar la esquina y dar vuelta a la calle, los ojos me seguían ardiendo, pero alcancé a ver que no había gente, no quise correr para no llamar la atención, caminé aprisa, mi corazón casi se salía, podía oír el bum, bum de mis latidos.

La calle que en un principio me pareció desierta no lo estaba, había dos muchachos devolviendo, intoxicados, uno estaba tirado, extenuado en el piso, el otro estaba recargado en un arbolito y aunque compartíamos el mismo dolor no quise hablarles, seguí mi camino porque me sentía muy mal, la calle se me hizo interminable, cuando casi iba llegando a media cuadra, vi a unas personas sobre la calle de Reforma y me tranquilicé un poco. Quería quedarme con ellas, pero no reconocí a nadie y decidí seguir mi camino. Iba tan angustiada que no me percaté que traía el cubrebocas en el cuello, rápidamente me deshice de él y me quité el rebozo que traía en la cabeza, dejé la botella que todavía llevaba en las manos y corrí en dirección al Llano. En esos instantes, empecé a oír las sirenas que sonaban a más no poder, como anunciando la terrible represión de que habíamos sido objeto.

Empecé a caminar más aprisa, lo único que quería era llegar a mi casa. Al pasar por la calle de Pino Suárez, me encontré a un grupito de señores que estaban gritando: “¡Cómo no los asesinan, cómo no matan a los APPOS!” Al escucharlos sentí algo indefinible en el estómago, mis ojos todavía llorosos tuvieron que aguantarse el dolor, la impotencia, la tristeza. Tuve el impulso de decirles que ellos jamás han sentido el hambre y la miseria, las injusticias, la impunidad, la violencia que lastima y ofende como la que acabábamos de vivir. Tan sólo por pedir justicia y atención a nuestras demandas, el pueblo recibe a cambio represión y agresión por parte de un gobierno débil, de un gobierno protegido por cuerpos policíacos, de un gobierno sin reconocimiento de la mayoría. Quise decirles que ellos admiran y se enorgullecen del folklor de nuestro estado, pero en el fondo hay un desprecio brutal por los pueblos indígenas, los segregan, los violentan, los despojan de sus recursos naturales; pero no pude, en esos momentos era parte de esas voces que se quiebran. En las sombras de la noche tuve que amparar mi furia y ahogar un grito en mi garganta rota y lastimada. Ha pasado el tiempo, sin embargo, aún sigo con esa sensación no liberada, ahora más que nunca, quiero seguir luchando al lado de mi pueblo.

26 de noviembre. La represión al movimiento inició con el ruido de toletazos, disparos, gases lacrimógenos, pedradas, detenciones y así terminó el 25 de noviembre del 2006, pero además con graves violaciones a las garantías fundamentales del ser humano, torturas, desapariciones, asesinatos, mujeres presas. Los poderes fácticos ordenaron la más feroz represión hacia el pueblo de Oaxaca, como si fuéramos otro pueblo a quien había que dominar para seguir cobrando tributo, para permanecer siendo esclavos del dominador; los dominados.

Callaron nuestras voces en esos momentos, es cierto que una inmensa oleada de miedos y temores se expandieron en nuestros cuerpos y que hace falta una apasionada voluntad para dejar ese miedo que paraliza, que contiene, que implementa el estado para el control social. Pero si “somos voces de una misma penuria”, tenemos que caminar juntos, con nuestras diferencias y nuestras coincidencias, con nuestros encuentros y desencuentros con nuestras certezas e insertidumbres. Tenemos que encontrar de nuevo el cauce, tenemos que organizarnos para seguir en

esta lucha honesta hasta lograr una sociedad diferente, hasta alcanzar la libertad anhelada. No seamos más almas aletargadas y memorias olvidadas, no permitamos que nuestros gritos se pierdan en el hondo hueco de la noche.

14 de junio del 2006

Miriam Vásquez García

Desperté entre las cuatro y cinco de la madrugada después de recibir una llamada...
¡Presas del terror! con mis ojos distantes en un par de segundos, estaba fuera de las sábanas guardé el teléfono en mi bolsa, caminé hacia la puerta me encontré con mi madre, me tomó de la mano apenas y murmuré hacia donde me dirigía
-No vayas; dijo mi padre, ¡puede ser riesgoso!
me negué con la cabeza cabizbaja y sin titubeos, dispuesta, decidieron unirse preocupados por la situación.

Nunca las calles me parecieron eternas...
Ni el silencio tan hueco, tan frío...
Lento la gente se esfumaba...
El tiempo era un fantasma, fijé mi atención al Zócalo
¡Se percibía el dolor!
¡Contemplaba una densa neblina lastimera!
¡Una negra cortina! Sobre muchos rostros matizados...
Sentía grietas en mis piernas
Aquel hombre se acercó a paso lento, con un grito voraz:
-¡Ya cayó! ¡Ya cayó! Ulises ya cayó...

Los policías ;rapaces animales!
cual rodean a su presa, esperando al primer zarpazo
¡El aliento! ¡Los gritos! ¡La ira!
se impregnan en mi cuerpo ;se apoderaban de mi!
¡Hasta en la cantera, en los edificios!
¿Pretendían echar el asunto a la bolsa? -me pregunté.
A esa hora la gente escaseaba...
A escasos metros de la multitud, era protagonista del cuadro
¿Y qué pasará en los siguientes días?
¿Una revolución social?
Detuve mis piernas, observé, avancé.

En la esquina un anciano sonreía:
-¡Adelante pueblo! ¡En nuestras manos está la victoria!
al mismo tiempo que lanzaba una piedra.
Mi rostro se inmutó. El sol ya se asomaba.
Pero muchos olvidaron su presencia...
Fueron minutos los que bastaron para que la redención
se trepara en aquellos hombres
llenos de hartazgo, los policías, cual vampiros ;huyen!
cuando la madrugada era etapa del olvido
¡Las puertas aún no se abrían!

¡Las voces iban de un lado a otro y se oían cada vez más lejos!
Muchos guardaban en sus bolsillos toda la tristeza, miedo
la esperanza y la agonía del después...
¡Aunado a una airosa victoria!
Entonces me senté junto a una anciana, mis fríos dedos tocan mi mejilla
y el tiempo avanza cada vez mas lento, pero más ligero
transcurre despacio el remedio.

Traté de volver a la rutina diaria

¡Jamás me atrevería asesinar la esperanza!

¡Ni mucho menos a la idea más cercana de la libertad!
Me obsesioné con miles de sueños que pasaban en mi mente
cansada de la monotonía, decidí abandonar mi trabajo
y las insinuaciones de la sociedad.
Al pensar en bolsas de materialismo caro.

¡Hoy camino dispuesta a resistir!
Lo que un catorce de junio, resurgió
cuando el pueblo unió sus manos y levantó sus puños
hoy no dejará que se derrumbe...

el amanecer alcancé a contemplar...



¿Los sueños atrapados entre los dedos de la historia?

Daniel E. López

“La guerra es una masacre entre personas que no se conocen para beneficio de otras que sí se conocen, pero que no se masacran”.

Anónimo

Podré perderme en el tiempo, como un efímero segundo, o en la línea de la Historia, inclusive ahogarme en los océanos de mi memoria, lo que jamás perderé es la oportunidad de decir lo sucedido.

Muchas veces me había rehusado a creer en el destino, sin embargo no he encontrado otro adjetivo acerca de lo que ha ocurrido y cómo por esos azares del destino, la vida me ha colocado en los lugares en donde se ha hecho la historia de fin de milenio y principios de siglo.

Tan es así que me ha tocado vivir la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en enero de 1994, reclamando educación, salud y justicia social.

En 1999, el movimiento estudiantil que se inició el 20 de abril en contra de la modificación del Reglamento General de Pagos (RGP), el más largo de su historia, debido al aumento de cuotas por el entonces rector Francisco Barnes de Castro, a quien le costó el puesto. Con ello llegó Juan Ramón de la Fuente, que sólo pudo romper la huelga el 6 de febrero del 2000, con la entrada de la Policía Federal Preventiva (PFP).

En 2001 la Marcha del Color de la Tierra, para ser escuchados en el congreso tras seis años de espera de una respuesta a sus demandas, algunos lo analizan como un oportunismo en el que no había noticias relevantes y el mundo entero volvió sus ojos al zapatismo, pero cómo olvidar los poéticos discursos del Subcomandante Marcos y de la Comandanta

Ramona, que nos hicieron soñar con un mundo distinto en la entonces Barca de los Sueños que se instaló en Ciudad Universitaria.

También en el 2000, la caída del Partido Revolucionario Institucional dejando la presidencia a Vicente Fox Quezada, quien ridiculizó la investidura presidencial.

En el 2004 el linchamiento en varias delegaciones, principalmente en Tláhuac, D.F., por ejemplo el de San Juan Ixtayopan en una ola de incertidumbre, en donde a la gente no le importó que hubiera televisoras grabando o helicópteros, nadie pudo impedir que en forma de escarmiento, estos presuntos secuestradores fueran apaleados y posteriormente quemados; después se sabría que eran elementos de la PFP Este hecho fue llevado a cabo por vecinos y padres de familia que los confundieron con secuestradores tras la inseguridad y la incapacidad de las autoridades.

Y en el 2006 el movimiento social más significativo de la sociedad oaxaqueña, cómo olvidar del 14 de junio. Recuerdo aquel hecho infame, en el que el pueblo se enfrentó al pueblo, pues no puedo calificarlo de otra forma, al llevar mis recuerdos a esa fecha.

Me dirigía a la escuela y como en una película, estando entre todos bandos, tenía que cruzar el Zócalo, fue muy peculiar la escena, era como si hubieran alborotado un hormiguero y varias personas intentaban cruzar rodeándolo. Percibía a maestros enfurecidos y desconcertados, ellos mismos no comprendían lo que ocurría. Dos corrían sin saber aún hacia donde, varios se reagrupaban en las esquinas, lo percibía pero no lo había notado, fui consciente de lo que pasaba hasta que una voz en seco me detuvo: “¡Detente no hay paso!” gritó un efectivo de los que resguardaban el Zócalo después del desalojo. Cuando regresé la mirada, atrás de mí, cubriéndose el rostro con lo que podían de los gases, maestros con piedras, palos y hondas. Y yo en medio de los dos bandos.

¿Cómo llegué aquí? me preguntaba en silencio, pasó de ser un día “normal” en que me dirigía a la escuela, a uno en completo desorden, pues nadie sabía los alcances de lo que ocurriría después.

Regresé por la calle de Hidalgo, por donde llegué, pero era tal mi impertinente rutina, que yo seguía intentando cruzar para llegar a la escuela. Tomé la calle 20 de Noviembre pero apenas iba a la mitad entre Hidalgo e Independencia, cuando vi cómo un helicóptero disparaba gra-

nadas de gases lacrimógenos en la esquina de Independencia y 20 de Noviembre, donde se reagrupaban los maestros y se dirigía hacia mí.

Súbitamente estaba yo caminando contra corriente, porque los maestros corrían huyendo del helicóptero, cuando lo vi cerca decidí correr junto con ellos por instinto, pero ya era tarde, el helicóptero nos había alcanzado, me detuve y sin mirar arriba seguía caminando, levanté mi brazo enseñando mi credencial, no sé porque supuse que la verían, no sé si la vieron o no, sólo sé que se detuvieron encima de mí, los demás ya habían corrido y de repente se dirigió hacia la esquina de Hidalgo y 20 de Noviembre. Todavía me preguntaba porque había corrido, si a los que perseguían eran a los maestros, ¿en verdad eso les importaría? Ya en la esquina repitieron la escena: dispararon granadas de gases lacrimógenos, los maestros intentaban distraerlo o derribarlo por lo bajo que volaba, intentaban alcanzarlo con las piedras lanzadas con hondas, el gas era soportable a media calle pero en las esquinas se sentía en los ojos y la irritación en garganta y nariz. En definitiva hasta entonces fui consciente y entendí que ese día no llegaría a la escuela. También veía cómo los maestros utilizaban las mismas granadas que les lanzaban, antes de que soltaran toda su carga, hacia a los efectivos que resguardaban el Zócalo.

Después por curiosidad, llegué a la esquina de Valerio Trujado y 20 de Noviembre, ahí veía cómo volaba el helicóptero sobre el Zócalo y sus calles aledañas.

Caminé hacia la Central, veía mucha gente en sus portones, me detuve en uno, la señora que ahí se encontraba maldecía a los policías que desde en la madrugada habían estado lanzando granadas de gases, sin previo aviso, “todos los que vivimos en el centro andamos fumigados”, decía. Y sí, todavía se podía percibir esa sensación irritante en la nariz y la garganta.

La señora también contaba que tanto ella como varios vecinos, dieron alojamiento a las maestras y niños principalmente, para que no los afectaran tanto los gases. Dijo que horas más tarde, ya aclarando el día, la mayoría se fue.

Yo también me voy, dije para mí, aunque deseaba quedarme, llegué al Jardín Morelos, vi a varios maestros, la mayoría ya sobre la Avenida de Independencia. Ahí encontré a un compañero de escuela y me dijo que los maestros se dirigían a retomar el Zócalo.

Para entonces veía ondeando la bandera de mi país entre sus filas, de ahí ya no supe más de lo que todos hoy sabemos, que ese día, el Zocalo fue retomado con facilidad por los maestros y posteriormente abandonado por miedo a otro enfrentamiento, ya que ni los maestros ni la sociedad estaban preparados para lo que aconteció ni para lo que seguiría.

El conflicto sigue latente ¿Por qué? Porque, no se ha castigado a los culpables y el daño es irremediable tanto para esa parte de la sociedad que creía estar protegida, como para la que ya no lo creía. A raíz de esto, se cuentan desaparecidos y presos políticos, no obstante ningún político preso. La sociedad merece saber qué fue exactamente lo que pasó, cómo el pueblo se enfrentó al pueblo, unos uniformados por el gobierno y otros por la diversidad, por la diversidad de un pueblo que somos todos.

Lo lamentable es que no fue una lucha contra el gobierno, sino entre el mismo pueblo; Al final los líderes pueden ser corrompidos y se vuelven traidores o traicionados, el gobierno termina negociando con ellos y los demás desisten de su lucha en un mar de frustración, desconsuelo y rabia.

No esperemos que otros hagan por nosotros lo que no estemos dispuestos a hacer por nosotros mismos, los grandes movimientos no necesitan un líder, necesitan que despierte la sociedad y todos caminemos como paladines del país que ya hemos soñado.

No concluyo aún nada porque este movimiento continúa, así como los anteriores, sólo los ha reprimido el gobierno pero sabemos que no han concluido, que habrá un momento de la Historia para la revancha si no se atienden los problemas de raíz.

No finalizo porque la siguiente parte de esta crónica falta por ser vivida, pero hay que vivirla, consciente de la Historia.

Tengo primeros pasos

Octavio Cortés Contreras

Allende, dentro del Palacio de La Moneda en el nefasto año de 1973, recordaba a los valientes chilenos, que los procesos sociales no se detienen. Años más tarde, en 2006, esta afirmación estuvo más que viva en el estado de Oaxaca. Un plantón, un desalojo y la represión llenaron las calles de ese tranquilo y alegre estado. El presente es un relato, un punto de vista de cómo empezó no un movimiento aislado, sino tal vez un gran cambio; uno que se concibió el 14 de junio de 2006 y que hoy se desarrolla en el vientre de la Historia.

Sinceramente no sabía que las circunstancias cambiaran tan de prisa. En cuestión de minutos lo más tranquilo se vuelve tormentoso y lo más diáfano se contamina. Una noche antes del desalojo, 13 de junio de 2006, yo me encontraba fuera de mi hogar, a unos 13 kilómetros de la ciudad. Yo dormía, sin embargo la Tierra no se detenía y los acontecimientos sociales tampoco. Realmente era una noche común, después de todo en Oaxaca nunca pasa nada. A lo mucho unos maestros se plantan en el Zócalo indefinidamente el 1º de mayo todos los años, pero el gobernador en turno siempre les da unos milloncitos para arreglar las diferencias. El 2006 no fue la excepción, aunque el queridísimo Ulises Ruiz Ortiz prometió que durante su periodo no toleraría marchas ni plantones, mas la realidad era que los maestros no desalojaban el Zócalo, a pesar de las amenazas del amado gobernador.

La mañana del 14 de junio mi Sony Walkman comenzó a sonar muy temprano. Por flojera no contesté y mucho menos me levanté. No había llegado a mi casa esa noche, por lo que pensé que sólo me estaban bus-

cando, pero el teléfono seguía sonando. La insistencia me preocupó después de unos minutos. Definitivamente algo grave había ocurrido. Contesté adormilado y un sermón apareció vía telefónica. Mi madre, profesora desde luego, me informó que a las 4:30 de la madrugada unos cabrones habían ido a desalojar el plantón y me recomendaba, no, me ordenaba que me quedara donde estaba porque las cosas estaban mal en la ciudad. Me habló de golpes, heridos y hasta de muertos. Oaxaca no era la misma. Más tarde me enteré de que policías se habían ocultado en los hoteles del centro de Oaxaca y en la madrugada habían salido a las calles para desalojar el plantón de maestros.

Toda esa mañana busqué desesperadamente información en la televisión, pero no encontré nada. A las pocas horas me sentía como María Rojo, encerrado sin saber qué había ocurrido afuera. Como a las 10:00 empezaron los comentarios en los medios. Todo era confusión, así que decidí desobedecer las instrucciones de mi madre e ir a la ciudad. No podía quedarme tranquilo. En el Zócalo había amigos y familiares. Me imaginaba a mis primos golpeados, a mis compañeros detenidos y hasta desaparecidos. Todo esto se me venía a la mente al recordar la voz de mi mamá. En ella se notaba la desesperación de las madres que huían a refugiarse al Edificio Central de Derecho, el miedo de los compañeros que se cubrían de los golpes y el gas lacrimógeno y la incertidumbre de las familias que habitan el Centro Histórico de la ciudad. Son ideas que atormentan, hacen cerrar los ojos y pedir a Dios por toda esa gente. Tenía que estar cerca de ellos, por lo tanto tomé el primer foráneo que vi desocupado y me dirigí a la ciudad de Oaxaca.

–Señor ¿Cómo ve lo del desalojo?– Le pregunté al taxista que empezó su turno a las 6 de la mañana, pero que por los acontecimientos no había tenido el pasaje suficiente.

El señor taxista me vio por el retrovisor con un seño serio, pero al mismo tiempo dijo seguro como cobrador:

–Ya era hora que el gobernador hiciera algo. Todos los años es lo mismo con los pinches maestros, son unos huevones, no hacen nada y cada año van a aplastarse al centro. Está bien que les den su madriza. Aparte quién los manda meterse allí. –El señor taxista indudablemente estaba en contra de los movimientos magisteriales.

Recordé dos que tres pliegos petitorios que vi en mis vueltas al Centro.– Oiga, pero los maestros no sólo piden para ellos, se interesan mucho por los niños. Ellos han exigido que les den infraestructura, becas, uniformes y desayunos. Es el gobierno el que se cuelga el milagrito, pero los profesores son luchadores sociales y están ahí trabajando por vocación. A ver ¿quién se va a meter a un pueblo que queda a un montón de kilómetros a enseñarles a 20 niños? El gobierno es el que está mal, lo que pasa es que a la gente le da miedo protestar y por eso ve mal a los maestros. Dicen que la inseguridad repercute en la economía pero también la desnutrición, la ignorancia y la falta de caminos, pero estos problemas no atacan a empresarios ni a líderes de opinión sino a gente humilde.

El señor taxista volvió a mirarme por el retrovisor, creo que un poco más enojado. Por una parte tenía razón. Esta persona se ganaba el pan viajando cientos de kilómetros al día, soportaba al dueño del taxi y el sol que lo tostaba todos los días, ¿qué le iba enseñar un joven con un Sony Walkman que le había regalado su papá?

–En la vida hay que chingarse joven, las cosas no están fáciles. Los maestros llevan las de perder, con el patrón no hay que meterse.– Así concluyó el diálogo con el señor taxista. La mirada de éste se fijó en la carretera. Con la mano firme continuaba su camino como si quisiera atropellar años de silencio y de labor debajo del sol con un sueldo casi de subsistencia.

Cuando llegué al Periférico todo se había vuelto desorden: había gente corriendo y los autos se pasaban los altos. Había personas en la puerta de sus respectivas casas comentando con ese tono de chisme que hay en las colonias. Todo era desconocido para mí. Ese cruceo cerca de CFE lo había pasado cientos de veces para ir al cine o a ver a mi novia, pero lo notaba distinto. Al bajarme del taxi no quise cruzar a ese lado del Periférico. Era como si todo Oaxaca se resumiera en ese punto. Incertidumbre, inseguridad y violencia era lo que me indicaba ese sitio.

De repente, observé algo conocido: mi amigo Ismael. Lo había conocido unos años antes y me cayó muy bien. Sus papás eran de San Juan de Gracia, él y sus tres hermanos habían salido adelante en la ciudad por su trabajo y disciplina, cursaron sus estudios mientras trabajaban al mismo tiempo. Tenían la capacidad de dedicarse a la física o química, sin embar-

go tomaron el camino de las leyes y la docencia. Ismael había terminado la Normal y estaba trabajando en una escuela de la Sierra Norte de Oaxaca. Hasta lo que me había enterado es que no había recibido un quinto desde que se fue a su comunidad.

El ahora profesor de primaria estaba parado esperando algo o a alguien. Enseguida me dirigí a él.

–Isma, qué onda. ¿Cómo estás carnalito? Ahora sí se pusieron feas las cosas.

–Coco, ¿qué haces por aquí? Vete a tu casa carnalito porque están agarrando parejo.

–¿Pero qué pasó? Me dijeron que fueron policías al Zócalo

–¿Policías? No seas inocente Coco, hubo hasta kaibiles. No respetaron ni a las profesoras que llevaban bebés. Unas pudieron correr al edificio de Derecho a refugiarse, pero a algunas sí les tocaron los golpes. Fue un operativo muy planeado, se filtraron en los hoteles del Centro y como a las cuatro salieron y arrasaron con el plantón. Hubo muchos golpeados, lo bueno es que se están organizando los compañeros y están recuperando el Zócalo.

–Se le salió de control al gobernador. Qué burro, como si no conociera a los maestros– Ismael se me quedó mirando, con los ojos nuevamente me dijo “no seas inocente Coco”.

–No son sólo los maestros. Hay miles de personas que están esperando un motivo para protestar por la cantidad de atropellos que ocurren en la ciudad. Éste es uno de ellos, definitivamente. Es anticonstitucional, bueno pues, irracional. Tratan peor a servidores de la educación que a los delincuentes del estado, no inventes. Nos dicen flojos cuando las oficinas de gobierno están repletas de aviadores. Nos dicen criminales cuando los burócratas se llevan millones por corruptos. No se vale, años de tener la bota en la cara sin decir nada, soportar inequidades, injusticia y represión. Esto tiene que acabar–. El tono de Ismael se había vuelto más grave y parecía que arengaba a los vecinos para que se unieran a su causa.

–Entonces no se va a quedar así.

–No seas pendejo Coco, pues no. Te digo que se están organizando. Hablas como el típico agachado que le dan un botazo para que se calle. No, no se van a quedar las cosas así. Tenemos que organizaros primero,

sino las cosas no van a funcionar. Tenemos todo, gente, estructura y los huevos, sólo falta ser más inteligente.

Seguramente cuando dijo “más inteligente” se refería a ganarse a todos los sectores. Ismael ha leído la obra de Lenin y sabe mucho acerca de la revolución de Octubre y la cubana, así como del fracaso de la nuestra en 1910. Sin duda el estaba pensando en un ajuste estructural, el que se necesita en el estado. Un verdadero cambio inteligente, justo y equitativo.

Iba a decir la conclusión de su discurso cuando llegó a quien esperaba, otro recién egresado de la Normal con un porrazo en la cara. Llevaba sangre en la ceja izquierda y por su gesto no parecía que le doliera, su rostro reflejaba coraje, indignación pero dolor no. Llegó frente a nosotros con un paso rápido y seguro.

– Ya están recuperando el Zócalo, sin la ayuda de los vecinos me cae que si nos parten la mandarina en gajos-. Ahí me enteré que los vecinos del Centro Histórico les dieron asilo a los maestros, asimismo palos y piedras para que pudieran defenderse. Ya no pudimos platicar más porque la gente empezó a amontonarse y parecía que el encuentro avanzaba hacia donde estábamos. Logré ver a un maestro levantar un disparo de gas lacrimógeno y lanzarlo hacía unos policías. Hay que tener mucho valor para hacer eso. Ves a una decena de hombres completamente protegidos con casco y escudo, armados con tanquetas, a ver si te atreves a levantar el contenedor caliente del gas y lanzarlo en contra de ellos. Delante de la formación de los granaderos llevas la de perder. Es una falange delante de un persa sin más protección que su coraje. Años de trabajo, de injusticias y de corajes estaban en esa granada. Cualquiera que tenga la oportunidad quisiera regresársela a quien se la haya lanzado. Meses después recordé la actitud de ese misterioso profesor, cuando leí una parte de Oaxaca Sitiada, donde dice que cuando ves una barricada ves incertidumbre y miedo, pero cuando la cruzas hay esperanza. Cuando baje del taxi tenía terror, inseguridad, pero al ver a esa persona sentí que el silencio no cambia las cosas. Llegamos a ese estado por la irracionalidad no de un gobernante, sino por décadas de abusos. Si esa era la forma de empezar el cambio, sin duda más de una persona preparaba sus paliacates y palos para enfrentarse a la represión.

Llegué a mi casa como a las 5 de la tarde. Mi mamá se enojó mucho por regresar y exponerme tanto, pero le dio gusto que estuviera a salvo. Antes de irme a la cama comentamos los hechos de ese día y abrí “Los Miserables” de Víctor Hugo, encontré una frase que dice que la sociedad es como un cañón cargado, al que sólo le hace falta una chispa para hacerlo estallar. Oaxaca estaba cargada desde hace mucho tiempo y la chispa se desató ese 14 de junio de 2006. Sin duda, mi estado había cambiado, me fui a la cama pensando en ello, ni mi casa, ni mis amigos, ni yo éramos los mismos. Hacía 24 horas dormía en una ciudad, hoy lo hacía en otra. Yo comenzaba a bostezar pero mi estado, sin duda, comenzaba a despertar.

El precio muchas veces no importa

Ezequiel Hernández Alavez

I

Transcurría el mes de octubre del 2006, en medio de la incertidumbre por los últimos acontecimientos en contra del movimiento social. Serían alrededor de las doce del día, los rayos del sol caían y se desparramaban sobre los campamentos improvisados, me acerqué al campamento de la Coordinadora de Mujeres Oaxaqueñas Primero de Agosto (COMO), para protegerme un poco del sofocante calor y platicar un rato con ellas:

-¿Qué tal compañeras, qué me cuentan de nuevo? oye Lucía ¿y Paz?

-Viene ya cerca, parece que fue a traer a su hija- contestó.

-Bien, dile que vine a dar una vuelta para saber si están bien.

Antes de partir pregunté a Nela -¿Oye, qué saben de los compañeros que fueron baleados ayer en la Secretaría de Protección Ciudadana?

- Tú los acompañaste al hospital, debiste pedir sus números telefónicos- respondió un poco seria. Luego con voz entrecortada de emoción, me dijo: -Oye ¿ya sabes que hoy llega una Comisión del Senado? Vienen a conocer la problemática de Oaxaca para dictaminar si procede o no la desaparición de poderes.

Frunciendo las cejas le contesté con pesimismo: -Sí, algo sé. Eso es pura puta pantomima de Fox y la Secretaria de Gobernación. Sabes muy bien Nela, El Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido Revolucionario Institucional (PRI) están coludidos, si el PAN no se alinea, Felipe Calderón no puede tomar posesión.

–Regresando al Senado sabremos– contestó.

–Está bien – respondí.

Antes de marcharme le pedí a Nela que hiciera extensiva la próxima reunión de Colonias de la Zona Norte.

Así fue como abandoné el campamento de la Coordinadora de Mujeres Oaxaqueñas Primero de Agosto (COMO), instalado a un costado de la Catedral. Continué mi marcha entre cartones, manteados y plásticos con sendos hoyos tapados con cinta canela, que servían a los compañeros de improvisadas casas de campaña para resguardarse del frío de la madrugada y de la constante incertidumbre de ser atacados en cualquier momento; vi de pronto un pequeño puesto tirado en el suelo, apenas protegido con pedazos de papel para evitar que las playeras, libros, llaveros y otros artículos relacionados con el movimiento social que ahí se expendía se mancharan de polvo.

Tomé primero un libro, después un video sobre la vida del Che Guevara.

–Oye hermano, ¿cuándo cuesta este video? – le pregunté a Juliancillo.

–Cien pesos, es original– contestó.

–Mira no he trabajado por andar en este desmadre– le dije. –Es cierto que no tengo dinero, pero por orgullo no voy a dejar que el mierda gobierno haga con nosotros lo que se le antoje, ¿O tú qué piensas? – le pregunté.

–Lo mismo– dijo.

–Pero vienen tiempos mejores, ¿o no?– exclamé.

Un poco escéptico contestó Juliancillo que sí. Yo también estaba escéptico, pero al menos trataba de darle ánimos, el compañerismo es darse aliento para aguantar.

Finalmente tomé un llavero del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), con una silueta negra y en centro el rostro del Subcomandante Marcos. Inmediatamente se me vino a la mente los recuerdos de esa gran sublevación del heroico pueblo chiapaneco.

Nosotros desde aquí sin hacer nada para ayudar a esa noble gente que era asesinada a mansalva. Al recordar esas escenas, sentí tristeza y ganas de llorar, decía y pensaba: “Sí nos vienen a masacrar ¿los demás compa-

ñeros de otros estados nos apoyarán o nos dejarán a nuestra suerte como los oaxaqueños dejamos que asesinaran al pueblo chiapaneco?”

-¿Qué te pasa? -preguntó Juliancillo.

-Nada -le contesté con los ojos llorosos y con un nudo en la garganta, -bueno, lo que pasa es que me pongo a pensar qué pasaría si esto se agrava y Vicente Fox manda al ejército.

-Mira -me dijo Juliancillo -eso no va a pasar, no te preocupes.

-Gracias -le respondí.

Luego tomé un llavero de Don Emiliano Zapata, con su clásico sobre-ro y la recia figura de su rostro. Pregunté el precio.

-Diez pesos -replicó el encargado.

Tomé entonces el de la hoz y el martillo. Emocionado como niño con juguete nuevo, me sentía un verdadero líder de la lucha social, pensaba que le hacía honor a mi ideología política.

-Dame éste -le dije a Juliancillo- ¿Cuándo es? - pregunté.

-Diez pesos- contestó.

Saqué de la bolsa trasera de mi pantalón un billete arrugado para pagar, estaba en esas condiciones ya que llevaba algunos días guardado cual preciado tesoro; no fue fácil desprenderme de mi único capital.

-Mira, esa figura es el símbolo de nuestra organización- me dijo Juliancillo.

-Sí, ya veo -respondí -Espero que de algo me sirva. Bueno ¡nos vemos! cuídate porque las cosas se tornan más difíciles.

-Claro- contestó.

Al despedirme de ellos pensaba: “ojalá no se dé el desalojo que pretenden los grupos de choque del estado”; decidí entonces regresar a mi casa en la colonia La Cascada, la cual se localiza a escasos treinta minutos del Zócalo.

Ya estando en casa, coloqué la única llave en el llavero de la hoz y el martillo, esta llave era con la que abría diario la puerta de la entrada de mi casa, con ella abría al salir y muchas veces pensaba y me daba miedo porque decía “ojalá y no me pase nada”.

A esa llave le tomé mucho cariño porque me acompañaba a todas partes y juntos regresábamos, se estaba convirtiendo en una fiel compañera de lucha.

II

El 18 de octubre, como las seis de la tarde, al termino de una reunión de colonias en la Zona Norte, oí unos disparos en la calle frente a la casa vecinal de la Colonia Jardín, lugar donde estábamos reunidos; salimos inmediatamente y lo único que pudimos alcanzar a ver fue un vehículo de modelo reciente dándose a la fuga, sin lograr ver exactamente la marca.

Unos gritaban “¡es un Jetta!” En medio de la confusión otros dijeron: “¡es un Chevy Monza!” Lo cierto es que el coche portaba luz neón azul en la parte de los estribos lo que hizo que no pudiéramos apreciar el con exactitud el color del auto. Los compañeros intentaron alcanzarlo, por lo que abordaron una camioneta. Yo subí en la batea de una segunda camioneta.

De repente alguien gritó: “Le dieron a un compañero.”

Logré oír los quejidos, salté de la batea y vi un cuerpo inmóvil. Al lado, cerca de sus pies alcancé a ver una de sus chanclas de pata de gallo y muy cerca de su cuerpo una desgastada pala, testigo mudo de los hechos.

Lo tomé de la cabeza y grité: –¡Ayúdenme, está herido!

Con una voz temblorosa y apenas entendible alcanzó a decir: – Fueron esos güeyes.

Lo abracé, al mismo tiempo que le dije: –Aguanta cabrón, ya vienen a ayudar –pero no respondía, sólo se quejaba de dolor.

Revisé su cuerpo con mi mano derecha, no podía ver pues no había luz, pero pude hallar la herida. No había mucha sangre, eso me preocupó.

Se acercaron otras personas, entre ellas su esposa que lloraba desconsoladamente, al cabo de unos dos minutos, que para mi fue una eternidad, me auxilió otro compañero.

–Ayúdame a levantarlo, rápido –le dije.

Él lo tomó de las piernas y yo de los hombros. Entré como pude con el lesionado en el asiento trasero de un coche blanco con asientos de piel también blancos.

Ya desfallecido en mis brazos, le gritaba llorando: –¡Compa, aguanta, no te vayas, ya vamos a llegar al hospital, no te vayas güey, aguanta puto!

El compañero que manejaba decía: –No dejes que se duerma, háblale.

Yo lo cacheteaba para que no se durmiera, al mismo tiempo con la mano derecha comprimía la herida, que se localizaba a la altura de la cintura, con el dedo evitaba que le entrara aire.

Cada segundo que transcurría empeoraba, le decía al compañero que iba manejando: –Apúrate, está mal, el estomago se le está inflamando, se va a *pelar* este cabrón.

–Pinche maestro no te vayas, te necesitamos, aguanta ya estamos llegando, tu mujer te espera, los compas te necesitan, aguanta cabrón.

“Qué poca madre” pensaba, “¿Quién te disparó?” Lo que deseaba era encontrar al que lo hizo y hacerle lo mismo.

Le daba una y otra bofetada para evitar que se durmiera porque tenía temor de que no despertara, el viaje desde donde cayó herido hasta el Hospital General lo hicimos aproximadamente en diez minutos.

–Ya llegamos– le dije –vas estar bien.

Lo hice sólo para darle ánimos, algo me decía que no aguararía porque era visible que había una hemorragia interna. En la puerta de urgencias ya había compañeros esperando, les grité: –¡Ayúdeme, rápido, rápido!

Llegamos a la sala de emergencia, era cambio de turno, las enfermeras ya se retiraban pero al ver al compañero se regresaron en su auxilio.

El doctor al verlo a simple vista me dijo: –Viene muy grave, no va a aguantar.

Minutos más tarde regresó el doctor y me preguntó si era familiar del lesionado. Respondí: –No, soy un compañero. Cualquier cosa dígame, –le dije.

En sus ojos vi que no había esperanzas, después de titubear un poco dijo: –Fueron dos disparos, viene muy grave.

–Ayúdelo, por favor, no deje que se muera, –supliqué

–Vamos a intervenirlo, haremos lo posible– acotó. Los compañeros se arremolinaron a mí alrededor, bastó la expresión de mi rostro para que ellos se dieran cuenta lo grave del asunto.

Enseguida llegó su hija mayor preguntando por su papá, me acerqué a ella y le dije: – Mira no puedo engañarte, tu papá viene muy grave, dice el doctor que recibió dos balazos, no sangró, la hemorragia es interna.

Fui cruel al decirle eso, pero es mejor ser sincero que dar falsas esperanzas, sentía la obligación de decir la verdad, se me partía el corazón y se me hacía un nudo en la garganta al ver cómo esa valiente niña con la cabeza erguida y con lágrimas que brotaban de sus pequeños e inocentes

ojos negros recibía de mí la noticia de la situación de su padre, quien dejó de existir dos horas después del atentado.

Una vez más experimentaba otro amargo dolor, otro muerto que pone el pueblo, la pérdida de un hermano de lucha, lo más doloroso era ver cómo se desvanecía cada segundo en mis brazos y yo sin poder hacer nada, sólo gritar, gritar de impotencia, de rabia, de desesperación, en ese momento deseaba acompañarlo a ese viaje sin retorno, para que desde ahí siguiéramos la lucha.

III

El día 25 de noviembre de 2006, con los primeros rayos del sol se respiraba ya un ambiente tenso, pues se convocó para que la mega marcha iniciara a la 9 de la mañana. En los medios de comunicación al servicio de Ulises Ruiz Ortiz, advertían que los *apistas* volverían a las calles para hacer sus desmanes, lo cierto es que era una marcha pacífica como todas las demás que se habían realizado.

Ese día no me fue posible pude acudir a la marcha por cuestión de trabajo, pero hablé con varias compañeras para decirles que estaría pendiente escuchando en Radio Universidad el desarrollo de la marcha y que sí requerían que hiciera acto de presencia lo haría sin pensarlo dos veces.

Le hable a Fátima eso de la 8:00 de la mañana, para preguntarle si ya estaba lista para la caminata y respondió que sí.

–Vas a ir – preguntó.

–No, por eso te hablé, cualquier cosa, voy a tener prendido el radio, voy a estar atento.

–Ok –contestó

–Me incorporo más tarde, yo te hablo antes de salir del trabajo, cuídate, ten mucho cuidado– le dije.

Después de hacer esta llamada fui a casa de mi vecina Sandra y le pregunté: –Oye ¿vas a ir a la marcha?

Ella contestó: –No, mis hijos no tienen con quien quedarse. –Cuídate mucho si vas– me dijo preocupada.

Eso me causó curiosidad porque en su rostro pude ver esa preocupación, como si estuviera imaginando lo peor de esa marcha.

-¿Qué te preocupa? -Le pregunté.

Me dijo: -Eso de rodear a los pinches policías está mal, se me hace que es una trampa, ¿Crees que de tontos se van a esperar a que los rodeen?

-No exageres. -Le dije.

-Bueno, mañana que veas otro muerto me darás la razón.

-Basta de estupidez - le repliqué, al mismo tiempo que pensaba ¿tendrá razón?

-Bueno me voy. Si puedo más tarde voy a dejar unos botes de vinagre y kótex para se cubran la boca.

-me dijo. Eso de los kótex me causó algo de risa, pero en más de una ocasión los había utilizado.

Después de hablar con Sandra, regresé a casa para coger mi maleta de lap top, la había convertido en maleta de viaje. Ese día llevaba en ella mi máscara antigás de color verde olivo, un par de guantes de color amarillo, de piel suave y una camiseta.

Como a las diez de la mañana llegué al trabajo, como todos los días empecé a trabajar; prendí el radio y lo sintonicé en Radio Universidad, ahí daban cuenta puntualmente de lo que ocurría en la marcha, eran las 12 del día y todo parecía estar bajo control.

Los que transmitían desde radio Universidad, decían que la marcha estaba en su apogeo, pues era un mar de gente, eso me daba confianza de que nada sucedería. Serían alrededor de las 3:00 de la tarde cuando salí de trabajar, estando en el paseo Juárez del Llano a eso de la 3:30 y desde un teléfono publico, marqué al celular de Libertad, una amiga y ex compañera de la Facultad de Derecho, chica delgada, piel blanca y rostro de niña, muy leal al movimiento social.

-Oye ¿cómo está el asunto?

-¿Qué no viniste a la marcha? -preguntó.

-No- le respondí.

-Mira, llegamos hace un rato, hay mucha gente y dicen algunos compañeros que en el Zócalo se ven muy pocos *pefepos*- dijo.

-¿Dónde estás? - le pregunté.

-Cerca de la Provedora Escolar, muy cerca del Tribunal Superior de Justicia- contestó.

–Bueno, a ver si nos vemos más tarde– le dije y colgué.

Conforme avanzaba hacia el Centro Histórico pensaba: “esto se va a poner cabrón”. En las calles había poca gente, no había mucho movimiento vehicular. De repente, caminando oí la conversación de un matrimonio de unos cincuenta años. La señora a sus cincuenta años se veía bastante fuerte, guapa, muy alhajada y bien vestida. Le decía a su esposo:

–Otra vez esos pendejos *apistas* se apoderaron de la ciudad. Ojalá y la policía los mate, han desquiciado la ciudad.

El marido, ya con visibles canas, la piel arrugada por el paso de los años, de tez blanca y alto, vestido con traje color negro, camisa blanca y corbata roja le contesta a su esposa: –Lo mismo digo, que les partan la madre, ya estamos hartos de sus pendejadas.

Esas palabras penetraron en lo más profundo de mi alma, y me dije: “qué jodidos están estos dos, lástima de sus años y no se dan cuenta lo que realmente sucede”.

Exactamente a las 4:00 de la tarde arribé a la Iglesia Sangre de Cristo, a tan sólo tres cuerdas del Zócalo, el corazón del Centro Histórico, que en ese momento se convertía en “Centro Histórico”.

Fui a echar un vistazo a la barricada en donde estaban apostados los granaderos, sobre la calle de Morelos, justo en la entrada principal de la Facultad de Derecho. Ellos se veían nerviosos, su actitud era agresiva, había algo que les preocupaba, seguramente tenían orden de atacar, reprimir, pero indiscutiblemente su preocupación, me atrevo a aseverar, era por la gran cantidad de gente que los tenían rodeados, pensaba si ellos estarían dispuestos a disparar a los civiles; me costaba trabajo pensar que no lo harían.

Efectivamente, como me lo había dicho mi amiga Libertad, eran pocos. Pensaba que el ratón estaba en la trampa y ese pedazo de queso sería su muerte.

Permanecí unos cinco minutos cerca de los policías, el ambiente ya olía a confrontación, porque no cesaban las consignas contra ellos, en coro los compañeros les gritaban, “Ulises, que lástima me das que sin la policía no puedes gobernar”, “Oaxaca no es cuartel, fuera ejército de él”. Sin contar el centenar de mentadas de madre.

Esto era obvio que les molestaba y cada momento se mostraban más agresivos, amenazaban con disparar los cartuchos de gas pimienta, de vez en cuando prendían los motores de las tanquetas, amenazaban desde arriba de las tanquetas con aventar canicas con sus perchas (horquetas), era una clara provocación de su parte, una estrategia que les había funcionado muy bien.

Algunos compañeros de más experiencia evitaban a toda costa de que los compañeros irritados por los policías cayeran en la provocación.

Me acerque a algunos compañeros que trataban de responder a las provocaciones para decirles:

–Compañeros, tratemos de evitar caer en la provocación, el acuerdo fue que los rodearíamos pacíficamente.

Unos de ellos, encapuchado, melencudo, alto, con palabras altisonantes, tipo cholo, me retó diciendo:

–Cállate pinche chaparro, si no quieres que te rompa la madre antes que a ellos. Nosotros venimos a romperles la madre a los pinches *pefepos*.

Se acercó otro con el mismo aspecto para decirme: –Tú eres un pinche traidor, ¿a qué organización perteneces? seguramente a Nioax, porque el pendejo de Flavio está tratando de hacer lo mismo que tú –dijo.

Le respondí: –Yo soy uno de los miles que no pertenecemos a ninguna organización, por gente como ustedes nos van a partir la madre a todos.

Dí la vuelta y me alejé, eran como las 17:30, más adelante encontré a Ludivina, una compañera muy combativa pero algo radical, ella pertenece a la organización de los que me retaron, los vi platicar con compañeros de ella, por lo que le pedí que tranquilizara a su gente.

–Ludivina, trata de calmar a tu gente, ya quieren echar madrazos, ese no fue el acuerdo y otra vez nos van a partir la madre por contestar a la provocación.

–Mira Cheque, la puta policía esta provocándonos, tenemos que responderles.

–Sí, ¿a costa de qué? más muertos, heridos, torturados, detenidos– le contesté molesto. –¿No te das cuenta, que nos van a rodear ellos a nosotros? Ludivina, aquí esos cabrones son pocos, si se da el enfrentamiento, los acorralados seremos nosotros.

–No le saques Cheque, si vamos a morir que sea de una vez.

No terminaba de decir eso cuando vimos salir una piedra de entre los policia, esa fue la gota que derramó el vaso. – Corre, corre, ve con las compañeras a Santo domingo, traigan vinagre y coca, esto ya valió madre –le dije.

Al mismo tiempo que intentaba en vano evitar que los compañeros respondieran a la provocación, el piedrazo siguió acompañado de un cartucho de gas lacrimogeno, disparado directamente sobre los compañeros.

En menos de cinco minutos de que iniciara el enfrentamiento, esa parte del Centro Histórico en donde me encontraba parecía un verdadero campo de batalla, las puertas de las casas se convirtieron en trincheras para resguardarse de los golpes de los cartuchos de gas pimienta y lacrimogeno.

La represión no se hizo esperar, desde los diversos edificios públicos, casas particulares y tiendas cercanas al primer cuadro de la ciudad estaban apostados los militares vestidos de policia, los gases lacrimogenos y pimienta salían disparados por el aire directamente sobre la humanidad de los manifestantes, como dulces en una calenda.

En los primeros minutos tuve que soportar el olor del gas porque nos agarraron desprevenidos, inmediatamente que tuve la oportunidad me alejé de para tener tiempo de colocarme la máscara antigás, el guante en la mano izquierda, en la mano derecha me coloqué una honda hecha de rafia, que me había regalado un primo hermano el día 20 de noviembre.

Antes de regresar al lugar del enfrentamiento, fui a traer una toalla femenina impregnada de vinagre para quitarme el ardor del gas. Llegué al puesto improvisado de socorro y era impresionante ver a las compañeras dispuestas a dar su vida por la lucha y por la de cualquier compañero o compañera.

–Oigan compañeras no se arriesguen, traten de no acercarse mucho allá abajo– les dije, señalando el lugar del enfrentamiento.

–Nos estás pidiendo que huyamos, no compañero, mira estamos lejos y hasta aquí llega el gas que están aventando esos hijos de la chingada– dijo una de ellas.

–Ya comenzó, si nos va a partir la madre el piche gobierno, que les cueste trabajo, estamos decididas a morir– dijo otra que se veía totalmen-

te decidida a todo, llevaba en sus medianas manos un montón de piedras.

Me alejé admirado de la valentía de las mujeres, esas que decimos que son del sexo débil, estaban dando la batalla como verdaderas soldaderas; sin armas de fuego y con el corazón por delante.

Regresé ya con la honda en la mano, haciéndola girar fuertemente, tuve la necesidad estar enfrente, trataba de acercarme lo más que podía a los policías con la intención de golpearlos. Me resultaba difícil contener la respiración, la máscara se contaminó de gas, eso hacía mucho más difícil la respiración, aunado a esto, el ardor en los ojos y piel era tan penetrante. El olor de los gases me hacía marearme a punto de caer desmayado, pero la férrea voluntad hacía que no me rindiera.

Después de una hora de enfrentamiento, se empezaron a dar los estragos por la intoxicación del gas. La gente salía despavorida, pidiendo auxilio, refresco de cola, vinagre, toallas femeninas impregnadas de vinagre. Era un panorama desolador, la incertidumbre se apoderaba de muchos compañeros, otros más se daban valor, se les veía la adrenalina, el coraje al tirar la piedra de las hondas, de las perchas o tirando las piedras y otros objetos que tenían como proyectiles contra los policías. Ese coraje que mostraban los compañeros hacía que no retrocediéramos.

Algunas compañeras vomitaban sangre, otros más caían desfallecidos por la cantidad de gas, los niños llorando buscaban quien los protegiera porque sus padres ya habían sido detenidos, las mujeres lloraban por la impotencia de ver tantos heridos, por las lesiones inferidas con las resorteras y los casquillos calientes de gas, muchas más se daban valor respondiendo con pedradas, las mayores auxiliaban a los lesionados, pasaban piedras y con el afán de descansar un poco, regresaban a los puestos de socorro para dar ánimos a los lesionados.

Fue un enfrentamiento casi cuerpo a cuerpo, recuerdo claramente cómo los policías nos apuntaban y disparaban directo al cuerpo, algunos de los compañeros que llevaban hondas o se acercaban mucho, eran detenidos y golpeados sin piedad, nos sentíamos impotentes e indignados ante tanta saña, pero tampoco estábamos dispuestos a rendirnos, recordando la frase “es mejor morir de pie que vivir siempre de rodillas”, esas palabras nos daban fuerza para seguir adelante.

Caminé entre cartuchos usados de gas, el asfalto se pegaba a los zapatos pues se había impregnado de fresco y vinagre.

Parado y con mi honda en la mano derecha tirando piedra con ellos, calculo que serían como las 7 de la noche. Estábamos cara a cara con los policías, en una acera ellos y en otra nosotros. Descargábamos toda nuestra adrenalina gritando “Piches policías vayan a chingar a su madre, mientras tú aquí partiéndote la madre, tu vieja con otro disfrutando.”

No sé como fue, no me di cuenta, de pronto sentí un fuerte golpe en la pierna, en el muslo izquierdo y grité, “¡ayyyggg!” Fue tan fuerte el impacto que me levantó. Dije: “¡qué poca madre!”, lo primero que pensé: “seguro fue una pedrada de esos mierdas”.

Cuando me agaché un poco vi lo que me golpeó. Grande fue mi sorpresa al ver un cartucho de gas lacrimógeno girando y chorreando humo, el cual había sido disparado en mi contra desde la otra acera, pedí auxilio pero mi voz se perdió entre tanto grito producto del enfrentamiento, como pude, con el dolor me replegué hacia atrás perdiéndome entre los compañeros para evitar ser detenido.

El dolor en mi pierna aumentaba más a cada instante.

Serían como las ocho de la noche cuando se dio la investida más cruel con el objetivo de captúranos. Nos replegaron hasta la Cruz de Piedra, justo en donde están Los Arquitos, pero se dieron cuenta que no podían con nosotros por lo que creo que recibieron la orden de regresar al Zócalo.

Una vez que la fuerza represora se replegó al centro de la Ciudad, la mayoría de los compañeros regresamos al Templo de Santo Domingo, era terrible ver los destrozos que causaron las tanquetas por su paso, pensé que todo había terminado, me sentí contento, le dije algunos compañeros: –Esos perros están hambrientos y no creo que regresen.

Pero estaba equivocado, lo peor estaba por llegar. El dolor de la pierna se volvía insoportable y me vi obligado ir al puesto de socorro, ubicado el Instituto de Artes Graficas de Oaxaca (IAGO) para ser atendido.

Al entrar vi a muchos compañeros recostados, descalabrados visiblemente, otros con golpes en diferentes partes del cuerpo, otros más durmiendo por la intoxicación de los gases, sentí rabia, impotencia y dolor de ver a mis hermanos de lucha en esas condiciones, lesionados, mugro-

sos (por el enfrentamiento), hambrientos pero vivos; de los detenidos no sabíamos cuál sería su suerte.

Las compañeras enfermeras al verme debilitado, me preguntaron:

– ¿Qué le pasó?

– Me dispararon en la pierna con un cartucho de gas –les dije.

– Bájese el pantalón para ver la herida –me dijo una de ellas. El dolor era tan agudo que accedí.

–Acuéstese o siéntase en aquel catre –dijo.

Antes de acostarme, metí la mano en el bolsillo izquierdo del pantalón y saqué mi llavero de la hoz y el martillo y fue entonces sorpresa para todos; el llavero se encontraba estrellado, pues había recibido y amortiguado el golpe del cartucho de gas, disparado aproximadamente a diez metros de distancia.

Nunca imaginé que ese simple pedazo de plástico pintado con el fondo rojo, la hoz y el martillo de amarillo óxido, jugaría un papel fundamental para salvarme la vida, un simple llavero que costó sólo diez pesos. Fue cuando comprendí que muchas veces el precio no importa.

Al cabo de media hora de estar descansando y casi a punto de conciliar el sueño, entró corriendo y gritando un compañero: –¡Ya vienen, ya vienen! –Me levanté y salí a la plazuela del Carmen Alto, no había ni un alma y sentí mucho miedo, mucho miedo.

En ese momento, de la nada, apareció una camioneta Lobo negra y con vidrios polarizados. En su interior ya estaban tres personas de rasgos finos, altos, todos de tez blanca, dos de ellos con patillas recién rasuradas.

Una de las personas del puesto de socorro, salió y me dijo: –Váyase con ellos, porque ya no hay gente, ni cómo pueda escapar. –Con los huevos hasta la garganta y contra mi voluntad, subí a la camioneta.

Estando en la calle de Porfirio Díaz encontramos a mucha gente tratando de ocultar algunos compañeros en sus casas. Nos gritaron: –Váyanse compas, pélese, la pinche PFP ya está a dos cuadas.

–¿Y ustedes?– preguntó el compañero que iba de copiloto.

–Todos nosotros somos vecinos de aquí, no se preocupen – contestaron.

Habían muchos compañeros buscando refugio y les gritamos sí querían ir con nosotros. Se subieron como unos veinte en la batea y nos perfilamos hacia la Panorámica.

Ya estando cerca del Panteón del Exmarquesado, nos acordamos que las instalaciones de Canal 9 estaban custodiadas por la PFP, y que difícilmente podíamos escapar.

El que manejaba dijo: –No tenemos escapatoria, les propongo una cosa ¿Están dispuestos a morir?

– ¿Porqué?– Preguntamos.

– Si nos vamos por el cerro del Fortín y los encontramos, les aventamos la camioneta, nos van a disparar, pero nos llevamos por delante a un cabrón, ¿Qué dicen?

–Adelante– contestamos.

Recorrimos el cerro del Fortín sin problemas y pude guiarlos en la parte alta de la Colonia Aurora, cerca de la Capilla de la Virgen de Juquila; ahí me despedí de aquellos compañeros de ocasión.

Empecé a caminar rumbo a la casa de mi hermana, la verdad me daba pena llegar; pero no tenía otra alternativa, estaba plenamente seguro que la Colonia La Cascada estaba acordonada de policías, lo que representaba un peligro si intentaba llegar.

Por fin llegué a la puerta de madera con bisagras oxidadas por la lluvia. Empuje, entré, recuerdo que se oían voces en la cocina, se encontraban ahí mi hermana, mi papá, mi cuñado y mis dos sobrinos.

–Buenas noches– les dije.

–Pásale, mira cómo vienes– dijo mi hermana, –siéntate a cenar. –Preocupado y apenado acepté.

Apenas me disponía a probar el primer bocado, cuando de pronto se oyó una descarga de disparos, duró como un minuto y fue precisamente en la Facultad de Medicina.

Al escuchar esa ráfaga sentí indignación, empecé a llorar de rabia e impotencia al no poder hacer nada, sabía que había sido en Medicina, porque es un espacio universitario y seguramente compañeros que no tuvieron dónde refugiarse se fueron para allá.

–¿Por qué lloras manito? tú ya estas a salvo, anda cena– dijo mi hermana.

–Sí, yo estoy a salvo, pero a mi gente le están partiendo la madre– contesté con lágrimas en los ojos.

–¡Pinche gobierno hijo de tu puta madre! ¿Por qué les tocó a ustedes compañeros? – decía azotando las manos sobre la mesa.

Pensaba ir a ver si había muertos o heridos, pero me detuve porque podría entregar a mi familia y en lugar de menguar las cosas las agravaría más.

Terminé de cenar como las once de la noche, me subí a dormir a la azotea, era una noche estrellada. Observando los millones de estrellas me acordé y preocupé por Clara, Libertad, Fátima y por todos los compañeros; desde luego de los barricaderos de la Colonia la Cascada, mi hogar por más de 28 años.



Miraventos

Paúl R. Pérez San Pablo

El ensayo

Desocupo mi casa, desvisto mi alma y algunos sentimientos que aún me quedan, termino de dormir y bajo la sombra de tanta gente que aún me recuerda, me despido de mis hijos, pienso en volverlos a ver, regresar a abrazarlos, reparto besos a toda mi familia, querer es algo que me cuesta trabajo cuando ya no estoy con ella. Mi casa, la que rento desde hace más de ocho meses, está pintada de cuatro colores diferentes, a veces pienso que tanto pinche color me apendeja el alma, quién en su sano juicio, pone a pelear el morado con el café, y *pa* que según tranquilice la cosa meten el blanco con un terracota, qué necesidad de complicarse la vida, un día voy a pintar todas las paredes de blanco. Leí en un libro que deberíamos vivir sólo con lo necesario, por ejemplo una casa sólo debería tener un techo con cuatro paredes. Nosotros un par de mudas para combinar, una sola vida para caminar. Por eso no entiendo por qué la mayoría de la gente empeña su tiempo y dinero en adornar, en mejorar lo que ya tiene, en embellecer, en subsanar, en no afear. Hay algunos como yo que prefieren olvidar, seducirse por la vida, retorcerse, agarrarse con uñas y dientes sobre su lomo y apretarle la panza con las piernas para que camine.

La jardinera

Cuando Lorenzo y yo nos despedimos, habían atacado paramilitares las antenas del Canal Nueve y por eso nuevamente el pueblo había salido a

las calles, decidido a demostrarle al gobierno maldito que no nos tocarían una vez más. Nos encontramos cerca de la Prepa Seis, –cuánta gente– y aún así teníamos que despedirnos. Ahora entiendo por qué nos encontramos; al principio ninguno de los dos se atrevía a gritar fuerte, como los compas ya venían con la garganta bien madreada; usted empezó a gritar con más fuerza la consigna que más le llegaba al sentimiento: “¡lucha, lucha ,lucha, no dejes de luchar por un gobierno obrero de tierra y libertad!”

Dimos vuelta en la Calzada Niños Héroes, ahí ya se veía reforzada “La Barricada de la Ley” con un camión atravesado y una pipa con una leyenda que decía “todos somos APPO” y me reanimó el pensar lo grande que es este movimiento. Si me acuerdo bien de todo, llevaba sus tortillas envueltas en papel de estraza y fruta que había comprado para dejarla en las mesas instaladas en el Zócalo en *apoyo* al movimiento, esa tarde, cuando llegamos al Zócalo nos sentamos a descansar en una de las jardinerías, ésas donde se ponen los boleros. Desde mi esquina pude mirar la cantidad de nylons y cartones, en donde todas las noches llegaba a descansar este movimiento: sueños, rabias, traiciones, muertos, desaparecidos, madres y padres, toda esa gente la vi acomodándose en este embudo que nos lleva al final de la vida.

Cada uno tomó sus pensamientos por su lado; –a todos nos sorprende la vida ¿no, tío? más cuando planeamos algo–. Por qué no le tome la palabra y lo acompañe a la barricada, por qué esa noche tuve que pensar en su muerte, por qué todo coincidió con usted, por qué esas balas no se regresaron, por qué no hicimos algo, ¿por qué?... no lo sé. Todas las preguntas y algunos sentimientos aún me rechingan el alma. Al kiosco se le había cubierto de nuevas protestas, nuevos rostros que ahora simbolizarían nuestra fuerza, nuestra resistencia, la vida misma convertida en la lucha popular, los días se nos echarían encima con otras batallas que estarían ansiosas por contar sus historias; pero nosotros ¿qué haríamos mañana?, la misma lucha cubriría la herida, nosotros volveríamos a salir a curarnos de tanta muerte, a sacudirnos el miedo, a encontrar balas que matan, a buscar la conciencia, a no perdonar con olvido.

El asesino

La primera vez que dispare mi arma, junto con el ruido imaginé: sangre, miedo, dolor, angustia, tristeza, todo el poder y respeto en una sola bala. Cuando maté la primera vez, no disfruté en absoluto el que otro muriera, me llevé a mi casa la cara de auxilio de aquel enemigo infundado. No quise abrazar a mis hijos, no bese a mi esposa, tampoco pude mirarlos a la cara y expresar amor, nada se compara con la muerte, nada tiene que ver una bala con el amor de tu familia, no supe qué decir, ahí no sé obedecer órdenes, nadie me ha explicado cuál es la manera correcta de comportarse de un asesino.

Todas las historias me sugieren esconder el lado oscuro de las cosas pero siempre hay un hilo de sangre que termina derramando la verdad, todos los días veo sangre correr detrás de mi espalda. Soy un hombre que se adelanta a los tiempos para no sentir, un hombre como yo está hecho de una absoluta resistencia, no hay debilidad, no hay compasión, el dolor me tiene sin cuidado, él siempre hace lo que quiere.

–No tengas miedo, somos seres insuperables, no me mires, no me retes con tus ojos, tampoco quiero escucharte, tus desconsuelos y tu justicia no me explican nada que yo no haya visto. Te puedo arrancar los ojos, tus gritos, ni tú mismo los podrás escuchar para cuando decida tu muerte.

Le prendí fuego a tus ojos, toqué las llamas para sentirme poderoso, el día que me alcance el brazo de tus plegarias, no habrá perdón de mis ancestros, no quiero morir en brazos de tu justicia, no quiero sentir el poder del pueblo sobre mi cuerpo, no me van amontonar culpas de los de arriba, – a mí nunca me toca perder–, en mi casa no van a llorar de angustia, yo no pido perdón, yo no tengo compasión.

Pero hoy me detuve, estoy parado en este camino sin descanso, un golpe de agonía me está pegando en el corazón, cada suspiro me borra una sonrisa, cada bala que disparé se me regresa al pecho, en donde empiezo a pensar que me matan las raíces del alma.

La muerte

Al otro día, cuando lo vi, maldije toda una vida a Ulises Ruiz Ortiz, odié con toda mi alma a este pinche gobierno, le eché la culpa al destino por no estar de mi lado. Ese día volvimos de nuevo a la jardinera, ya era 22 de

agosto, había un silencio extenso, las miradas se volvían hacia nosotros con cierto consuelo, pero ya no había regreso. La bandera cubría los restos de su muerte y las consignas se repetían una y otra vez, las estrofas del Himno Nacional se oyeron claramente: “Mexicanos al grito de guerra”, no todo está perdido, pensé, las palabras de aliento que sostenían las lágrimas de todos los que sentíamos que estábamos muriendo se derrumbaron y le gritamos a la justicia, a la injusticia, a la indiferencia, a la arrogancia, le gritamos a todo mundo. Su nombre señalaba a cada uno de los culpables de su asesinato; ¿A dónde van los que manchan de sangre su frente y cuando se limpian, sus ropas y su manos quedan salpicadas por el dolor de inocentes? ...Salimos del zócalo más fortalecidos, más encarbonados, más chingones, con más ganas de darle en su madre al sistema.

Sampablo

Estoy frente a la vida que ha sido buena conmigo y me pregunto de dónde vengo, estoy sentado frente a un mundo que me echa tierra a cada minuto que pasa. Dónde está la puerta de los encuentros, hasta cuándo dejaré de tocar y terminar la larga espera. Los más de 51 años se fueron rápido, a dónde vamos los que llevamos prisa, a dónde vamos los que terminamos esta simple tarea de escuela que es la vida. Escojo los recuerdos y me los clavo en el corazón para ver si vuelvo a sentir la misma alegría que algún día tuve con los míos, me guardo en el bolsillo unas pencas de maguey y me tomo con ellos la copa del amigo: dónde cruzaran nuestros caminos, de dónde volverán nuestras huellas, a quién le tocará sembrar los lunes y domingos, con quién encargaré aquellos hijos míos, de quién serán las tierras y los ríos, para dónde vamos los que llevamos prisa, a dónde vamos los que terminamos esta simple tarea de escuela que es la vida.

Hoy vine hasta aquí a reclamar mi cuerpo, mi alma, mi mente; yo mismo vine hasta aquí a preguntar por el que me quitó la vida, hoy vine porque escuché que traían al que tiene cuentas conmigo. Hasta aquí he venido para mirarle de frente, quiero verle la cara al que sentenció su vida con mi muerte.

¿No trajiste tu metralleta? Ahora no tengo miedo de mirarte, tu figura se ve más ligera, no te he olvidado. La nostalgia vuelve hacia mí, ¿cuántas

lágrimas!, pero el dolor hoy se termina, mi voluntad se cumple, ahora soy libre. Pongo en tus manos la justicia, te señalo, te nombro, te culpo, te juzgo, te condeno, ¿escuchas? Ya viene entrando, trae cargando el peso de la ley, le ha cortado los brazos a la injusticia para que no lastime sus heridas, este es el consuelo de los asesinos, la sonrisa perfecta que no deforma la realidad, la mano que mantiene apretada la herida para que no sangre mientras llega ella, sencilla, bajita, con el rostro cubierto, dulce y fresca como aquellos campos de luces que aún guardo en mi conciencia

Ella que ha cambiado de nombre porque ya no tiene sentido contar esta historia con la misma frase, ha tenido que inventarse, se ha cambiado sus ropas, sacudido el polvo de su hombro y se ha decidido a buscar lo que había dejado de lado, ahora está aquí, frente a ti, levanta los brazos para hacerte la revisión de rutina, déjale ver qué llevas en las bolsas, que registre en tus adentros, no vaya ser que traigas piensos que no quepan en este tiempo. No tienes derecho a quedarte callado, procura decir la verdad que todo lo vivido ya está puesto en tu contra, si no quieres no te arrepientas, que no has venido para eso, mejor busca dentro de tu vida cuándo fue que perdiste el rumbo, cuándo dejaste de sentir en tu corazón aquel ritmo que se escucha por la vida, vamos dejando un espacio que ahora vienen los de arriba, aquí caben todos juntos, uno por uno, para que enderecen su vida...

La vida

Me reanimó el pensar lo grande que es este movimiento, los días incansables que vendrían después de su muerte, los llantos de aquellas viudas que no sabían que no estarían más con sus maridos, uno de sus hijos dándole el último adiós con un ramo de flores, su madre llorando las últimas lágrimas de vida, regañándose por no haberse ella adelantado a la vida, el calvario lleno de miradas enemigas, las calles que se perdían con asesinos, el pueblo que lloraba y que el dolor que salía de sus adentros era sólo para perderle el miedo a la batallas que venían.

Nosotros, los que aún tenemos la palabra que es la suya, no dejamos de un lado su alegría, no nos hemos arrancado el dolor de su partida, seguimos sin saber tal vez el rumbo de la vida, seguimos pegando en las paredes los sueños de justicia, -rayaremos con su nombre los gritos de

justicia– no nos iremos sin haber reclamado lo que alguien nos ha dado por alguna razón para existir, para compartir, para no arrebatarnos, esa es la misma vida.

Dedicado a la familia de Lorenzo San Pablo Cervantes, asesinado por el gobierno de Ulises Ruiz Ortiz la madrugada del 22 de Agosto del 2006, en la barricada de la radio comercial “La Ley 710” de la ciudad de Oaxaca; a todos los caídos de esta terrible masacre, a quienes tenemos memoria y nos hiere la sangre cada vez que el estado intenta aflojarnos la muela del juicio para hacernos a su modo. Una denuncia y recordatorio a los asesinados por el simple hecho de que son causa de nuestro dolor, porque en cada calle que transiten tendrán un reclamo que lleve todos los nombres de nuestros hermanos y hermanas caídos y de los que hemos sufrido por su ambición, por su cobardía, por su ignorancia, porque estas palabras les despedacen las entrañas, les arrebatan la respiración y los alcance eso que nosotros ya hemos puesto en su frente, JUSTICIA.

Así decía

Román López Reyes

Lo que pasó en San Bartolo Coyotepec ese día, ¡Dios me libre! no se los puedo contar, me faltan palabras. Ver cómo priístas y personal militar, gente de diferentes corporaciones policíacas, echaban bala contra los maestros cerca de la Casa de Gobierno y sin misericordia con machete cortaban todo lo que se movía, gritos de dolor, sangre por todos lados, recordarlo me aterra. La verdad, me faltan palabras.

Cuando me agarraron cerca de la barricada de la Casa de Gobierno, destrozaron lo poco que quedaba de mi carro, amarraron mis manos. Una señora bajita, gorda, priísta hasta la madre, matrona como varias que se encontraban ahí, cazando APPOs. Me salió mandona la desgraciada, luego, luego empezó a hostigarme y a ordenar.

-¡Quémenlo!

Así decía:

-¡Aquí están el cerillos! ¡Ese es APPO!

Así decía:

-¡Aquí está el cerillo! ¡Échenle fuego!

Así decía:

-¡Aquí está la gasolina!

Así decía:

-¡Quémenlo!

Así decía, así decía...

Yo no decía nada, estaba sudando frío, la neta creo que me estaba muriendo de miedo.

Dentro de mí me dije:

–Serenos Buki, serenos, demuestra que eres cabal, demuestra que no tienes miedo, Buki.

En mi necesidad de seguir viviendo, no dejaba de mentarles la madre, porque les faltaban pantalones.

Como nadie se arriesgó a prender la mecha para quemarme, un rato después me entregaron a la policía. La tira, bajo una serie de amenazas, me trasladó al penal de Miahuatlán de Porfirio Díaz a una distancia aproximada de dos horas de aquí, de San Bartolo. Al no encontrar delito que perseguir me declararon inocente, ni disculpa me pidieron por la detención, sólo me liberaron, el retorno a casa fue difícil, sin dinero, sin conocimiento de nada ni de nadie.

–¡Chale cabrón! a veces vale la pena cerrar la jeta pero a veces nada más, porque hoy sigo tirando gritos a los pinches gobiernos y como somos un chingo, ahora ellos están enfermos, les esta llegando la hora, la cuestión es seguirle atizando.

No podemos olvidar los muertos

Noemí Aguilar Martínez

*“No podemos olvidar los muertos
que empiezan a brotar del suelo como matas silvestres”.*

Isabel Allende

Desde donde lo recuerdo, aún la Policía Federal Preventiva (PFP), venida de la capital del país, no llegaba a “poner orden” a la ciudad de Oaxaca. Yo estaba en casa sintiéndome impotente, atormentándome con la misma pesadilla de la injusticia social. Malográndome el día y el alma. Me sentía afectada por la situación que estábamos pasando, deseaba interrumpir los seis meses de aburrimiento de una sublevación irremediable y sin salida y ansiaba con todo el corazón tener en mi mano ese poder con que contaban los políticos, los militares o hasta los narcos, con tal de detener a toda esa mala gente ansiosa de crímenes y opresión.

Un contingente representativo de cada una de las regiones en que estaba organizado el estado, se había hecho llegar al Centro de la ciudad capital exigiendo la caída de su gobernador, lo acusaban de usurpador; añadían a sus demandas: la destitución de poderes, la libertad de sus presos políticos, aumento salarial, justicia social. Todos estaban repartidos en lo que ellos llamaban lugares estratégicos: el Zócalo de la ciudad, la Cámara de Diputados, las cabeceras municipales más importantes, diversas oficinas del Estado, la Casa de Gobierno entre otros. Los maestros de la región de la Costa se encontraban custodiando la Casa de Gobierno, en el pueblo de Santa María.

Aquel día amaneció soleado como es propio de una ciudad calurosa aún en otoño. Habían instalado sus improvisados hogares en el lugar y conforme cumplían los días necesarios para dar término a su comisión,

retornaban a sus casas siendo relevados por otros. La tarde iba cayendo y hasta esos momentos se mostraba apacible. Era el 27 de octubre de 2006. En la luz que se escapaba apagando el día se esfumaba el paisaje, se perdía en la lejanía el límite de los cerros así como los carros y el ruido de sus motores que se alejaban envueltos en sombras. El contingente se encontraba reposando bajo las desalineadas carpas levantadas con lonas y plásticos de diversos gruesos y colores. Algunas mujeres tejían o bordaban, entre todos cantaban o compartían anécdotas y más de dos libros con sus autores, otros preferían dormir, tal vez soñaban con el fin de la dictadura disfrazada de gobierno libre y representativo, y con el fin de su dictador, que igualmente mentía jugando a ser gobernante de elección popular.

En el plantón de Santa María, Iván, un joven maestro se entretenía manipulando el celular. Era un hombre de pecho delgado pero con una masa de músculos firmes en brazos y piernas. Roberto era de compleción delgada pero ligero como liebre y era también el compañero y camarada más allegado de Iván en esos momentos. Ambos estaban tendidos sobre cartones bajo la sombra de una carpa, se encontraban tranquilos y apacibles a pesar de que esperaban la amenazante llegada de la represiva y sonada PFP, porque ese era el rumor desde días atrás. Ellos tuvieron la calma en sus ratos de mayor ocio de recorrer el pueblo, de conocer veredas y de pensar en las posibles salidas en caso de necesaria huida. Ellos lo vieron, ellos mismos me lo contaron. Vieron venir a un grupo de hombres como regimiento orgulloso, triunfante aún sin empezar la batalla solo porque sabían cargar un arma, también caminar como los “meros machos”; su fin, sacar a esa turba de maestros, mafiosos holgazanes. Venían en banda, venían no sólo con machetes sino cargando armas; caminaban muy firmes y altaneros hasta donde estaban los maestros en la barricada.

–¡Quítense a ver cuantos maestrillos me voy a echar! –bufaba un hombre de edad que, en estado de ebriedad, ladeándose lastimeramente, punteaba el grupo gritando.

El Sectorial, maestro electo a quién le dieron la representatividad del contingente y que fungía como la autoridad en esos espacios, se acercó a la turba del pueblo para responderles en tono de paz y tranquilidad, la mayor posible:

–¿Qué se les ofrece?

–Queremos que se larguen, no los queremos acá, bola de flojos –bufó la turba enardecida y amotinada tras el anciano alcoholizado.

–Miren, ustedes son el pueblo y nosotros estamos con el pueblo, no queremos nada con ustedes, aquí el problema es con el gobierno y la policía que mandaron a traer para amolarnos, a ellos los estamos esperando. Váyanse a sus casas, –les repitió varias veces –no queremos ningún problema con ustedes.

A pesar de las explicaciones que pretendieron calmar los ánimos, los del pueblo empezaron a gritar groseramente con mayor fuerza y cuando el Sectorial se dio la vuelta para ignorar las voces, se oyeron varias detonaciones y una bala salida de alguna de las arma de fuego que cargaban los del pueblo le entró por la espalda al Sectorial quitándole la vida, pero eso no fue todo, segundos después cayó el ebrio anciano.

–Ya lo mataron, ahora verán hijos de ...– y comenzó la masacre.

Los del pueblo de Santa María comenzaron la afrenta usando armas y machetes, los docentes les respondieron con cohetones y piedras. Así pretendían defenderse de los cuerpos armados, así creían que los harían llorar, ahora se desmentirían. No sabían que serían ellos los que sufrirían los tormentos salidos del purgatorio en la tierra de los humanos.

Inmediatamente Iván y Roberto se lanzaron al piso y se fueron arrasando entre las barricadas, iban como lagartijas espantadas. Llegaron al siniestro cuartel de policías, éstos no estaban, corrieron hasta la madrería y por ahí brincaron, sólo una cuadra más adelante se encontraban ya en las faldas del cerro donde pudieron esconderse entre unos juncos. El aire olía a miedo y humedad. Esperaron un rato y sus ojos vieron un círculo de terror que cada vez se cerraba más hasta sofocarlos.

Ellos pudieron ver y confirmar después cómo muchos de los maestros en la corretiza se fueron para Trujano, otros huyeron por el lado del mismo pueblo inmisericordioso. Los que llegaron a San Bartolo pudieron escaparse por el río y a toda velocidad salir de ahí, porque hasta allá los rastrearon. Otros corrieron para el cerro, a campo abierto, ahí como conejos baleados caían heridos o muertos. Esos del cerro se vieron a sí mismos enterrarse, rascar con sus uñas la tierra para ser tragados como el polvo. Para que no los allanaran, los machetearan o los ultrajaran, desea-

ban que la luna en un eclipse se ocultara, que la noche los abrazara para esconderlos de la bravura de esas hienas desalmadas.

En cuanto Iván y Roberto pudieron salir lo hicieron, fue entonces cuando la encontraron. La mujer estaba empapada de sudor, sentada sobre la tierra abrazando sus piernas y metida la cara entre ellas. Temblaba con un nerviosismo extremo, asustada como palomita herida acechada por el animal agazapado.

–Levántese, vamos a caminar tranquilos. Quieta, aguante los jadeos –y la abrazó fuertemente de la cintura para sostenerla, aparentando en el abrazo el amor de una joven pareja, ajena a la muerte que atacaba a unos pasos. Ella se incorporó pasando sus manos sobre su rostro moreno de gesto triste, desnudo de maquillaje, delicadamente indígena hasta deslizarla sobre su cabeza para peinar sus cabellos lacios y castaños.

–No deje que la huelan esos perros rabiosos.– Ella caminaba apenas pisando el suelo que se movía como tierra pantanosa ante sus ojos. Caminar al margen de ellos, fingiendo no ser parte del conflicto como si nada supieran, era el mejor escondite, pero lo espectral de esa terracería obscura y el paso de las camionetas “caravanas de la muerte”¹ les erizaban los vellos de la nuca y les hacían flaquear las fuerzas. Por momentos estaban a punto de echar a correr hasta donde hubiera luz y gente que pudieran ayudarlos, pero una fuerza que venía de sus ángeles celestes no les permitió dejar que toda su angustia se apoderara de ellos para entregarlos a sus verdugos. Ambos hombres llevaban casquete corto, eso y su aparente calma, así como las seguras oraciones de misteriosas fuentes o de dudosas estrellas del zodiaco, lograron salvarlos. Tuvieron la suerte de encontrar a una familia que se arriesgó a esconderlos y luego a hurtadillas, días después, a sacarlos.

Al Municipio llegaron algunos del pueblo, en el centro de la escena de la matanza. Ellos lo vieron para contarlos, miraron aterrados el arrastradero de maestros, los llevaban ensangrentados y sofocados en su propia sed y espanto. Ahí traían a un maestro, el pelo empapado, pegado al rostro con su misma sangre, las pupilas dilatadas, el cuerpo suelto haciendo de

¹ Camionetas llenas de policías, a veces vestidos de civiles, que levantaban a la gente.

él una grotesca figura dantesca... le dieron un machetazo en la cabeza y aún le venían dando de patadas como vil perro.

–Oye mano, ya estuvo suave, ¿no lo ves como viene? en qué condiciones, ¿por qué te ensañas con él y lo estás golpeando? –dijo una voz para defenderlo.

–¿Qué's tu papá o qué? –contestó el topil moreno, regordete y de baja figura.

–No, no es mi papá, es un ser humano y no tienes porque hacerle eso.

–Ay sí, pues también lo vas a acompañar, ¿qué no ves que tenemos rabia porque mataron a uno nuestro? ¿no te duele? es de tu pueblo, ¡Cállate o también a tí te va a llevar la chingada!

Como no los dejaron dar auxilio a los maltratados, compraron refrescos y se los llevaron para mitigar su sed.

–Mira, –en tono burlón –parece que su papá y su mamá están aquí, mira como vienen a verlos.

Mientras todo esto sucedía en el centro de Santa María, el resto del pueblo, que no sabía exactamente lo que pasaba, comenzaba a suponer los hechos.

Me apresuré a salir de casa apenas intuidos los primeros golpes. En la calle, una joven con el rostro pálido, la mirada desorbitada, batiendo las manos en ciega lucha, corría sin avanzar dando gritos de espanto para avisar de los primeros actos:

–¡Mi hermana está allá y están atacando! ¡Están con pistolas! ¡Esta gente y ahorita está mi hermana Andrea ahí!, y ahorita están llegando...

–¿Quiénes?

–No sé, pero ellos están atacando, de algún lugar vienen ni modos que sean de aquí, tienen armas, yo creo que es la militar. – Gritaba sin control, moviendo las manos sin cesar, gritando con desesperación pretendiendo encontrar ayuda para ella y para su hermana. – ¡Andrea vente! – repetía la joven como si su hermana pudiera oírla a tantos metros de distancia.

Yo no sabía exactamente quiénes eran, pensé en la PFP a la que algunos esperaban con ansias y otros con miedo y rencor. Tampoco sabía si ir o no pues de pronto el miedo se convirtió en astilla en la planta de mi pie, quería retirarla pero no podía verla, ni siquiera tocarla, pero cómo me

lastimaba e incomodaba, lo único que quería era saber cómo hacer para sacarla.

En algunas esquinas empezaron a pasar carros de policías, iban vestidos de civil, pero eran policías, lo supimos después. De momento, estábamos sorprendidas sin saber quiénes eran y qué querían. El paso frío de aquellos hombres erizaba el vello de los brazos al instante. En la penumbra y el silencio roto, se hizo raro oír fuera de tiempo sonar las viejas campanas que avisaban al pueblo que había que reunirse. Con el retumbar de los metales se abrió mi percepción, los del pueblo estaban atacando a los maestros. En una multitud de apariciones como surgidas de otro siglo, el ambiente se llenó de espanto, también de lánguidas figuras que corrían a la par de la transfigurada muerte llegando a caballo y con machete. Gritos ensordecedores llenaron la tarde y se metieron como dardos sin compasión en los oídos de los que quisieron escucharlos; pero también fueron tapones para la conciencia de los que deseaban verlos muertos. ¿Qué estaba pasando? ¿De dónde venía ese olor a sangre?

Entonces me entró una impotencia, una rabia. Un precipicio se abrió ante mí con una profundidad de sufrimiento y de terror, tuve miedo de caer en él, no quise entrar en esa profundidad y menos quedarme. Para tapan ese hoyo, entré con prontitud a la casa para cerrar el paso de las camionetas. Sin nada encontrar, volví a salir impotente ante lo que pasaba. De pronto una mujer como ánima en pena, con los cabellos erizados, el vientre abultado que se marcaba más aún con las sombras que venían cayendo y en uso de una voz desgarradora también gritaba en medio de la calle:

–¡Mataron a mi compadre! ¡Lo acaban de matar! ¡Malditos! ¡Esos flojos que no hacen nada, nada más vienen a causar problemas al pueblo, esa bola de holgazanes! ¿Pero cómo no vienen los de la policía y se los llevan?

–Pero mire señora, ¿qué tenía que hacer su compadre en todo esto? –Y por más explicaciones que se le daban no lograban ni entender ni calmar a esa mujer y a su hálito que arrojaba bichos en cada una de sus palabras.

–Mamá, creo que voy allá a defender a los maestros –dijo de pronto alguien de los que estábamos ahí reunidos.

–¿Cómo crees que vas a ir a defender? te van a matar también a ti. Aquí quédate, ¿que no ves que el mismo pueblo es el que está enojado?

Entre esas figuras apareció un joven con un palo en la mano rumbo al centro del pueblo y alguien le aclaró en frase burlona: – Oye, mejor hubieras llevado un arma y no un palo, porque con eso no vas a poder hacerles nada –y él se rió con la risa de la Parca sin detenerse un instante.

Como muchos de los pueblitos coloridos de nuestro país, éste no era la excepción, nuestro municipio tenía su circular kiosco ante su tradicional iglesia, sus bonitos y pintorescos jardines así como sus anchas bancas bañadas de la fresca sombra de los laureles para sentarse a tomar una nieve bajo el alegre canto de las aves sin dueño. Todo esto visto de día es lindo. El Municipio y muy cercano a él, su cuartel de policías, con sus puertas de metal y sus casi siempre pequeñas y sombrías ventanas, hacen sentir seguridad a la gente. Para el colorido cuadro se agrega el Centro de Salud para atender a los enfermos. Antes de todo esto jamás nadie habría pensado en estos espacios como aterradores lugares. Ahora sí, convertidos en oscuros sitios de dolor.

Más tarde, como a la una de la madrugada, llegó una camioneta y cargó con muchos maestros para salvarlos. En medio del dolor una pequeña luz de fe.

–¿A dónde nos llevan, por caridad, a dónde?

–Calladitos, queremos ayudarlos. – No cabían porque eran tantos. – Luego regresamos por más, aguanten, tengan fe, espérenos. – Pero no volvieron.

Cerca de la casa oficial había un motel. En ese motel muchos maestros durante el plantón habían encontrado dónde bañarse, iban a usar los sanitarios, los menos a dormir. Así que muchos fueron a refugiarse en él sin darse cuenta de la inacabable pesadilla que los sofocaría al hacerlo y de la traición que les esperaba. La impresión de los hechos hacía flotar a muchos en una neblina pestilente de odio y rencor y les quitaba el sueño. Tras el motel todo era casi siempre silencioso y ante la desesperanza que reinaba en el lugar nadie podía dormir, lo que hacía mucho más fácil escuchar los más mínimos sonidos del campo. Como a las dos de la mañana bajó un helicóptero que entre metrallas, insultos y golpes se fue llevando a los profesores. Los entregaron como chivos de expiación.

Muchos maestros que creyeron en la piedad humana corrieron a las casas más cercanas a pedir ayuda para resguardarse de los novios de la muerte. Una señora aceptó y dejó que entraran, cerró las puertas y se sintió resguardada, más nunca se imaginó que a su esposo lo agarrarían.

–Entréguenos a todos los que tiene y a su esposo se lo regresamos – por celular lo comunicaron.

–¡No, no entregues a los maestros! De todas maneras los vas a entregar y a mí me van a llevar, déjalos que me lleven.– Se lo llevaron para Miahuatlán y ahí le aplicaron el tratamiento usual. Regresó sin manos.

Cerca de la Iglesia hay una cancha de fútbol y una fila de majestuosos pinos que le regalan su sombra; ahí, días antes, hicieron una zanja, ya estaba todo planeado. Un grupo de muchachas que entrenaban cuando empezó el tiroteo fue movilizadas con rapidez, pues dentro de la zanja recién abierta, con una escopeta salida de la nada, empezaron a disparar a todos los que desesperados corrían para allá. Ellas alcanzaron a ver cómo caían, ellas fueron testigos visuales de aquella cacería. Cuando la noche era dueña del lugar, aquella zanja que hicieron en la base de los pinos y que había servido de trinchera para balacear a los maestros sirvió también para enterrar ahí a todos los que cayeron heridos o muertos.

Por parte de Santa María, tres quedaron mal de alguna parte del cuerpo y hubo solo muerto. Por parte de los maestros fueron muchos heridos, muchos desaparecidos, si mal anunciaron las autoridades “ningún muerto”, en realidad no hay recuento.

Me acosté, estuve llorando y me decía: “Dios, ¿por qué la vida es tan injusta? al que protesta el gobierno lo mata con su propia gente.

Muchos no pudieron dormir bien. Se oía como andaban buscando, lobos rabiosos andaban por el monte, atendieron el repique de las campanas, muchos salieron, mujeres y jóvenes, todos con sus garrotes para seguir buscando.

Al otro día, sábado en la mañana, los que se apiadaron buscaban cómo esconder a los guardados.

–Los metemos en el tinaco... pero con el calorón, se nos van a asar.

–Van a entrar, van a catear, ¿a dónde los guardamos?

–Los sacamos en mototaxi, aparentando cualquier viaje.

–Que vengan por ellos a escondidas en algún coche y que luego nos hablen para saber que se pudieron ir.

Días después, en los puestos del mercado se podía oír entre dientes y entre voces aún con miedo:

–Qué le cuento, el otro día a mis hijos le pasó algo bien feo. Estaban con los chivos en el cerro cuando estos empezaron a balar y a saltar inquietos, se estaban espantando. Tenían miedo y se querían ir. De repente vieron a una persona ensangrentada, ¡ay mamacita!, creo que éste es de los difuntos de esos a los que mataron. Se aparecen... se aparecen personas, son los muertitos. Pero ya ve, ellos dijeron que no hubo muertos porque los escondieron. Y los que callaron por ser cómplices amenazaron a los otros para no ser delatados. Pero los muertitos se están apareciendo. Es que hubo muchos que no los rescataron, ahí los enterraron vivos...

–¡Qué Dios los tenga en su Santa Gloria! Y a nosotros que nos perdone.

–¿Cuánto va a ser marchanta?

*

–Tal vez no importe de donde venían las armas. Nada podemos comprobar.

–Pero si mis paisanos no tienen ni para comer, ¿De dónde sacaron para comprar armas?

*

Hay quiénes dicen, tal vez inventan para sangrar los hechos, que hasta una zanja abrieron y ahí enterraron a los maestros, luego se los llevaron, sin evidencias. Primero los taparon pero como dijeron que iban a investigar y a llegar los reporteros entonces los sacaron. Otros cuerpos los subieron en helicóptero y luego en avioneta y los fueron a tirar al mar. Hasta en volteo aseguran haberlos sacados. Es que para eso están, para eso trabajan, por eso les pagan.

*

Aún ahora puedo escuchar voces que el viento me va trayendo y no sé como sacar del pecho. ¿Será cierto que todos nacemos con alma dentro? Sí, no dudo de la creación de Dios, pero cuando va pasando el tiempo, la ambi-

ción y el miedo nos van volviendo ciegos aún cuando se tengan ojos, es entonces cuando el espíritu toma color hasta convertirse en negro, hasta hacer de la inmensidad de la dignidad humana un abismo frío y oscuro que se funde y confunde en el dolor y el silencio.

Es el alma la que hace diferentes los sucesos: gente que fue usada para matar, gente que fue protegida después de los hechos, gente que ocultó las cosas al hacer callar los medios, gente que perdió la piedad porque ya no tenía conciencia, gente que tuvo miedo de defender a su propia gente, gente que quería vengar en unos pocos seres humanos las inmundicias del mundo, gente que ha aprendido a guardar silencio y los menos, gente que perdió amigos, comodidades y servicios por ayudar a quiénes ni conocía, gente que quedó en muñones por defender a los maestros, gente que después de esto se fue del pueblo para no cargar con pena ajena, gente muerta que brota del suelo, gente... gente... gente.

Una recta que va separando pueblos y comunidades es la carretera que lleva a la Costa y sale de la Ciudad de Oaxaca. Al andar por ella se aprecian mercados, iglesias, cerros, casas y explanadas naturales propias del campo, todas bañadas por los intensos rayos del sol que el gran Dios manda para calentar a todos sus hijos, malos y buenos. En los faldeos de los bajos cerros del Pueblo de Santa María, localizados en el andar de dicha carretera, a partir de esa tarde y noche, no podemos olvidar los muertos, que empiezan a gritar desde nuestras conciencias. Ni en esos días ni ahora, los atacados acabarán de aceptar ni entender esa visión del infierno; como tampoco pudieron saber, sino horas después, que en otros dos lugares, el mismo día y a la misma hora, en Santa Lucía y en San Agustín, se habían organizado similares emboscadas. Ni siquiera la imaginación más policíaca podrá recrear los hechos si no lo hace a la sombra de la ambición y el estiércol.

Solidaridad estudiantil

Joel Ortega Erreguerena

En 2006 no estaba en Oaxaca, pero como muchos mexicanos, seguí con preocupación y esperanza al movimiento oaxaqueño. Cuando el Gobierno Federal optó por la violencia y envió a la Policía Federal Preventiva (PFP) para reprimir a la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO), participé junto con cientos de compañeros en el primer paro estudiantil después de muchos años en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; algo de la dignidad y rebeldía del pueblo oaxaqueño había llegado al DF, desgraciadamente no lo suficiente. Este es mi testimonio de esos acontecimientos.

El 29 de octubre nos enteramos con preocupación de la entrada de la PFP a Oaxaca. Igual que 6 años antes contra el Consejo General de Huelga (CGH) de la UNAM, la PFP era utilizada para reprimir el pueblo organizado. Ese mismo día y en los siguientes, la APPO organizó marchas en el Distrito Federal. Ahí mismo, en la marcha algunos compañeros de la facultad decidimos impulsar al movimiento estudiantil para frenar la represión.

El día 30 a las 9 de la mañana, todo parecía tranquilo en la facultad. Unos cuantos nos reunimos y comenzamos a denunciar lo que pasaba. Poco a poco fuimos creciendo, a las 9 éramos 3, a las 9:30 20, a las 10 ya 50, y para las 11 ya casi un centenar. Así, de la nada la solidaridad comenzó a brotar.

Improvisamos como pudimos un plan de acción. Otras facultades también se estaban movilizandoy habían comenzado un bloqueo en Insurgentes. Lo importante era continuar juntandogente pero no dejar solos a

nuestros compañeros del bloqueo. Decidimos dividirnos, la mitad al bloqueo y la otra a seguir agitando en la facultad. A la una regresaríamos todos a la Asamblea, el paro ya se respiraba en el ambiente.

En efecto, a la una regresamos, el movimiento después de años de reflujo estaba brotando. La Asamblea sin tiempo de convocatoria fue un éxito, cientos discutimos y decidimos lo que no se votaba desde 5 años antes, el 31 de octubre haríamos un paro estudiantil. De ahí nos trasladamos a la marcha en Gobernación. ¡Oaxaca no está sola! ¡Hombro con hombro, codo con codo! ¡la APPO, la APPO, la APPO somos todos! ¡Apoyar, apoyar, la Asamblea Popular! Gritamos junto con miles.

En la noche otra vez la Facultad era nuestra, de los estudiantes, de la rebeldía, de la dignidad y no del director, de la burocracia, de la autoridad. Organizamos guardias, hicimos mantas, redactamos volantes.... casi no dormimos, al día siguientes nos esperaba el paro.

A las 7 a.m. comenzó el paro y con él los conflictos. Cientos de estudiantes iban llegando poco a poco, muchos venían a participar en el paro pero otros no estaban de acuerdo. La situación era tensa, para las 8 ya se desarrollaba un mitin con la explanada llena. El sonido estaba abierto, unos argumentaban a favor del paro: “No podemos dejar solo al pueblo de Oaxaca, la Facultad no puede ser cómplice de la represión, retomemos el papel solidario del movimiento estudiantil, como en ‘68, como en el CGH, etc.” y otros en contra: “A la universidad venimos a estudiar, no a grillar ¿de qué sirve cerrar la universidad? estudiando ayudamos más al país”, y así, uno tras otro.

La tensión aumentaba, grupos enviados por el director llamaban a los estudiantes a romper el paro, incluso un grupo intentó ingresar a los salones. Pero el diálogo se impuso, si en Oaxaca no había plebiscito, en el movimiento estudiantil debíamos ser democráticos. Comenzó la Asamblea, la explanada estaba como nunca desde la huelga de ‘99–2000, pero ahí estaban cientos, tal vez más de mil participando, discutiendo, organizándose, luchando.

Después de varias horas de discusión, lo necesario: la democracia. Con una amplia ventaja (cientos) se votó por el paro. Ganamos, mientras la PFP reprimía al pueblo oaxaqueño, la facultad por dignidad no laboraría.

Algo pero poco, muy poco para lo que Oaxaca necesitaba, duele pero hay que decirlo, en 2006 Oaxaca se quedó sola, no pudimos o no supimos cómo profundizar la solidaridad, extender la rebeldía.



La televisonia consentida y la ciudad de la Verde Antequera

Fabiola Giselle de la Cruz Frías

Era ya de noche y como de costumbre la familia *Pin Güin*, después de sus actividades diurnas como el trabajo, la escuela u otras, se reunía en la sala de su casa, frente a una caja que llamaban “televisonio”. Ésta mostraba programa tras programa que, aunque ridículos y la mayoría copiados de países extranjeros, entretenían mucho a esta y a otras familias de esta pobre nación pingüinesca.

Hay que decir que la familia *Pin Güin* no era muy distinta a las demás, ya que estaba conformada por la mamá pingüis, a la que llamaban “La Doña”, cuatro pingüinillos y la *Consentida*. Una característica muy común en la sociedad urbana de aquella época, donde las familias ya no mantenían lazos de unión y solidaridad tan fuertes como antes. Mucho menos podríamos hablar de familias *extensas*, pues como ésta y muchas otras ni siquiera con la figura paterna contaban ya. La diferencia con las otras familias la hacía *La Pingüinita*, quien además de ser un poco chiquita y tener aletitas y patitas cortas –en comparación a otras pingüinitas–, tenía unos ojos grandes y muy simpáticos. No sólo eso, tanto por su modo de ser como por su manera de vestir era considerada por la comunidad como rara y/o extraña. Y es que no debemos olvidar que nuestros personajes vivían en una sociedad que juzgaba y etiquetaba a sus miembros más por la *apariencia* que por la forma de *ser*. Imagínense, nuestra pingüinita usaba ropa negra, escuchaba música gótica, se la pasaba tomando café todo el día,... cuando “lo normal” para una pingüinita de su edad era salir a la disco, vestir a la moda, lucir coqueta, leer revistas de

“taranovelas” (de las que pasaban por el televisorio), beber *caca-cola light*, etc. En fin...

Volviendo a la sala de la familia *Pin Güin*, donde todas las noches se reunía para ver al televisorio, al final de las horas y horas depiladas frente a la caja esa, se transmitía el *noticiero*. Entre el mar de verdades mentirosas que en él se decían, una llamó la atención de la pingüinita hija, la *Consentida* porque era la única: “al sur del polo se viven momentos de angustia y desorden –comentaba el león marino que (des)informaba–, ya que un grupo minúsculo de vándalos, delincuentes y demás, hacen de las suyas en las calles de la Ciudad de los Focos. Los hoteles, los comercios y las instituciones permanecen cerradas por temor al saqueo y la destrucción que realizan estos focos sin *razón* ni *sentimientos*. El desempleo y el hambre comienzan a azotar estas tierras...”. La manipulación de imágenes junto con este tipo de mensajes dibujaban un mundo de falacias e inexistente, pero al mismo tiempo funcional al orden establecido.

Se trataba de un movimiento social que había surgido a partir de la represión que sufrieron los maestros de miles de foquitos de aquellas tierras, quienes año con año exigen a los gobiernos incremento salarial, ya que los costos de los productos que consumen suben y suben y ya no les alcanza. Dado que las injusticias y los agravios del último gobernador –al que los focos llamaban *Uro-hiena*– sobrepasaron el límite de lo que cualquier ser vivo puede soportar, el levantamiento de los focos fue masivo e impresionante, como nunca había sucedido en esas tierras. Pero, obviamente, esto no lo dijeron en el televisorio, lo supieron después nuestros simpáticos personajes.

No está de más comentar que a diferencia de los focos y los pingüinos, las hienas siempre han sido consideradas por los otros seres como *seres despreciables*. Ya en la historia antigua se creía que los perros perdían la voz y los sentidos cuando estaban cerca de una hiena. Los árabes decían que quién comía los sesos de una hiena se volvía inmediatamente rabioso. Sin embargo, como todos los seres vivos, la hiena tiene su papel en la naturaleza: limpiar los lugares donde hay restos de animales (...) Gracias a la fuerza de sus dientes, las hienas pueden masticar *los huesos más duros* que han sido abandonados por otros animales carnívoros (...) Si no encuentra carroña, *mata* y *come* animales indefensos como focos y

pingüinos. Es, además, *muy cobarde* ya que sólo caza en manada y sale a buscar comida por la noche. De ahí se explica mucho de lo sucedido en la ciudad de los focos, por ejemplo, la instalación de *barricadas*.

Pero, volvamos a nuestros personajes y a la noticia que llamó su atención, mejor dicho, sobre lo que se decía en el televisorio de lo que acontecía en la Ciudad de los Focos, quienes sobre el particular entablaron una conversación. Para empezar, sobre la imagen de uno de los supuestos dirigentes de tal movimiento y la crítica del reportero león marino: “sólo basta ver la cara de este sujeto –había comentado el susodicho reportero– para ver qué clase de focos participan en estos desordenes”. El sujeto al que se refería era una foca que los medios de comunicación habían convertido en líder, su aspecto medio chonchito pero con una barba grande y larga era mal vista por la “sociedad” de esa época.

“Sólo los delincuentes y vagos la usan así, no cabe duda que esa gente es desgraciada, ojalá el gobierno ponga ya orden o ¿Pa’ qué tiene el ejército?”, comentó con un rostro de furia e interrogación el miembro más pequeño de la familia. “Tienes razón *papita* –asintió la pingüinita consentida–, pero el ejército no, para eso está la policía”. “No mensa –dijo otro de los allí reunidos–, ‘pinches’ policías no sirven ni para atrapar una mosca ¿no ves lo tripones que están?”. Inesperadamente las risas hicieron retumbar las cuatro paredes que envolvían aquella reunión familiar. En eso los interrumpió la mamá, o la *Doña* como le decían: “Va mijos, ustedes tan tontitos no se ponen a pensar que también son seres vivos como nosotros, además, quién sabe si sea cierto lo que dicen de ellos en el televisorio”... En ese momento la pingüinita quedó intrigada ¿y si en realidad no era verdad lo que se decía? “¿sí solo nos están engañando a quienes vemos el televisorio?”, se preguntaba. Desde ese momento estuvo atenta a todo lo que se decía sobre ese tema, que en realidad no la ayudó mucho, pero tampoco tenía más opción que el mentado televisorio.

La pingüinita *Consentida*, quien a pesar de su manera de pensar y ser, trabajaba todo el día en una tienda departamental, no conocía ni contaba con medios alternativos de información, ni siquiera con amigos que tuvieran distinta forma de ver las cosas. Nada. De modo extraño y paradójico –dada su especificidad como *pingüinita*– creía en ese mundo engañoso, donde se les decía que entre más trabajaran mejor les iría y “un

día” alcanzarían la felicidad plena, pues tendrían todo. Mientras esto último pasaba, “a trabajar duro”, a “luchar por el éxito” individual, ya que sólo los más listos lo lograrían... En fin, en ese mundo vivía su cotidianidad nuestra pingüinita y por esas razones creía todo eso; además, la repetición hasta la náusea de lo que en el televisor se decía que pasaba en aquella ciudad, volvía verdades lo que eran mentiras (o medias verdades). Tal como otros seres malévolos lo habían aconsejado y practicado muchos años atrás, el caso de un tal *Leónhitler* es muy conocido por quienes un poquito leen de historia.

En una ocasión de esas tantas veces, también se comentó sobre una marcha por la paz, en la que algunos focos vestidos de blanco pedían a los focos *maestros* “revoltosos” que regresaran a clases. Se decían muy preocupados por la educación de sus hijos y de que fueran a perder el ciclo escolar. Dicha manifestación, según el televisor, estuvo conformada por más de 500 mil focos; esto sucedió una semana después de que los focos inconformes habían sido agredidos cuando estaban en su plantón. “¡Guau!”, comentó la pingüinita *Consentida*, “ya ve madrecita, la gente está en contra de los revoltosos y por la paz, yo no entiendo por qué el gobierno no pone ya orden”. “No sé hija, tampoco entiendo ya muy bien. Ummmm, por la forma en que van vestidos no se ven tan jodidos y parece molestarles el sol, lo que me dice que mantenga mis *sospechas* en pie”, replicó la *Doña*. La pingüinita se quedó intrigada, pensando y observando las imágenes de la marcha, el silencio se apoderó de la sala junto con la noche y las palabras regresaron hasta el día siguiente.

Dos de los hermanos de nuestra pingüinita *Consentida* eran alumnos de primaria y secundaria, entonces cuando los leones marinos *jilgueros*, los de la caja idiotizante, afirmaban con tremendo coraje que por culpa de los maestros revoltosos y vándalos de la bella Antequera los pequeños de aquella ciudad se quedarían sin escuela, la familia *Pin Güin* también se enfurecía. La verdad, dicen los que vivieron todo aquel proceso de lucha, que esa marcha fue increíblemente menor, con no más de 4 mil participantes. Eso sí, hasta el helicóptero de una de las empresas que transmite por el televisor llegó a dar cobertura para que todo mundo se enterara y creyera que los focos y demás seres vivos de aquella ciudad y de aquellos pueblos estaban con el gobernador, el tal *Uro-hiena*. Días antes, se

había organizado una mega-marcha a favor de los focos que estaban en pie de lucha, sólo que sin medios de (des)información y con más de 500 mil seres alzando la voz en las calles, por eso nuestra familia *Pin Güin*, como muchas otras, ni se enteraba.

Con esas “verdades” erróneas cargaron y cargan esta y muchas otras familias del país de los pingüinos. Nuestra *Pingüinita Consentida* también cargó con ellas, pero sólo por algún tiempo, ya que en una aventura viajó a esa ciudad construida de verdes piedras (La Ciudad de los Focos) y tuvo la oportunidad de conocer “un poquito de tanta verdad”. Recordemos que nuestra amiguita, la *Consentida*, era de aquellos que nada seguro tenían, porque en esos tiempos casi todos los trabajos eran por contrato temporal y con escasos derechos para los trabajadores. Así que como podían estar trabajando hoy aquí, mañana ya no porque se acabaría su contrato o porque la empresa hubiera decidido despedirlos sin más. De ahí que a nuestra pingüinita se le ofreció la oportunidad de viajar y sin dudar lo aceptó.

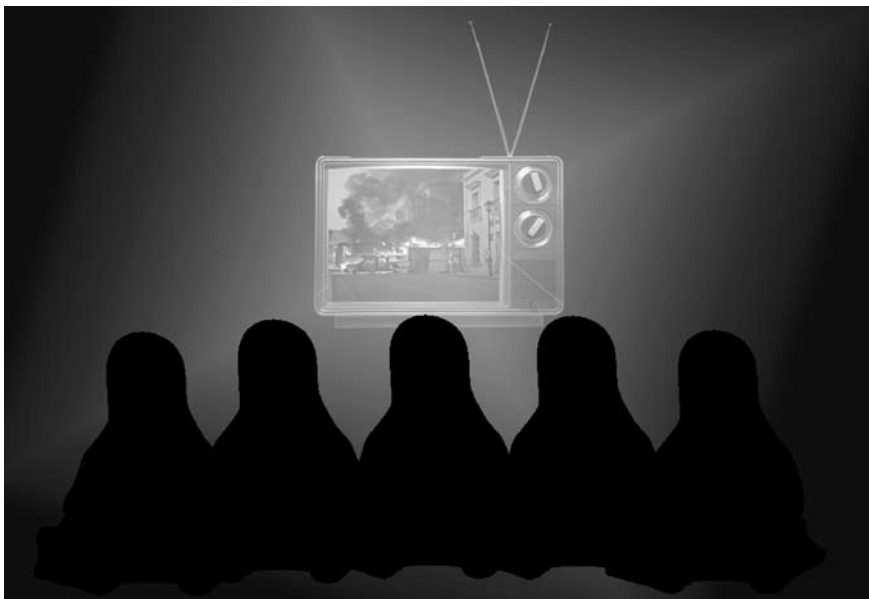
Estando ya en la Verde Antequera, conoció a algunos de los focos que vivieron aquel movimiento y ¿cuál fue su sorpresa? Que había vivido en las tinieblas y que nada de lo que le dijeron por el televisonio que había pasado coincidía con lo que sus nuevos amigos le platicaron. Intrigada por aquél doloroso descubrimiento comenzó a hurgar más y en eso fue encontrando libros, fotos, música, experiencias personales y video-documentales. Uno de éstos, de los primeritos que vio y que se llamaba “un poquito de tanta *luz* (es decir, de tanta *verdad*)” la conmovió tanto que la hizo llorar mucho, pero mucho lloró la *Pingüinita*, mucho.

El compañero que con ella se aventuró y que le llamaban el *Chamangüin* intentaba tranquilizarla y entender tanto llanto de aquella consentida *Pingüinita*... “Por qué tanto lloras ‘*mi niña*’, ¿te sucede algo?” pero sólo su mirada lo alejaba y seguía llorando. Después, ella misma contaba al *Chamangüin* y a sus nuevos amigos que había sido tanto su dolor y tanta su indignación, que ni contestar podía; pero era aquel un dolor extraño, difícil de explicar. Era una mezcla de sentimientos, entre el coraje, la impotencia, la indignación, el odio y la culpa. “¿Cómo es posible?” se cuestionaba con un llanto que le ahogaba y le hacía sentir un profundo vacío a su interior, “¿Cómo es posible que existan seres capa-

ces de hacer tanto daño a otros seres, que en su naturaleza no parecen tan distintos?” seguía cuestionándose.

Pero su llanto no se debió sólo al dolor que sintió al ver y conocer tanta injusticia, tanto sufrimiento de sus vecinos focos, se debía también, y eso es parte de aquel episodio extraño, a aquella culpa que sentía de haber permanecido por tanto tiempo en las tinieblas, en una caja que atrapa y difícilmente suelta a quien en ella entra.

Desde entonces, con tremenda alegría y con un inocultable sentimiento de dignidad, ella dijo: “se acabó esta pinche *televisonia consentida*, se acabó”. A partir de allí nuestra *Pingüinita Consentida* y el *Chamangüin*, como muchos más, dan otro uso al televisorio, ya no se tragan “los cuentos de hadas” ridículos e importados que por él transmiten; buscan la *luz* y luchan para que otros también lleguen a encontrarla...empezaron con los seres más cercanos y más queridos, para así poder continuar con los demás. Es así como la pingüinita –ahora ya no tan consentida– sigue un nuevo camino con su compañero *Chamangüin*, pues llegó uno más, el *Pingüinito Bebé*, al que sus amigos de la Verde Antequera bautizaron como *El Venceremos* y lo nombraron así porque así de tierna y grande es la esperanza que en estas tierras se respira. Fin.



Oaxaca: un problema mío... tuyo... de todos

Fabiola Giselle de la Cruz F. y Juan Manuel Salceda O.

*Mano con mano vamos juntos de una vez
para botar todos unidos la pared
el egoísmo impuesto que no deja ver
que tu problema es mío, es nuestro y es de aquél.
“Palabras de nuestro tiempo”. Illapu.*

I

“Oaxaca: un problema mío... tuyo... de todos” es el título de un artículo que publicamos en la revista que lleva por nombre *Erátseni*. Esa revista corresponde a un proyecto organizativo que nació en Morelia, Michoacán, allá en los primeros meses de 1994; surgió con la Casa del Estudiante “V. I. Lenin”, y ahora se llama “Proyecto Lenin”.

Una *Casa del Estudiante*, que como las que le precedieron desde 1968 en Michoacán, se estableció sobre la base de “una okupa”, esto es, la *toma ilegal* de una casa-edificio que realizó un grupo de estudiantes provenientes de distintas comunidades indígenas y campesinas, a quienes, como a muchos más, les es negado de *hecho* el acceso a la educación superior, salvo que luchen y encuentren modos de romper con esa exclusión. Pero las Casas del Estudiante no son sólo eso, ya que con el establecimiento de cada una de ellas, al menos en Michoacán, se inició un *proceso de lucha* que, en algunos casos, las fue transformando en *resistencias anti-capitalistas*. La Casa del Estudiante Lenin es ya una de esas resistencias, cuya finalidad última es desaparecer, pues la educación anti-capitalista no admite la división del trabajo que sirve de base a la educación capitalista: quehacer *intelectual* y quehacer *manual* o físico.

Tres años después, en 1997, en una *asamblea organizativa anual* y que para esa Casa del Estudiante es la instancia “máxima” de decisión colectiva, sus estudiantes discutían sobre el nombre que le darían a la naciente revista que surgía, a su vez, enmarcada en una propuesta más amplia de *reflexión en la acción*.¹

“Compañeros –dijo el *Vladimochas*, así llamábamos al clásico personaje que se siente líder y que lo sabe todo– propongo la creación del *Taller de Estudios Científicos y Sociales* y la realización de una *Revista de Ciencia, Política, Cultura y Educación*, pues ya todos sabemos que la Universidad nos niega el acceso a los centros de investigación y de ese modo, nos quiere impedir que reflexionemos sobre nuestra realidad social y que difundamos nuestros pensamientos”. Aquello fue como recibir una cubetada de agua fría en pleno invierno y me dije “Guau, pero sí es cierto, cómo no lo llegué a pensar también” y es que me parecía un tanto inconcebible poder hermanar “academia” y “política”, dada la idea fragmentada del mundo que nos habían inculcado.

Entonces, en un arrebato de emoción pedí la palabra para apoyar la propuesta y argumentar a favor de la misma: “Me parece una muy buena propuesta compañeros, ya que, además de lo que acaba de señalar el compa *Vladimochas*, esa sería una manera de contribuir a la lucha y con la sociedad, y de paso les demostramos a los gobiernos y ‘autoridades’ [universitarias] que en las Casas del Estudiante hay gente que piensa, imagina y crea, y no como ellos dicen”. No hubo objeción alguna, pues el ambiente de hostigamiento hacia las Casas del Estudiante era, en aquellos momentos, aplastante.

Después de analizar algunos aspectos vinculados a la propuesta, vino el asunto del nombre de la revista. “Démosle un nombre a nuestra *Revista* compañeros”, planteó quien coordinaba la mesa de debates.

¹ Nombre que nació acá, en el movimiento oaxaqueño y que tomamos prestado (por ahora) para referir un proceso similar que emprendimos en Michoacán de modo explícito desde 1997. La *reflexión en la acción* se refiere a la re–apropiación, por llamarle de algún modo, que hacemos la gente de abajo de “la ciencia” y del “hacer ciencia”, ya que ésta, como la política, como la tierra, etc., habían sido privatizadas, concentrándose en unas cuantas manos, quienes las usaban para su beneficio propio.

–Propongo –dijo alguien– que sea algo así como *amanecer*, pero en lengua p’urhépecha.

El moderador retomó la propuesta e inquirió: “¿Cómo se diría compañeros?, a ver los que hablan la lengua”.

–*Erándi*– respondió uno de ellos, – pero es un nombre ya muy usado y aunque va acorde con los fines de la revista, pues se trata de contribuir a un nuevo despertar, yo propongo que mejor se llame *pensar*, que en nuestra lengua se dice *Erátseni*.

–Bien, yo lo apoyo –comentó alguien más–, ya que de ese modo, desde el nombre mismo estaríamos invitando y retando a la gente a que *piense* y es que, la verdad, necesitamos *pensar* para poder salvar la dignidad y la esperanza.– Como la mayoría de esos jóvenes eran indígenas p’urhépechas y el andar de la Casa del Estudiante Lenin se había visto acompañado del caminar de los neozapatistas del sureste mexicano, *Erátseni* fue el nombre acordado.

–¡Aaah, si tan sólo nos pusiéramos a pensar un poquito más en los demás– comentaba hace poco una compañera nuestra. Efectivamente, cómo nos hace falta *pensar* en los otros; del mismo modo, si nos atreviéramos a *pensar* y comenzáramos a *desalambrar* la teoría,² como han estado insistiendo las zapatistas y espacios organizativos como VOCAL,³ el mundo empezaría a transformarse. Estas dos expectativas, que también acompañaron el surgimiento de *Erátseni*, apuntan hacia dos caminos que se entrelazan, el combate frontal al *egoísmo* y la *dominación*.

² En referencia a la canción de Don Daniel Viglietti que lleva ese título, y que rezaría así: “A desalambrar, a desalambrar, que *la teoría* es mía, tuya y de aquel, de Pedro, María, de Juan y José”. Véase: Subcomandante Insurgente Marcos, “Ni el Centro ni la Periferia I.– Arriba, pensar el blanco. La geografía y el calendario de la teoría”, San Cristobal, Chiapas, Diciembre de 2007.

³ Voces Oaxaqueñas Construyendo Autonomía y Libertad (VOCAL) junto con la Universidad de la Tierra de Oaxaca y algunos otros compañeros están realizando un “Diplomado de Investigador@s Descalz@s”, donde “los investigadores” que participan no son, en lo fundamental, “los profesionales (de la ciencia)” o que por ese camino andan, sino compañeros activos del propio movimiento social. Véase: <http://idescalzos.blogspot.com/>

II

El texto que en esta ocasión nos provoca la reflexión lleva implícito ese mensaje: romper los muros del *pragmatismo*, de la “anorexia cerebral”⁴ que regularmente le acompaña y del *egoísmo*, los cuales nos inmovilizan, nos confrontan, nos conducen a la indiferencia y al aislamiento. Derrumbar esas y otras tantas paredes se vuelve necesario en nuestro andar por la construcción de un mundo con justicia y dignidad.

“Oaxaca: un problema mío... tuyo... de todos” tiene una historia, al mismo tiempo que nos remite a otras tantas más. En esta ocasión nos queremos centrar en lo que para varios de nosotros representa, o puede llegar a representar, ya que nos plantea por lo menos dos aristas del 2006 oaxaqueño y su movimiento social: la *esperanza* que a partir de éstos nació más allá de Oaxaca y la *articulación*, posible y deseable, de las distintas luchas anticapitalistas mediante la *solidaridad* desde abajo.

Se trata, como mencionamos al principio, de un artículo que antes de ser publicado en la *Erátzeni* fue el contenido del primero volante y luego tríptico que repartíamos en las diversas actividades que realizábamos en solidaridad con el movimiento social oaxaqueño. Varias modificaciones sufrieron y se mantuvo en un cuarto de cuartilla, sacado en fotocopia y/o de modo rústico en mimeógrafo, ya que los recursos con que contábamos eran escasos. Quienes intervenimos en su redacción, porque fue además un escrito elaborado y re-elaborado de modo colectivo, no imaginamos que fuera a terminar en nuestra Revista y con esa forma y amplitud.

–Cómo ves *chamaquito*, échale un vistazo o qué, me solicitó el compa *Huitlacoche* en una mañana de otoño del 2006, quien tenía la cualidad de complicarse la existencia para escribir de una manera tal que sus mensajes llegaran directos al corazón de la gente sencilla y humilde.

–¿Es lo del ‘volante’ que te encomendó la Asamblea escribir para difundir lo de Oaxaca?– pregunté.

⁴ El *pragmatismo* es, en nuestra opinión, un *modo de ser* que se caracteriza por la satisfacción de nuestras necesidades y deseos a través de la vía “más fácil”, de hecho, en esta lógica, la persona sería más feliz cuanto menos “tuviera” que trabajar. Por “anorexia cerebral” nos referimos de modo metafórico a la pereza mental, que sería una de las consecuencias visibles de ese *ser pragmático, perezoso y utilitarista* que nos han impuesto históricamente.

Sí, eso creo– contestó con cierto aire de modestia.

Ta’ bueno, deja lo veo –le dije dirigiéndome hacia la computadora para leer aquel escrito. Posteriormente volvió a sufrir modificaciones, hasta que meses después decidimos integrarlo a la Revista Erátseni, en su número 5.

–Carnal, que hay que revisar nuevamente este documento para la Erátseni, ¿Cómo ves?.

–No ’mbre, ¿Cómo crees?– contestó el compa *Huitlacoche* con cierto enfado, pues cuando se trataba de redactar o revisar ortografía y esas cosas, él era uno de los más buscados.

–Sí carnal, verás, consideramos que el caso de Oaxaca sigue vigente y el texto tal cómo está es muy bueno, sólo habría que hacerle unos arreglos; bueno, es la propuesta de la Comisión del Taller de Estudios.

–Ummm, pos ya qué, deja le doy un vistazo a ver si algo puedo hacer, no les garantizo nada.

–Sale, de cualquier modo tendremos en cuenta otras opiniones y sugerencias, tú no te apures carnal– concluí.

Y allí está, allí permanece en la susodicha Revista, como testimonio vivo de una historia de solidaridad de “los de abajo” y como prueba de que *sí es posible*. Pero también está ahí como recordatorio de que es *deber* y al mismo tiempo, *necesidad* construir nuestros lazos de hermandad, como una condición más para hacer posible la *edificación* y *defensa* de esos otros mundos *no capitalistas* que estamos construyendo y que tienen en común la defensa de la vida, la dignidad, el respeto, la diversidad y la construcción de relaciones armoniosas tanto entre las personas como entre éstas y la naturaleza. En ellos las personas valen por lo que *son*, no por lo que tienen. El periodista Raúl Zibechi, en el marco del Festival Internacional de la Digna Rabia, ha hecho una excelente caracterización sintética de esos *otros mundos* que en toda América Latina se construyen.⁵

⁵ Raúl Zibechi, “Los movimientos, portadores del nuevo mundo”, Versión abreviada, San Cristóbal, 3 de enero, 2009. <http://www.jornada.unam.mx/2009/01/16/>

III

–¿Y tú cómo ves?– me preguntó el compa *Huitlacoche* en una de esas noches en que el frío invierno arrecia.

–Está cabrón, –le respondí secamente, pero con muchas ganas de compartir aquellos sentimientos encontrados que me generaba el movimiento social oaxaqueño. Porque además, el compa *Huitlacoche* era todo un personaje: era muy profundo en sus pensamientos, estético e irreverente en las maneras de expresarlos y sobre todo, muy consecuente con su palabra. ¡Ah!, porque habíamos olvidado comentar lo de *Huitlacoche*, que se debe a su color y su origen indígena, un *hijo del maíz* medio extraño, pero hijo del maíz al fin y al cabo.

–Pero hay algo en ese movimiento que me entusiasma –proseguí la conversación–, me prende, me inyecta energía, *esperanza* pues.

–¿Qué será tú? Seguro eso de que comienza a romper esquemas y parece que nadie lo puede controlar ¿no, o qué?, se preguntó y se contestó al mismo tiempo.

–Así es, eso de que ya estamos hasta la madre de que nos sigan teniendo por borregos y de que es chido cuando el pueblo–pueblo se levanta, todo todito,– le respondí.

–¡Va tú!... estamos en la misma sintonía, ya tú sabes que en este inmenso mar de fría soledad y voluminosa indiferencia, un rayo de esperanza sí que reconforta– cerró la plática con esos aires de poeta que le caracterizan.

Días antes a esa conversación, en la *escuelita de formación ética y política* que tienen en la Casa del Estudiante Lenin, y tomando como base un artículo escrito por Carlos Fazio,⁶ reflexionamos sobre lo que acontecía en Oaxaca. Todos, al menos así lo percibimos, sentimos ese contagio esperanzador que nos llegaba de nueva cuenta del sur del país. Nos llenábamos, además, de alegría –y en cierto modo de satisfacción– al reafirmar que nuestros pequeños actos de solidaridad estaban en el camino correcto, ¡no estábamos equivocados!

⁶ Carlos Fazio, “La APPO y el poder dual”, *La Jornada*, 23 de octubre de 2006.

Por esos días, a principios de noviembre, y después de la entrada de *los pefepos* (PFP) nos enteramos del Congreso Constitutivo (de la APPO), con lo que volvimos a corroborar nuestro sentimiento esperanzador. Se trataba, según dedujimos, de un movimiento que no se quedaba en la mera explosión o “llamarada de petate”, sino que continuaba, pero que al mismo tiempo tendía a romper con los viejos esquemas organizativos y apuntaba a la búsqueda de nuevas maneras de luchar juntos.

Pero, justo por esos días, también vivimos la tensión, la impotencia, la indignación y la angustia por el *terror de Estado* que desde el centro se mandató (entrada de la PFP y violencia de Estado contra el movimiento). No había bastado el terror fascista del gobernador priísta Ulises Ruiz, fue necesaria la mano ultraderechista del flamante panismo en el poder nacional.

IV

La entrada de la PFP a Oaxaca entre el 28 y 29 de octubre del 2006, nos permite valorar, a tres años de distancia, el grado de generalización –más allá de las fronteras de Oaxaca– de la protesta y el repudio a la *represión* del Estado. Encontramos actos solidarios en ciudades italianas y españolas,⁷ lo mismo que en el Distrito Federal⁸ y otros lugares del país. Pero como esas, y quizás no tan visibles para los medios de (in)comunicación masiva, hubo muchas otras, en muchas partes del país y del mundo.⁹

Si abriéramos esas páginas de la Historia, comenzaríamos a ver con mayor claridad cómo es que existe una *solidaridad de los de abajo*, incondicional y noble que de crecer, pronto, muy pronto, nuestros procesos

⁷ “Critican en Europa inacción de grupos mexicanos ‘que se dicen democráticos’”, en <http://www.jornada.unam.mx/2006/10/30/>

⁸ “Protestas en varios estados por el uso de la fuerza pública en la crisis oaxaqueña”, en <http://www.jornada.unam.mx/2006/10/30/>

⁹ Para el 25 de noviembre de ese año, Gloria Muñoz registraba “en las diferentes redes internacionales de comunicación más de 160 acciones de solidaridad con Oaxaca en menos de un mes”. Gloria Muñoz, “Los de abajo. Apoyo mundial a la APPO”, 25 de noviembre de 2006, <http://www.jornada.unam.mx/2006/11/25/>

comenzarán a iluminar esta larga y cruenta noche de pesadillas y dolor. Se trata de una cara del 2006 oaxaqueño poco visible y, por lo mismo, muy poco valorada. Veamos una de esas historias de la solidaridad de los de abajo:

Era de madrugada del último domingo de octubre del 2006, el día 29 para ser precisos y la noticia de la inminente entrada de la Policía Federal Preventiva (PFP) a Oaxaca nos tenía nerviosos.

–¿Ya leíste el periódico *chamaquito*?– preguntó el compa *Huitlacoche*.

–No carnalito, no lo encontré, ¿Por qué? ¿Hay alguna novedad?– contesté ansioso, ya que teníamos noticias de que la tensión en Oaxaca continuaba.

–Dice *La Jornada* que la entrada de la PFP es inminente y eso si que está cabrón ¿No crees?

–Pinche suerte, ‘no manches’ carnal, hay que hacer algo, no podemos quedarnos con los brazos cruzados y menos después de lo que sucedió en Atenco... ¿Qué hacemos, qué vamos hacer?– Pensando nos quedamos un instante y de pronto, como si de acuerdo nos hubiéramos puesto “A convocarnos”...

No transcurría la mañana cuando movidos andábamos convocándonos los adherentes de *La Otra Campaña* (en Morelia, Michoacán) a fin de ponernos de acuerdo para “algo hacer”. Aquella amenaza, tan lejana geográficamente hablando, la sentíamos tan cercana, tan próxima a nosotros que por momentos no distinguíamos si se trataba de Oaxaca o de nosotros mismos. Era una muestra muy profunda de cómo el “nos tocan a uno, nos tocan a todos” no era solo un *slogan*, sino una experiencia que vivíamos, no del 2006 en adelante, sino de más atrás.

Logramos reunirnos a eso del medio día, y dado que nos contábamos pocos y en un contexto de amplia indiferencia y confusión, decidimos salir a la plaza Juárez del centro de la ciudad capital. El objetivo era realizar un evento “político-cultural” que por lo menos mostrara a “la opinión pública” –si es que se acercaba algún medio de (in)comunicación– y a la gente que por allí pasara, que en Michoacán como en muchas partes del mundo existen personas que no hemos perdido la *capacidad de sentir* como propia cualquier injusticia que se comete en contra de cualquier ser humano, en cualquier parte del mundo.

A eso de las 5 de la tarde, haciendo malabares y con el temor de que nos desalojaran y confiscaran nuestro rudimentario equipo de sonido¹⁰, nos instalamos y comenzamos el evento. La presencia y la compañía de la policía fue inevitable; entre danzas indígenas que presentaron las varias Casas del Estudiante adheridas y/o simpatizantes de *la Otra Campaña* y la música andina de nuestros compañeros del grupo Tupak Amaru, del Proyecto Lenin, los oradores ponían sus corazones en su palabra para intentar romper el cerco de inmensa indiferencia y la tremenda confusión reinante en las personas que por allí pasaban.

Ni siquiera algunos de nosotros entendíamos bien lo que sucedía en Oaxaca. Nos incomodaba mucho pensar que fuera cierto lo que los grandes medios de (in)comunicación afirmaban hasta el cansancio: se trata de un movimiento del PRD o de Andrés Manuel López Obrador, además de “violento y criminal”. A esto último ya ni caso le hacíamos, bien entendíamos que se trataba de la vieja estrategia gubernamental (criminalización al movimiento) que buscaba justificar la represión. Lo primero tampoco lo creíamos, pero era un *fantasma* que de vez en cuando rondaba por nuestras mentes y corazones, pues estamos hartos de la clase política toda, sin excepción de color. La información y los llamados que nos llegaba de la Comisión Sexta del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) nos reconfortaba, por confiable; gracias a esa información sentíamos la certeza de que era un movimiento legítimo, el cual miraba más allá de las tristes y frustrantes experiencias conocidas hasta ese momento.

El evento continuaba su marcha, entre la emotividad y la impotencia, al verse topando contra un muro fuerte, muy fuerte, de sordera e insensibilidad. Ya casi para oscurecer, la noticia que no deseábamos, que nadie queríamos, fue confirmada: “compañeros, nos acaban de informar de que, en efecto, el (des)Gobierno Federal otra vez se ha burlado de todos nosotros: la PFP entrará a Oaxaca, son sus órdenes y sabemos lo que eso significa. El ambiente de tensión en el hermano estado de Oaxaca es ver-

¹⁰ Considérese que la clase política michoacana ha logrado tal grado de privatización de espacios públicos, que éstos –para el caso de Morelia, la capital– sólo pueden ser usados con *el permiso* (por escrito) del presidente municipal en turno.

daderamente preocupante (...) Pinche gobierno, pinche clase política mexicana, nos las pagarás, tarde que temprano nos las pagarás (...) Llamamos al pueblo de Michoacán a movilizarse, pues se trata de un pueblo como nosotros y de una lucha justa...”. Por momentos las palabras parecían quebrarse por el llanto de rabia e impotencia, como cuando los vientos azotan sin piedad las milpas del campesino; los demás queríamos correr a allá, a Oaxaca, a unir fuerzas para enfrentar a ese ejército de máquinas de matar y dignificar lo humano de las personas.

–Qué pasó *Don Manuel*, ¿todo bien? Lo veo medio agüitado, – me dijo el *Topollillo*. Lo llamábamos así por ser el más pequeño de nosotros, pero en ese momento era el mejor bailarín del grupo de danza indígena con que contaba el Proyecto Lenin.

–Nada, sólo que cómo me gustaría correr hasta Oaxaca para impedir que entre la PFP y chingue a los compas, siento tristeza e impotencia, como decirte... me siento atado, siento que nada estoy haciendo y que algo podría hacer allí.

–Yo siento algo parecido, pero no se me agüite *Don Manuel* que nuestro zapateado lo hicimos con el alma también y quizás el timbrar que logramos de nuestra Madre Tierra logre comunicar nuestro sentir a los compas. Ganarán, ganaremos– dijo con una firmeza que me sentí sorprendido, al mismo tiempo que un poco aliviado.

Así transcurrió parte de la noche en el centro de Morelia, Michoacán, en un ambiente de rabia, indignación, impotencia, dolor... pero también de *esperanza*. Creíamos en la APPO, en el pueblo que la formaba y teníamos confianza en que, pese a la desigual lucha, ganaríamos. Con ese consuelo, entre 10 y 11 p.m. nos recogimos ante lo frío de la noche y su tristeza, pues hasta ella estaba con nosotros. Acordamos volver a salir al día siguiente, para mínimamente seguir informando de lo que sucedía con nuestros compañeros, dado el tremendo cerco informativo que vivimos en aquellas tierras... Y así lo hicimos, largo sería relatar cada una de esas diminutas y casi anónimas experiencias.

Esta pequeña crónica es una de miles que forman parte de nuestro acervo de sensibilidad humana, algo que necesitamos recuperar si es que queremos seguir viviendo como especie y como planeta. Es apenas una página de la historia casi olvidada, que da cuenta de cómo, en palabras de

un indígena de San Pedro Yosotatu (mixteca), “las distancias se borran cuando hay voluntad”. Muchos de nosotros ni siquiera teníamos una idea de lo que es Oaxaca, su gente, su territorio, su cultura, su fauna y su flora, y sin embargo, existía para nosotros, tanto que nos dolía su dolor como si fuera propio, tanto que vivíamos su *esperanza* como si nuestra fuera.

“Oaxaca: un problema mío... tuyo... de todos”, de eso daba y da cuenta, pues mientras no sintamos y vivamos sin artificios el “Nos tocan a uno, nos tocan a todos”, la *esperanza* sigue en peligro...

V

Hubo otras solidaridades, pero muy interesadas y mezquinas, o quizás con “ojos cerrados”, ya que la carga de *dogmas* y *encuadres* de quienes así actuaron nos les permitió *ver* más allá y descubrir a un movimiento diferente, con otros actores, otros tiempos y otros objetivos. No era la lógica de los que buscan el *poder* estatal, desde las instituciones o desde fuera de ellas, era simplemente otro movimiento con una filosofía y una práctica diferentes.

Pongamos un ejemplo. En Michoacán se constituyó la Asamblea Popular del Pueblo de Michoacán (APPM) y la promovió la dirigencia de la Sección XVIII del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) –o, de la CNTE, como dicen ahora quienes ayer eran también parte de ese proceso, pero ahora son gobierno–.¹¹ Pero lo hizo pensando en contribuir en la construcción de un movimiento nacional que revirtiera el fraude electoral y los colocara en una posición de poder.¹² El asunto APPO fue tenido como un ingrediente más a utilizar, de ahí que el intento de *nacionalizar* el asunto oaxaqueño, a través de la constitución de la Asamblea Popular de los Pueblos de México (APPM), haya estado más cercano al espectáculo que a una propuesta seria. Por eso se

¹¹ Hoy (2009), en la segunda administración perredista de Michoacán que encabeza Leonel Godoy, la secretaria de Educación del Gobierno, Aída Sagrero, es miembro de una de “las corrientes” (o grupos organizados) de la Sección XVIII del magisterio. Antes de “conquistar” esa migaja de “poder estatal” también se reivindicaban como parte de la CNTE.

¹² Adolfo Gilly, “Oaxaca, soledad en llamas”, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=40352>

desvaneció al momento mismo en que el Estado neutralizó con el terror y el miedo al movimiento social oaxaqueño, y esto lo consiguió a partir del 25 de noviembre de 2006. A eso nos referimos cuando afirmamos que esas solidaridades no estaban viendo lo que era la APPO, lo que ésta necesitaba y lo que quería.

Quizás muchos de los que participaron en esas movilizaciones no actuaron de mala fe. Pero, como quienes piensan y deciden en esos movimientos son “los dirigentes”, son ellos los que determinan el principio y el fin de los mismos, según la interlocución que tengan con el Estado y sus cálculos “políticos”. Fue el caso de la Convención Nacional Democrática lopezobradora y las propias APPM’s (tanto la de Michoacán como la nacional). ¿Qué hubiera pasado si los más de 50 mil maestros de Michoacán que se movían en torno a aquella dirigencia –la de la Sección XVIII– hubieran actuado bajo esa otra lógica, como una solidaridad incondicional que mira a la APPO “de a pie” y no a la APPO de las organizaciones que creen en la vía electoral como medio para alcanzar la transformación social –o posiciones de poder y ventajas particulares–? ¿Y si eso lo hacemos extensivo a otros actores que se movilizaban en contra de la política represiva del Estado y en “apoyo a la APPO”? Seguramente otro fuera el desenlace...

Pero, como dijera Adolfo Gilly refiriéndose a esas “solidaridades” que en los momentos más difíciles simplemente se vieron desnudas y vacías: “el silencio y la pasividad de las grandes organizaciones (refiriéndose principalmente a la Convención Nacional López–obradora y al PRD) deja a Oaxaca librada a sus propias fuerzas, a su coraje, a su capacidad de maniobra y a su propio y antiguo entramado organizativo (...) Los *recolectores de votos*(...), ya tendrán ocasión de recordar otros versos: ‘Arrieros somos y en el camino andamos / y cada quien tendrá su merecido.’¹³

Los “recolectores de votos” son muy solidarios, sobre todo cuando vienen elecciones y los compromisos de su solidaridad no atentan contra

¹³ “Expresó [la CNTE] que se llamará a todas las organizaciones y personas inconformes contra la represión en Oaxaca y el *‘pisoteo’ de las pasadas elecciones.*” En, “Amaga la CNTE a Fox con desestabilizar el país” (<http://www.jornada.unam.mx/2006/10/31/index.php?section=politica>), No se olvide que la dirigencia de la Sección XVIII está adherida a la CNTE.

“las reglas del juego” del sistema político. La solidaridad del movimiento lopez-obradorista y de una parte del magisterio michoacano (la que promovió la APPM) no fueron más allá de las declaraciones mediáticas y tampoco alcanzó a llegar al 25 de noviembre de 2006. Es decir, después de esa fecha esos *recolectores de votos* fingieron demencia, tanta que, días después de aquella brutal represión de Estado, cuando una Comisión del Consejo de la APPO se entrevistó con Andrés Manuel López Obrador para solicitarle que convocará a movilización a favor de Oaxaca, el mismo día en que el EZLN estaba llamando a movilizarse por esa razón,¹⁴ se limitó a decir: “No, no lo haré”. “¿Por qué?” inquirió uno de los APPO presentes, “No lo haré porque *Marcos* hizo y sigue haciendo ‘el juego a la derecha’”, “¿Ni si quiera por razones humanitarias lo hará Sr.?” Volvió a cuestionar aquel atrevido consejero del movimiento oaxaqueño. “No lo haré señores, punto final”, remarcó cortante y enfadado el líder de la CND y su movimiento anti-fraude electoral.¹⁵

Dichas solidaridades contrastan con las otras, *las de abajo y a la izquierda*. A éstas le apostamos, a éstas le apostaremos, y “Oaxaca: un problema mío... tuyo... de todos” de eso trata.

¹⁴ Al parecer se refiere al llamado del EZLN a movilizarse el 22 de diciembre de 2006. Vid Gloria Muñoz Ramírez, “Los de Abajo. Apoyo a Oaxaca”. En, <http://www.jornada.unam.mx/2006/12/16/>

¹⁵ Charla con David Venegas (alias el Alebrije), Consejero de la APPO, Oaxaca, 4 de diciembre de 2008.



Conocer Oaxaca, algo fascinante

Ildefonso Reyes Soto

*Relato del interés de un padre de que su hijo
conociera la ciudad.*

La pobreza, las injusticias, el caciquismo, el abuso del poder, el nepotismo, la prepotencia, la inequidad, la insensibilidad política, la ineptitud y la deshonestidad de los gobernantes han sido siempre el origen de los movimientos sociales y políticos en cualquier lugar. No obstante la aparente humildad y sumisión del pueblo oaxaqueño, nunca ha sido conformista, sino que su impotencia lo ha hecho resistir, hasta cierto punto, todos los atropellos de que es objeto; pero su paciencia tiene un límite y estalla abruptamente en algún instante para hacer oír su voz con toda su energía.

La historia de Oaxaca registra levantamientos populares significativos que cambiaron el estado de cosas prevaleciente, así haya sido en pequeña escala. El último grito de inconformidad y protesta, registrado en el año 2006, fue la consecuencia de un acto gubernamental cometido, de manera burda e irresponsable, por un funcionario de segunda jerarquía al pretender ahogar un derecho social por la vía de la represión violenta; entonces el pueblo pobre creyó que era el momento para aglutinarse y hacer fuerza común por su causa. Y surgieron líderes que dijeron ser sus conductores. Pero hubo posiciones en pro y en contra; razones y sinrazones y en muchos casos excesos en ambos bandos, es decir, tanto del gobierno como de las multitudes incontrolables; cuantiosos daños materiales a terceros y la consecuente afectación psicológica para la gran mayoría de la ciudadanía. Lamentablemente, los beneficios para el pueblo fueron invisibles.

Pero la pobreza es un acicate que lleva a los hombres y mujeres a usar otros caminos para encontrar la solución a los problemas que los agobian y darle atención a su familia. Es el caso de Aureliano Reyes, mi padre, cuya situación económica desesperante lo llevó a tomar una decisión, la cual es motivo de esta crónica.

En el año de 1947 mi papá, Aureliano, logró ser contratado legalmente para irse de bracero a los Estados Unidos del Norte. Hubo contrataciones porque el país vecino requería de mano de obra, ya que sus campos agrícolas habían quedado abandonados e improductivos, debido a que los obreros del campo habían sido enrolados para mandarlos a Europa a pelear en la II Guerra Mundial. Aunque ésta terminó en junio de 1945, la agricultura estadounidense aún no se reponía, pues los soldados iban regresando poco a poco y algunos miles se quedaron en algunos países europeos resguardando las bases militares de la nueva potencia.

La contratación de mi padre y de muchos oaxaqueños se realizó en la Ciudad de Oaxaca y fueron transportados al estado de California. Ignoro por cuánto tiempo fueron contratados, lo cierto es que mi padre y otros fueron repatriados en poco tiempo y no trajeron muchos dólares, pues estuvieron mandando para la manutención familiar. Cada dólar valía entonces 2 pesos con 90 centavos.

Estando mi padre allá “en el norte”, no me di cuenta en qué momento, desde California mandó diez dólares “etiquetados”, como dicen ahora, para que yo, su hijo, conociera la Ciudad de Oaxaca. La mayor parte de la gente de mi pueblo desconocía físicamente a esta hermosa ciudad, aunque de nombre la conocieran; en lengua mixe la llamamos Vacvinm, que quiere decir “en el llano del guaje o de los guajes”, totalmente coincidente con la etimología más conocida.

Una mañana mis tías, hermanas de mi padre, que hacían las veces de mi madre al haber yo quedado huérfano a la edad de cinco años, me dijeron que en breves días me llevarían a la Ciudad de Oaxaca para cumplir el deseo de mi padre. Para ese fin, le pidieron a un tío no tan cercano, que ya conocía la capital del estado, que se encargara de llevarme. Y también habían conseguido un mozo que cargaría en su espalda el bastimento que consumiríamos durante seis días de viaje, tres de venida y tres de regreso, así como las cobijas, café molido, panela y objetos para el viaje.

Salimos una mañana, sin recordar la fecha, del mes de octubre de 1947. Mis tías fueron a despedirnos hasta el panteón fuera del pueblo. El mozo, Manuel Gómez, llevaba el fardo de por lo menos 35 kilogramos de peso en su espalda. Mi tío, Delfino Ruiz, con aire un poco aristocrático, no llevaba gran peso más que una redecita de ixtle con franjas multicolores, precursora de las mochilas, que llamábamos “chobana” y en la cual muchas veces iba el itacate a consumirse en la primera comida del viaje. Yo, también llevaba una “chobanita” sin más peso que un gabán de lana. Los tres, de acuerdo al medio en que nos desenvolvíamos, veníamos con nuestras cabezas cubiertas, –lo digo así para no decir que veníamos tocados– con nuestros sombreros para protegernos del sol o de la lluvia.

El día era de un sol radiante. Bajamos unos tres kilómetros y llegamos a un pequeño río llamado Río Toro. De ahí emprendimos una subida muy empinada de no menos de diez kilómetros de longitud, en algunos tramos bajo los candentes rayos solares y en otros cobijados por la frescura de la sombra de árboles centenarios; en nuestra cara el sudor nos escurría pero mucho más en la de Manuel, dado que él llevaba el mayor peso en la espalda, sudor que se sacudía sólo con las manos, no se lo secaba pues no llevaba pañuelo dada su extrema pobreza. Yo hacía lo mismo, pues tampoco llevaba pañuelo, en cambio mi tío sí se lo secaba, porque él sí llevaba ese pequeño lienzo.

Terminamos de subir y llegamos a un tramo plano del camino, en medio del espeso monte. En ese sitio había un espacio despejado a modo de mirador que permite contemplar un panorama amplio hasta un cierto confín. Manuel y yo, que nos habíamos retrasado un poco con respecto a mi tío que iba caminando más rápido, nos paramos a contemplar ese paisaje hermoso que nos ofrecía ese lugar. Desde este punto vi a lo lejos, ¡muuy lejos!, un gran pico que lucía en su cúspide un blanco resplandor.

–¿Qué es eso blanco que se ve hasta allá lejos muy brillante? –le pregunté a Manuel en lengua mixe, que es como veníamos platicando.

–A eso le llaman Pico de Orizaba y lo que brilla en la punta, según dicen, es puro hielo –me contestó Manuel.

Yo jamás había visto algo igual. De vez en cuando, aunque no tan definido como el de ese momento, lo había visto en el Zempoaltépetl, la montaña más grande y elevada en la Sierra Mixe de Oaxaca, que dista de

mi tierra natal cuando mucho 20 ó 30 kilómetros. El Pico de Orizaba, que estaba yo viendo, está como a unos 400 kilómetros en línea recta desde ese mirador natural totontepecano, tan húmedo como si hubiera acabado de llover, en donde nos pegaba un leve viento y el sudor en nuestra cara aminoraba notablemente.

Seguimos caminando calzados nuestros pies con rústicos huaraches. Pasamos el primer pueblo en nuestra ruta, Tiltepec, y descendimos hasta llegar al río de Tiltepec. No recuerdo bien si allí comimos; pero comimos lo que nos prepararon mis tías, por cierto muy sabroso, que venía en la “chobana” de mi tío. Tortillas blandas, “tasajo” asado (carne de res en tiras), huevos duros (hervidos) y frijoles bien refritos con manteca de cerdo (aún no se usaba el aceite vegetal en mi pueblo). Todo era un verdadero manjar que no comíamos a diario.

Después de cruzar el río, emprendimos otra subida con vegetación del tipo de coníferas, de la especie de los pinos no comunes en el suelo de mi pueblo. Encumbramos y nuevamente otra bajada para llegar a Río Brujo, a pocas leguas de la población de Villa Hidalgo o Yalalag. En este tramo el camino en su mayor parte es plano, no tan agotador como los tramos anteriores, además el calor del atardecer ya no era tan inclemente. Yalalag fue nuestra primera noche de pernoctación durante este viaje, para lo cual, como se acostumbraba en aquel tiempo, mi tío fue a pedirle posada a un señor conocido y lumbre para hervir nuestro café.

Nos acostamos en el suelo sobre dos petates que nos prestaron. El clima de Yalalag, más templado que el de mi pueblo Totontepec, y el cansancio nos propiciaron un sueño profundo y descanso placentero. Antes de dormirnos, mi tío nos anticipó que reiniciaríamos el viaje a las cuatro de mañana, con el fin de salvar, en condiciones de frescura, la siguiente subida que nos esperaba, la que va del río Cajonos, en donde hay un puente antiguo hecho con piedras y en forma de un arco, para llegar al pueblo de San Mateo Cajonos. Pasando este pueblo, unos kilómetros adelante hay un sitio, en la falda de un gran peñasco, que cuenta con un cristalino ojo de agua, en donde los viajeros y arrieros pernoctaban; ahí hicimos café y almorzamos, a cuyo término proseguimos nuestro caminar.

Los viajantes totontepecanos ya tenían bien medidas las jornadas de camino, por lo que nuestra meta siguiente era llegar a pernoctar al pueblo de Santa Catarina Albarradas, al que se llegaba después de pasar San Pablo Yaganiza y un paraje denominado Barbeta. Llegamos a nuestro punto de meta y mi tío se dirigió al único señor que daba posada en Santa Catarina, de nombre Manuel Martínez, a quien él ya conocía, a pedirle que nos permitiera pernoctar en su casa, lo cual nos fue concedido. En las demás casas no daban posada porque la gente no hablaba el español y era muy tímida. El señor Martínez, que había tenido oportunidad de viajar a otras partes, sí hablaba un poco la lengua oficial.

Como la noche anterior en Yalalag, Manuel, nuestro mozo, hizo el café y cenamos. Extendimos un petate grande que nos dio el casero y nos dormimos, no sin antes escuchar la advertencia de mi tío Delfino, de que en el tercer día de nuestro viaje nos esperaban trechos más pesados y severos y que por tal motivo otra vez teníamos que madrugar para que los rayos solares no cayeran sobre nuestra espalda tan drásticamente. Teníamos que subir, dijo, una cuesta empinadísima de por lo menos 12 ó 14 kilómetros, –tres o tres y medio leguas, calculó–, muy pedregosa y sin ningún ojo de agua en donde saciar la sed, hasta terminar la subida.

¡Vaya que sí está muy agresiva esa subida! Llegamos a la llanura de “El Campanario” –el lector ya debe imaginarse el por qué del nombre– bañados en sudor, no obstante que eran como las ocho de la mañana. Manuel descargó su pesado fardo sobre un pequeño montículo de suelo, nos pusimos a descansar y aprovechamos para almorzar unas memelas frías de frijol, acompañándolas con el agua casi helada de un pocito, cuyas aguas se renovaban a cada segundo ya que corrían por un cauce. Al terminar, reiniciamos el viaje.

Al llegar al extremo poniente de la planicie de “El Campanario”, allá a la distancia divisamos un gran valle con amplias extensiones cultivadas y también se veían muchas poblaciones de cuyas casas salía humo.

–Ese ya es el Valle de Oaxaca, –dijo mi tío en tono triunfalista– el pueblo grande que se ve al frente, es Tlacolula.

–Ya estamos cerca, –me atreví a comentar.

–Así se ve, pero todavía está lejos. Tenemos que caminar como otras tres o más horas para llegar a ese pueblo –aclaró mi tío.

–Además de lejos, la bajada que vamos a iniciar está igual de difícil y pedregosa como la subida anterior; si no se tiene cuidado, puede uno rodar y más si viene uno cargando un bulto pesado –dijo Manuel un poco resentido–. Caminar en bajadas muy accidentadas es tan rudo como subirlas, pues se siente que las rodillas se nos van a doblar.

Bajamos cuando el sol ya estaba a media mañana y emitía ya bastante calor. Respiramos satisfactoriamente al terminar la bajada y llegar al pueblo de Santo Domingo del Valle –Villa Díaz Ordaz desde el 31 de octubre de 1960; pero la mayoría siguió llamándolo con su nombre original, seguramente porque nunca supieron el decreto que le cambió el nombre. Es en esta población donde cae casi de manera vertical la bajada de “El Campanario” y en donde empieza el valle. Descansamos un poco en la casa de un señor que solía viajar a los pueblos mixes llevando a vender cobijas, jorongos, panes y otros artículos que transportaba sobre una recua de burritos y seguramente empleaba unas dos semanas para ir y venir. Ese señor se llamaba Crispín. Él sabía de los sufrimientos de los arrieros o de cualquier viajero de varios días de camino, por eso nos ofreció lumbre para calentar nuestra comida y comimos.

Reiniciamos nuestra caminata en terreno plano, sobre un camino de los llamados de herradura; Díaz Ordaz aún no tenía carretera no obstante que la carretera internacional estaba a escasos seis kilómetros. Esto es una muestra de la incomunicación y el atraso que sufrían nuestros pueblos. Caminábamos bajo un sol que nos quemaba la cara, pero nuestro esfuerzo ya muy aligerado en comparación con las subidas y las bajadas anteriores.

Llegamos a Tlacolula. Había una gran cantidad de personas en las calles polvorientas, muchos vendedores de objetos diversos en improvisados puestos. Sobre una explanada cerca de la iglesia estaban unos “jueguitos” que me llamaron poderosamente la atención. Ahí estaba el “tiovivo” o cilindro o caballitos, la rueda de la fortuna, que yo conocía solo por pláticas de mis mayores. Estaban también el “cotompintero”, el tiro al blanco y otras diversiones. Nos encontramos a algunos totontepecanos que todavía andaban por ahí. Todo esto era con motivo de la celebración de la fiesta patronal, que hacía unos dos días había estado en su apogeo, pues se celebra el tercer domingo de octubre. El bullicio me causó gran impacto porque nunca había visto algo igual. Vendían muchas

golosinas para mí desconocidas y que mi antojo infantil hubiera querido saborear; pero no traía yo dinero, porque a mi tío confiaron la administración de mis dólares.

Después de un rato de distracciones, mi tío nos anunció que ya deberíamos abordar un camión –todavía no se decía autobús– con destino a la Ciudad de Oaxaca. Era “mi primera vez” que me subiría a un aparato de esos. “Oaxaca”, repetidamente gritaba un joven y la gente se subía al camión. Nosotros también hicimos lo mismo y en cosa de 15 minutos, con el cupo del transporte hasta el tope, salimos enrumbados a nuestro destino. El ayudante, machetero o cobrador, se empezó a abrir paso entre los que venían parados, pronunciando incesantemente “pasajes, pasajes” y los pasajeros sacaban su dinero y pagaban. Mi tío pagó de tres. Muchos iban platicando sus impresiones de la fiesta de Tlacolula. Yo iba absorto por la velocidad a que íbamos, los postes de la telegrafía y los pocos árboles a la orilla de la carretera se sucedían uno tras otro.

Llegamos a la Ciudad de Oaxaca faltando poco para que el sol se ocultara. No recuerdo a donde llegó el camión, pero fue en el centro de la ciudad. Mi asombro por su belleza, su gente que me parecía muy refinada, sus calles y sus edificios. Mi tío nos iba encabezando hacia algún lugar para hospedarnos, entramos a una gran casona con muros y también el piso en la planta baja de pura piedra, que ahora sé que se llama cantera; la casona la conocían como “La Casa Fuerte” –esquina de las calles Las Casas y 20 de Noviembre–. Mi tío habló con un señor; le dio unas monedas y éste a cambio le entregó tres petates. Era un mesón a donde habíamos llegado.

–Pueden acomodarse en donde quieran en el piso de arriba –dijo el que recibió 60 centavos. La noche costaba 20 centavos por persona.

–Muchas gracias –dijo mi tío.

Dejamos nuestro equipaje en el lugar que escogimos en la planta alta y lo cubrimos con los petates. El encargado nos aseguró que lo dejáramos sin preocuparnos, que había seguridad. Y era verdad, porque era otra época. Ahí el piso era de tabique y por lo tanto algo más caliente.

Mi tío determinó que fuéramos al Zócalo. Seguramente fue una noche de martes porque en el kiosco estaba tocando la Banda del Estado, pues domingos, martes y jueves había de manera infalible lo que llamaban

“serenata”, ejecutada por nuestra banda. Manuel y yo nos sentamos sobre las chaparras jardineras que había forradas de pequeños mosaicos de colores gris y guinda, igual que todo el piso del Zócalo. Mi tío permaneció parado porque, como ya dije, se sentía algo aristocrático, siempre andaba bien y pulcramente vestido.

Mientras tocaba la banda, pasaban muchos humildes vendedores de golosinas, dando vueltas en circunferencia al kiosco, mayormente señoras y niños. Yo seguía sin poder comprar nada, pues mi administrador de finanzas era muy estricto, no soltaba nada. Cuando menos lo esperaba, Manuel me soltó una pregunta:

–¿Quieres un barquillo? –Los vendedores pasaban con barquillos de diferentes sabores (limón, tuna, sorbete y leche quemada) y colocados en una paletita de madera a manera de raqueta de ping pong con agujeros. Imagínense, a solo cinco centavos cada barquillo.

–¡Cómo no! –Le contesté al instante y tomamos un barquillo cada quien, pero a mi tío no le invitó. Nunca había saboreado yo un helado, por lo que me supo de lo más rico y me lo acabé “en menos que canta un gallo”.

–¿Quieres otro? –volvió a decirme Manuel cuando pasó otro neverito.

–Ajá –fue mi respuesta, pues me daba algo de pena decirle de modo directo que sí. Aproveché este instante para preguntarle – oye, Manuel, ¿Cómo harán esta nieve?

–¿Te acuerdas de ese cerro altote, cubierto de hielo que vimos cuando nos paramos a descansar un ratito allá en el monte, cerca de Tiltepec?

–Me contestó.

–Si, cómo no. Si me acuerdo. –Le respondí sin tardanza.

–Pues hasta allá van a traer el hielo –me dijo Manuel sin gesto alguno de broma, sino en plan serio.

–A poco, ¿de veras? –Le dije con tono de admiración.

–Sí. Cuando llegan aquí a la ciudad, solamente le echan el sabor y el azúcar –remarcó Manuel. Yo ya no hice comentario alguno, sino simplemente a saborear mi segundo barquillo. En realidad nunca supe si Manuel me jugó una broma o lo que me dijo era producto de su ignorancia.

Estuvimos paseando tres días en la Ciudad de Oaxaca. A veces comíamos en la plaza y otras mordisqueábamos nuestro totopo, estilo Totontepec, que Manuel trajo cargando en una bolsa de harina.

–¿Qué te quieres comprar, Poncho? –me dijo al fin mi tío–, para darte un poco de dinero.

–Un cepillo para dientes, una pasta dental y un peine, –le contesté rápido. Si él no me hubiera preguntado, yo ya había pensado pedirle dinero. No recuerdo cuánto me dio, pero eran puras monedas. La pasta que compré, en un tubo chico, ya no existe ahora, se llamaba Ipana. Fueron mis primeros artículos personales de limpieza, aunque sí me enjuagaba la boca diariamente con pura agua, por exigencias de mi papá y mis tías.

Llegó el momento de regresar al pueblo. Ya se había cumplido el deseo de mi padre que aún estaba en EUA. Había que prepararse para recorrer, ahora a la inversa, la misma ruta que nos trajo. Nos esperaban otra vez, de manera ineludible, tres días de caminata y pernoctar en los mismos lugares. Manuel ya iría más ligero de carga, pues habíamos consumido gran parte de los alimentos que traíamos y mi tío compró algunas cosas que no pesaban. Al tercer día de salir de Oaxaca, llegamos a Totontepec, mis tías y otros familiares ya nos esperaban. Les platicué, con pequeños detalles, que la ciudad me había gustado muchísimo. Mi tío les informó más, seguramente de cómo se gastaron los diez dólares que mi papá me destinó.

–¿Y qué compraste, Poncho? –me preguntó tía Francisca, la más maliciosa.

Les avisé de mi gran compra a mis dos tías. Mi tía Elvira se quedó callada, en cambio, Francisca hizo un comentario mordaz, casi de reproche.

–¿Eso vas a comer? ¿En eso gastaste los diez dólares? –No le respondí.

De esta manera, por empeño y expresión de amor paternal profundo, conocí aquella Ciudad de Oaxaca de mediados del siglo pasado. Tranquila y aún muy colonial, casi con sabor a pueblo si no fuera por sus calles iluminadas y pavimentadas y sus muchos comercios. Su pregón vocinglero de muchos vendedores, entre ellos los dos o tres diarios de

prensa que, a decir verdad, no me llamó mucho la atención saber sus contenidos. En aquel momento era gobernador del estado el Lic. Eduardo Vasconcelos, quien sustituyó al Gral. Edmundo Sánchez Cano, derrocado por el pueblo 10 meses atrás.

Para mí, empezaba a escribirse una historia personal, que al paso inexorable del tiempo habría de enriquecerse con vivencias importantes. Fui testigo de huelgas de gran trascendencia como la del Instituto Politécnico Nacional en 1957, la de los ferrocarrileros y la del Movimiento Revolucionario de los Maestros de 1958, el MRM que encabezó el maestro rural Othón Salazar, originario de Alcozauca, Guerrero, quien falleció apenas el mes de noviembre de 2008. Las dos primeras fueron reprimidas por el ejército, acabándose el internado del Poli y cesando a más de 5 mil ferrocarrileros. Y mi participación en el movimiento estudiantil de 1968. Estas experiencias afianzaron en mí la tendencia ideológica de izquierda, que siempre ha sido mi orientación, pero mi batalla ha sido institucional, por medio de las ideas porque no soy partidario del anarquismo y del oportunismo que reedita comodidades personales.

Las huelgas referidas fueron en verdad de clase y gremiales, debidamente concebidas y planeadas y por tanto jurídicamente justas, dadas las injusticias que se cometían en contra de los estudiantes “burros blancos” que gozaban del internado, los obreros ferroviarios y los maestros. Sus líderes Nicandro Mendoza del IPN, el oaxaqueño Demetrio Vallejo de los ferrocarrileros y Othón Salazar del MRM, eran gente marxista que sabía quién era el enemigo y de la lucha de clases. No buscaban protagonismos convenencieros o de provecho económico personales, sino que eran líderes honestos, que vivían de su trabajo y no de chantajes al o por sistema. Fueron acusados del delito de disolución social (artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal, ya derogados), estuvieron encarcelados y murieron pobres.

En cambio el movimiento del 68 en el Distrito Federal fue de composición popular amplia, principalmente estudiantes y pueblo desorganizado, es decir de gente movida voluntaria y espontáneamente. Sus líderes surgieron de los planteles de educación superior de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), de la Escuela Nacional de Maestros y del IPN. Eran jóvenes la mayoría con aprovechamientos académicos

excelentes, no fósiles o simples vividores; con ellos participé y los conocí. Las causas de este movimiento fueron tan elocuentes que hasta el Rector de la UNAM, Ing. Javier Barros Sierra, encabezó una de las marchas desde la hermosa Ciudad Universitaria por toda Avenida Insurgentes.

La gran diferencia entre lo sucedido en 1968 en la capital del país y en Oaxaca en 2006 es abismal. El de Oaxaca, al principio solo era un plantón de la sección 22 de trabajadores de la educación, pero una torpe acción de un funcionario del gobierno fue aprovechada por individuos, supuestos luchadores sociales, para engendrar una mal llamada “asamblea popular del pueblo de Oaxaca” (APPO), con otro motivo y fines totalmente diferentes a los del sindicato magisterial, como el de la desaparición de poderes del Estado y “la caída del Gobernador”. Fueron simplemente posturas extremistas incitadas por políticos derrotados en contiendas electorales y seudo líderes sociales que perdieron prebendas que recibían de anteriores gobernantes, resentidos al máximo, para sublevar al pueblo oaxaqueño.

A tales “líderes” el pueblo humilde de buena fe les otorgó alguna confianza, logrando mover, mediante estímulos insignificantes, un poco más de 120 mil personas en las marchas más concurridas y quienes creyeron y hacían gritar que “ya cayó, Ulises ya cayó”. Ya vimos que esa consigna fue sólo un engaño, pues el fondo real no era una lucha social, sino económica en provecho de los autonombados líderes de la “APPO”, quienes obtuvieron varios millones de pesos de la Secretaría de Gobernación durante el gobierno de Vicente Fox. Olvidaron a la gente del pueblo que los siguió en esa aventura plagada de intereses particulares, derivados de la negativa de Ulises Ruiz Ortiz (URO) a seguirles sufragando su ocio, dicho con eufemismo.

Desgraciada y finalmente URO tuvo que ceder ante tantas presiones y se ha mantenido en el poder mediante la entrega de sumas de dinero a los cabecillas de “las organizaciones”, mediante arreglos inmorales “en lo oscuro”. Y el pueblo ¿dónde quedó? En el olvido con sus necesidades y miserias. Por eso, conociendo un poco a varios de los que en forma protagónica aparecieron en el llamado movimiento social de Oaxaca en el 2006, que para saciar sus propios intereses, oportunistamente aprovecharon un reclamo sindical y una pretendida represión oficial, además de

haber cometido el error de sumir a la ciudad en un desquiciamiento y anarquía atroces, que desde luego provocó algunas muertes, no estuve de acuerdo con esa bandera falsa de tirar al gobierno, y no porque sea yo gobiernista, pues estoy conciente que URO no ha sido un gobernador diferente a los anteriores, pues también ha usado el poder para provecho personal y familiar. Este es mi sentir.

¡Al campesino!

Justino Garcia Garcia

Campesino, yo te admiro,
porque miro que en tu faz se refleja
el dolor de haber vivido
toda una vida de olvido
sin proferir una queja.

Traes polvo del camino
arriando a tu fiel pollino
con pesado cargamento,
y a veces cargando tú mismo,
porque no has sabido
ser dichoso dueño de un jumento.

Pesada carga que traes
de casa en casa de vecindad
pidiendo de caridad
que te compren tu carbón,
pero no falta un cabrón
que lo quiera regalado.

No ven en tu cara triste
que ayer u hoy no comiste
por no tener un centavo
para comprarte un cobado.

Y de vez en cuando llega
hasta tu humilde rincón
un pregonero de la revolución
que cuando está bien sentado,
con la talega repleta,
se olvida que tú eres representado.

Los Flores Magón y Zapata
murieron por ti
por una infame traición
eso yo nunca lo olvido
y no existe la razón
pa' que sigas tan jodido.

Por eso te admiro, campesino
por tu estoicismo al dolor
porque cruel ha sido tu destino
y ya nunca esperas a tu redentor.

¿Has visto llorar a un viejo?

Justino Garcia Garcia

¿Has visto llorar a un viejo?
Irónicamente a la hora de cobrar,
mirando su cheque, exclama perplejo:
¿Esta limosna para qué me va a alcanzar?

Son las seis de la mañana
levántate que se hace tarde,
deja esa vida holgazana
que la crisis esta que arde.

Así, día tras día...
semana tras semana,
pa' llegar con mente sana.
hay que checar la tarjeta
por supuesto, sin retardo
sólo con una treta
llegarás a cobrar completo.

Treinta años de tu vida,
no tienes más que aguantar,
no tienes otra salida
pa' poderte jubilar.

Treinta años has cumplido
por fin, te has jubilado
y ahora vives más jodido
la limosna no te va alcanzar.

Qué diferente, seis años y se jubila el presidente,
claro y por supuesto
dándole un gran tajo al presupuesto
sin contar lo que ha robado,
de sus guaruras acompañado

y a vivir como si fuera decente.

Los sentidos de la barricada

Osbaldo Gabriel Iriate

Hablar del conflicto sucedido en el 2006 en la ciudad de Oaxaca, es hacer referencia a un sinnúmero de signos que permitieron dar dinámica y sentido a la resistencia histórica de los grupos populares. Desde un sinnúmero de corrientes de pensamiento, formas de vida, tipos de organización y concepciones del mundo, los grupos populares se aglutinaron en una sola ola, impedir que la injusticia social siguiera cobrando víctimas físicas y morales por el gobierno en turno.

Durante el conflicto, en la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) se fueron gestando signos que han pasado a ser símbolos trascendentales, ricos en diversidad y en resonancia significativa, ya que aglutinaron experiencias de la gente que participó directa e indirectamente, que se fueron cocinando en el y con el movimiento. La barricada fue un espacio de conflicto y acercamiento, de excesos y de templanza, de combate y de convivencia, de alegría y de tristeza, de rabia y desinhibición, pero también de cordura y reflexión. Y aun con sus excepciones contradictorias, en donde el conflicto surgió por actitudes o posturas individualistas, ésta dejó significativas enseñanzas. Hizo recordar que no estamos solos, que en este mundo cada vez más deshumanizado todavía existe la posibilidad de creer en el otro, de participar con el otro, valores como la colaboración, el desprendimiento, la fraternidad salieron a flote.

Desde la barricada la gente se hizo pueblo y se pudo comprender que no hay necesidad de un Estado ni de sus instituciones para defender los intereses en común. A través de la barricada se logró entender que la vigilancia y la seguridad de los intereses ciudadanos no dependen de las

acciones de papá gobierno, sino que el poder y la fuerza de afrontar dichas necesidades tienen su fuente inagotable en la sociedad civil organizada. De ahí que la barricada represente la fortaleza y la resistencia vital que salvaguardó nuestros sueños y esperanzas y dio paso a que nuestros ideales de justicia sigan firmemente en pie. Nos hizo también recordar, como canta la canción, caminante no hay *humano*, se hace el *humano* al andar.

Estas son algunas de las historias surgidas en y con la barricada que entretejen la urdimbre de la experiencia humana y oaxaqueña vivida a raíz de los acontecimientos del 2006.

Era una noche agitada, no se sabía lo que podría pasar, los ataques de los grupos paramilitares noches anteriores en otras barricadas habían generado un ambiente de odio, tristeza y miedo; pero también habían permitido que muchos de los participantes de aquella barricada se unieran de corazón. Y como se esperaba, no podía faltar el café que, desde hace una semana, compartía doña Mari, acompañado de las medias tortas de frijol con queso, que Carmen aportaba esa noche tensa. Doña Mari, a sus 57 años, tenía muchas cosas que platicar, pues ella era de esas mujeres que enfrentan a la vida con la cara de frente, aunque el destino la hubiese llevado algunas veces por senderos escabrosos. Por su parte, Carmen a sus 20 años tenía muy en claro sus convicciones, sabía que la vida en la ciudad no era fácil, ella había llegado a la ciudad de Oaxaca cuando tenía 9 años, no sabía leer ni escribir. Apenas y había cursado el primero de primaria y el manejo de la lengua española le era incipiente. Rápidamente el medio hostil de la ciudad le hizo ver que se enfrentaba a una triple exclusión, la de ser mujer, la de ser indígena y la de ser pobre. De ahí que su personalidad se haya hecho a la firme convicción que nada era regalado y que si algo quería conseguir se debería de comprometer.

-¡Éntrenle muchachos porque la noche es larga y hay que tener fuerzas pa' estar al pie del cañón, pues esos, los asesinos de Ulises pueden llegar!- decía doña Mari mientras servía el cafecito caliente, que con gusto recibía cada uno de los que esa noche ahí estaban, para apaciguar no sólo el sueño, sino también los nervios latentes que quemaban a flor de piel.

–Aquí también están las medias tortas ¿eh?– decía Carmen mientras ofrecía a varias de las personas las medias tortas que llevaba, colocadas ordenadamente como piezas de ajedrez, en una charola de plástico. En ese momento Pedro, uno de los jóvenes que participaba activamente en la barricada, con tono bromista se dirigió a Carmen, – ¿Y no tienen veneno?

Las palabras consternaron a Carmen y su reacción del comentario le hizo configurar en su cara un gesto de desagrado y sigilosamente respondió – ¿Qué pasó compa? ¿Cómo crees!

Las risas de algunos de los que ahí estaban se oyeron, otros se quedaron serios. Sin embargo, Pedro quería aclarar el por qué de su sarcástico comentario, tenía que expresar lo que había escuchado.

–No espérense. Amiga no te enojés, lo que pasa es que estaba oyendo Radio Universidad y me dio por oír qué estaban diciendo en la supuesta radio ciudadana. ¡Y no manchen!, unas señoras empiezan a decir que se deberían preparar un chorro de tortas con veneno de rata y después llevárselas a los de la APPO, para que se las comieran y de plano así ya se murieran. ¡No manchen cuando oí eso dije qué poca! Si hay gente que piensa eso, podemos esperar lo peor contra el movimiento, ¿no creen?

–¡Qué poca m...! ¡Qué mala onda! el gobierno quiere dividir a la población y van hacer hasta lo imposible para acabarnos. Hay que estar atentos. Pues, ¡cuándo el río suena agua lleva!– dijo Carmen.

De pronto entre la bola hecha por los miembros de la barricada y la charla que sostenían Carmen y Pedro, se escuchó una voz madura y llena de ánimo que dijo: –Compañeros es verdad que los discípulos de Ulises están tomando actitudes extremas, pero debemos cerrar filas, ya llevamos varios días con la barricada y es necesario que nos pongamos de acuerdo para mantenernos informados y poder identificar a los que nos quieren hacer daño.

La fuerza de la voz se incrementó y Don Joaquín, seguro de sí mismo y al compás de sus palabras, como aquel director de orquesta que utiliza su varita para dirigir, contoneaba su mano cerrada y su dedo índice extendido, mientras se dirigía a los presentes tajantemente.

–¡Sabemos que pueden haber gentes del gobierno infiltradas, por eso debemos estar comunicados y cuidarnos, para que no salga información

de qué hacemos y cómo nos organizamos, por eso vamos a ponernos de *acuerdo* y a *comprometernos* con el movimiento, hay que tomar medidas para no salir sorprendidos!

En ese momento Pedro empezó a reflexionar sobre las palabras que aquel señor había dicho, palabras sencillas pero llenas de convicción y compromiso. A sus 22 años nunca se había comprometido con nada, ni con la escuela, ni con su familia, ni con una chica, ni con un oficio, ni con su perro, ni consigo mismo; siempre había sido un mantenido de sus padres, la vida para él pasaba desapercibida, sin sentido, hasta que le tocó presenciar la llegada de la PFP a Oaxaca. En ese momento experimentó algo que jamás había sentido, un sentimiento de miedo y desesperación, pero también de rabia y de indignación, de ahí que a la fecha su forma de pensar se fue transformando y su espíritu se fue sensibilizando. Tenía una semana de haberse incorporado a la barricada, en ella encontró cabida su sentido y sus significados para con la vida. En especial en ese momento pensaba en la palabra *compromiso*, sí, una de las palabras que había pronunciado el señor regordete, chaparrito y moreno y que le había hecho darse cuenta que nunca la había llevado a la práctica de manera conciente y que era necesario ahora actuar.

La noche seguía su rumbo, el ambiente se apreciaba inexplicablemente tranquilo y tenso a la vez. Tranquilo, por la calma momentánea de los ataques por parte de los escuadrones paramilitares y tenso, porque estaba latente la acción de dichos sicarios.

Carmen se dirigió a Pedro. –Oye Pedro, ya tenemos varios días de convivir aquí en la barricada y creo que nos hemos ido tomado confianza, al menos eso es lo que creo. Aquí entre nos, ¿Tú por qué estás aquí en la barricada?, ¿Qué te mueve estar aquí? –Dirigió a Pedro sus palabras como saetas perforadoras, dando un sorbo de café a la taza que sostenía entre sus manos.

Pedro la miró a los ojos y vio que su mirada era tan segura que no podía titubear ni mentir en su respuesta, además Carmen, con el paso de los días, le generó una confianza inexplicablemente atractiva, así emprendió una reflexión a partir de las preguntas certeras e incisivas. Hizo una pausa y trató de responder.

–Mira, te voy a ser sincero, hasta como hace un año mi vida era un desmadre. Me dedicaba a chupar y a drogarme. Mi madre me decía siempre que era un parásito y un mantenido. En pocas palabras, ¡todo me valía queso! Me salí de casa y me tiré a la fiesta. Los excesos me generaron una crisis física y mental ¡bien cabrona!– Afirmaba Pedro mientras hacia una pausa y daba un sorbo cuidadosamente al café caliente con sus labios resecos, una vez que humedeció su garganta con lo amargo–dulce del brebaje prosiguió. –Hice muchas pendejadas y en esa cruda moral y física reflexioné en que habría que darle vuelta a la página de mi vida y empezar hace algo que valga la pena y pensé que podría ser el estudiar o el trabajar; de ahí empecé a hacer serigrafía con un cuate que conozco y me acabo de inscribir a la prepa abierta. Bueno en eso andaba cuando ¡no manches! se dio lo de la represión y lo del movimiento. Y lo que de por sí no me laten son los tiras.– En ese momento los ojos y el rostro de Pedro se sobresaltaron y su voz en tono iracundo remarcó: –¡ni mucho menos que se pasen de lanza con la gente! No sabes cómo odio a los pinches tiras hijos de puta, siempre andan chingando la madre. –Al terminar la frase Pedro dio un respiro que le permitió, de alguna manera, controlar el enojo al que lo había orillado su temperamento. –Bueno como vi lo del desalojo a los maestros y luego las pasadeces de lanza de la PFP... ¡no manches! me prendieron y más cuando vi como le pegaban a la gente allá atrás del Tecnológico, por el río; pero de plano lo que sí me sacó de onda y me encabronó muchísimo, fue presenciar la muerte del pobre enfermero cuando llegaron los pefepos.

El rostro de Pedro detono visiblemente en tristeza, se quedó muy serio y a través de ademanes trató de detallar su explicación. –El chavo estaba paradito enfrente de mi y de repente un tira que le mete un madrazo en el pecho con un cilindro de gas lacrimógeno y que se empieza a retorcer el bato. ¡No manches, hacía bien feo! Luego lo quisieron ayudar, pero nada pudieron hacer, de volada se relajó su cuerpo hasta que se quedó quietecito. ¡Qué mal pedo por el valedor!

–Aquí en la barricada nos encontramos personas de todo tipo: amas de casa, estudiantes, obreros, profesionistas, maestros, sindicalistas, algunos chavos banda y uno que otro indigente, etc. Pero pensaba ¿qué

será lo que realmente le hizo hacer a cada uno venir a formar parte de la barricada?

Carmen, que estaba sentada sobre una serie de piedras que improvisadamente había utilizado como asiento, se paró lentamente y con un tono serio y firme prosiguió.

–He podido platicar con varias de las personas que han estado participando activamente en la barricada y les he preguntado lo mismo y mira, la mayoría me ha contestado que están aquí porque ya están cansadas, hartas de malos gobiernos y sobre todo de las injusticias sociales. No están de acuerdo en especial con el gobierno de Ulises Ruiz, por la represión que sufrieron los maestros el 14 de junio, por la entrada de la PFP a la Ciudad, también por las desapariciones y los asesinatos en contra de la sociedad civil organizada. Pero esto tiene que ver con años, o mejor dicho con siglos de explotación.

–¡Tienes razón!

Carmen, motivada por la actitud de Pedro prosiguió. –Es por eso que pienso que debemos consolidar la organización desde abajo, como ahora; la barricada es una manera de proteger al movimiento. ¿Sabías Pedro, que originalmente la barricada se usó en movimientos sociales y populares? Es una manera de bloquear la circulación coercitiva del sistema. Históricamente la barricada es un instrumento no de guerra, sino de los movimientos sociales y populares. De acuerdo a lo que sé, sus antecedentes fueron al parecer en París en 1588 cuando la célebre *Jornada de las barricadas*, ya que grupos populares la utilizaron en contra del gobierno en turno. Y más allá de formalismo, lo importante es reconocer que la barricada es una creación de los de abajo desde los grupos populares. – Carmen hizo una pausa y cual si fuera una niña que declama una poesía, haciendo unos ademanes con las manos, sintetizó, –es decir, pienso que lo que nos une a las personas que participamos en la barricada y en el movimiento, es luchar contra lo que detonó el conflicto, es luchar contra el abuso de poder, la miseria y el olvido.

Pedro veía a Carmen explicar con una convicción y seguridad que cualquiera que se dijera orador anhelaría y en tono bromista le dijo –¡Órale, pareces política!

Doña Mari ofrecía más café mientras el diálogo de los jóvenes hacía una pausa. Su plática, desde hacía rato, le había producido, como un imán, una extraña atracción. Justo al lado de ellos ardía una fogata, la cual aparte de brindar calor a los miembros de la barricada, propiciaba un manantial de iluminación a esa desértica y oscura parte de la calle.

-¡A ver muchachos, más cafecito por ahí!- Ofreció amablemente Doña Mari mientras hacía descansar la olla de peltre en el piso y se daba tiempo para abrochar un botón más de su suéter.

Carmen trató de hacer cómplice a Doña Mari de lo que platicaba entretenidamente unos minutos antes con Pedro. Éste le siguió la corriente y se levantó de donde estaba sentado y ofreció amablemente el lugar a Doña Mari, mientras él se dirigió por otras piedras para construir un asiento justo al frente de las dos mujeres, una vez sentados, Doña Mari se acomodó sus lentes y se arremangó el sweater color negro que llevaba y con una voz convincente expresó:

-¡Es verdad, tienes toda la razón! por ejemplo, hay muchas mujeres como yo que deben enfrentar la vida con hijos y solas. Que nadie las apoye o ayude, menos el gobierno.- Su semblante denotaba la seriedad del tema, que como anillo al dedo le quedaba, pues quien más para saber cómo una mujer con hijos se las vale para salir adelante.

-Tiene uno que trabajar toda la vida de sol a sol para poder mantener a la familia y sacar a los hijos adelante, sí que es redifícil. Miren muchachos yo quedé viuda hace 26 años y desde entonces me las tuve y me las tengo de arreglar sola, ¡además con tres hijos!

Pedro, sin dejar de atender la plática, se paró lentamente de su lugar y se puso una chamarra de mezclilla negra que sacó de su mochila, amarró su larga cabellera y tomó las tres tazas, sirvió el humeante café que, combinado con la canela, desprendía un dulce aroma.

Doña Mari continuó: -Fíjense que ya de viuda, empecé a trabajar en la cocina y ahí me di cuenta de muchas cosas malas, de muchas injusticias con los trabajadores y en especial con las trabajadoras. Y es que me tocaron unos patrones ¡bien cabrones! Si te dejas, te agarran de pendejo o pendeja. Ahí también me di cuenta que la explotación es muy grande con el trabajador, trabajas un resto de horas para que te paguen una mirruña. Luego, algunos te quieren humillar y en nuestro caso, como

mujeres, otros te quieren coger. Perdón por la palabra jóvenes ¡pero al pan, pan y al vino, vino! Es que hay cada desgraciado. Imagínense esas pobres mujeres que vienen de los pueblitos o de las sierras y que no saben leer y escribir, las tratan peor y abusan más de ellas.

En el espacio del diálogo se generó un ambiente de pasión e interés por parte de los participantes, tan es así que Carmen se paró nuevamente de manera estrepitosa y alentada por la voz y la seguridad de Doña Mari, aseveró:

–Sí hija, no cabe duda que nos tenían y nos quieren tener totalmente silenciados. Pero por lo que ahora está pasando ya no será así. Es por eso que nosotras las mujeres nos hicimos de valor e hicimos la Marcha de las Cacerolas y tomamos el Canal Nueve, para poder tener la posibilidad de decir lo que pensamos y sentimos. ¡Por primera vez se dejó de decir lo que querían que oyéramos y logramos hacer escuchar lo que queríamos decir!

Cuando más amena estaba la conversación entre Doña Mari, Carmen y Pedro, al otro lado de donde se encontraban, se oyó un enorme escándalo. Varias personas que estaban cerca de ellos, al sentir el alboroto, inmediatamente se dirigieron a averiguar qué sucedía. Pedro exclamó: – ¡Vamos a ver qué pex! ¡Algo no anda bien!

– ¡Sí vamos! – respondieron atónitas sus compañeras.

Cuando llegaron su sorpresa fue enorme, pues la imagen con que se encontraron era la de un joven como de 20 años, tirado en la banqueta con el rostro cubierto de sangre, a la altura de la frente tenía una cortada de aproximadamente 5 cm, de la cual seguía emergiendo copiosamente la escandalosa sustancia.

Algunos miembros de la Barricada auxiliaban al muchacho, mientras Don Joaquín y otros retenían con fuerza al Mako, quien lleno de furia gritaba – ¡Suélteme, suélteme, suélteme, le voy acabar de partir la madre a ese chamaco pendejo!

Entre la gente que rodeaba al muchacho herido, abrió paso una vecina que era enfermera, había ido a traer algunos utensilios de primeros auxilios para ayudar al joven herido. La enfermera al auxiliarlo expresó:

– ¡Dios mío! ¿Qué te pasó criatura?

El joven estaba todavía conmocionado y no podía hablar del golpe que le había dado el Mako con una botella de caguama, sólo se quejaba: –¡Ay!

Don Joaquín, indignado por la acción irracional e inhumana del Mako, le dijo en tono serio.

–Habíamos quedado en que aquí no íbamos a tomar. Aquí no venimos hacer violencia. No puede ser posible que por gente como tú, paguen el pato gentes inocentes. Ya te lo habíamos advertido. El movimiento y la barricada no son para pelear entre nosotros ni para agredir a la gente, ni mucho menos para venir a tomar y embrutecerse y actuar como animal salvaje.

–¡No Mako, esto no se vale! Gente como tú arruina los verdaderos fines de la revuelta.

El Mako, notablemente afectado por los efectos del etanol, con un comportamiento de chamaco delicado y asumiendo una actitud de indignado, contestó burlona y seriamente a la vez:–¡Chiaaaaaaleeeee, jefe! No se malviaje. Ese chamaco se pasó de lanza, se me puso pendejo y tuve que darle su chinga.

Don Joaquín refutó tajantemente el argumento del Mako: –¡Nada qué!, si los compañeros vieron cómo estuvo la movida. O mejor dicho, tu movida. Sólo por el hecho de haber pasado con su bici sin pedirte permiso, no son motivos suficientes para que hayas descontado de un caguamazo a ese chamaco de manera alevosa y ventajosa. De verdad que eso no puede ser, antes que nada están las palabras. Así cómo quieres que no se quejen de nosotros y nos denuncien, eso es dar motivos a la policía para que nos ataque. ¡No Mako, eso no es así! Además, acuérdate de aquel día que no te dijimos nada, cuando trajiste a dos chavos bien loquitos y que empiezan a chupar acá en la barricada, luego uno de ellos se empezó a meter resistol y posteriormente se puso muy pesado con algunas de las chicas, hasta que le pusimos un alto. Total que como se puso bien idiota, hasta las manitas, que se lo tuvo que llevar a gatas el otro chavo, que también ya iba tomado. Esa vez te la pasamos, pero has agarrado este espacio para satisfacer tus placeres personales, eso no se vale, te descaras, sólo vienes a tomar y no echas la mano cuando se te necesita.

¡Sólo estás generando y generándote problemas! Así que acordamos que ya no vengas por acá cuándo estés tomado o estés tomando.

En eso estaban cuando se acercó Doña Mari de prisa y mirando fija y seriamente al Mako, con unos ojos que parecían taladrar y llegar hasta el tuétano de la existencia de aquel hombre y con la voz enérgica que la caracterizaba, hizo sentir quemar las entrañas del aquel ser.

–¿Ud. no tiene madre, señor?– El Mako quedó estático, como aletargado por la presencia y palabras de Doña Mari, parecía que literalmente le habían comido la lengua los ratones. Permaneció serio y callado. Doña Mari siguió su discurso:

–¡Sí, le digo a ud.! ¿No tiene madre? Se lo digo porque si algo nos hace humanos, es el amor de una madre. Si no la tenemos o no tuvimos amor de ella cuando estaba en vida, tendemos a ser de lo peor y de lo peor es andar chingando al prójimo, como lo hizo usted con el chico. Por eso si tiene madre señor, piense en ella antes de actuar. ¡Porque como actúa parece que no tiene madre! Y si no la tiene, no puede ser que se la viva fastidiando a sus semejantes, parece que nadie lo quiere, habría que pensar que su forma de ser es por carencia de amor, pero sobre todo por falta de compromiso con alguien o con algo. ¡En pocas palabras, ya no nos moleste más! ¡Por favor si no coopera y comparte el movimiento váyase a pelear, a tomar o agredir a otro lado!

Las palabras de Don Joaquín y de Doña Mari fueron apoyadas por algunos de los miembros de la barricada que ayudaban a detener al Mako y al unísono decían: –¡Sí, sí ya no te queremos aquí! – El Mako, que se consideraba una persona valemadre, a la que nada le importaba ni nada le hacía daño, sintió una especie de vergüenza que nunca había experimentado y por un momento pensó en esconderse o salir corriendo apresuradamente, ya que podía percibir el rechazo y la repulsión que habían generado sus acciones al interior de los miembros de la barricada. Don Joaquín le dijo finalmente:

–Mira Mako, a cada quién le va como se comporta, este espacio es tuyo y de todo aquel que comparta la ilusión y la esperanza de cambiar esta vida de injusticias, pero no podemos llegar acá a hacer injusticias, no lo vamos a permitir. Es lo que quiere el gobierno, jugar con nuestros placeres personales para destruir el movimiento. Así que vamos, te encami-

namos.– Y junto con otros compañeros, Don Joaquín escoltó al Mako lejos de la barricada. Mientras tanto, Doña Mari y la enfermera se organizaron para llevar a su casa al muchacho herido por el Mako. Posteriormente, Carmen Pedro y Doña Mari retomaron la conversación que habían interrumpido drásticamente.

Don Joaquín se acercó a la conversación que sostenían acaloradamente doña Mari, Carmen y Pedro, después de haber logrado convencer al Mako para que se retirara a otro lado a seguir su borrachera insaciable. Justo al estar cerca de ellos escuchó algunas palabras de Doña Mari que decían:

–De verdad muchachos que no debemos caer en el juego de la provocación del gobierno. Porque él está buscando la manera que caigamos para echarnos sin ton ni son a sus jaurías de la PFP. Hay que cuidarnos.

Las palabras de Doña Mari le habían parecido a Don Joaquín como si las hubiesen transcrito de su pensamiento, pues justo en eso iba pensando, en cuidarse mejor las espaldas. Entonces recordó que tenía que informarles a los compañeros algo más y externó:

–Tiene razón Doña Mari, hay que cuidarnos ¡y cuidarnos bien! Esto que pasó con el Mako nos debe de servir de experiencia para no cometer algún tipo de atropello y generar malos entendidos, así como disgustos en la población. Debemos organizarnos mejor. No hay que olvidar que estamos en la mira y lo que busca el gobierno es satanizarnos. Además ya lo dijimos antes, puede haber gente infiltrada. No olvidemos que el gobierno y su gente aliada están maquinando todo tipo de acción legal, pero sobre todo ilegal, para acabar con el movimiento.

Además no les había dicho que me informé que se ha generado una página de Internet que quiere actuar como abogado del diablo, juzgando y estigmatizando a la gente que está activa en el movimiento. Aparecen fotos y datos personales de mucha gente que está en la revuelta, se dice peste de ellas y se alienta a la ciudadanía a que denuncie a más miembros de la APPO para que los detengan y los encarcelen.

¿Y saben? Lo peor no es eso, sino que entre las personas fichadas y que aparecen sus fotos están las de algunos de los miembros de nuestra barricada, por ejemplo están: Armando, Lupita, Don Fidel, Luis, Nancy y yo. Se nos tacha de delincuentes y de terroristas. La consigna de la

página es clara, precisa y concisa: terminar a como dé lugar con la APPO. Y esto sí que es preocupante, porque lo que están haciendo Radio Ciudadana y esta página de Internet es sembrar el odio, el racismo y la xenofobia entre la población oaxaqueña.

Doña Mari, al escuchar los nombres de las personas fichadas en la red, preguntó preocupada por Nancy.

–¡Oye es verdad! ¿y Nancy? Qué raro que no haya llegado, ya se tardó bastante. Ella nunca llega tarde.– Nancy era una de las integrantes de la barricada, aunque tenía una serie de obligaciones que absorbían su tiempo, ya que era madre soltera y trabajaba dando clases de danza y teatro en la Casa de la Cultura, era una colaboradora apasionada y excepcional de la revuelta. Su personalidad fue figurando en la dinámica de la barricada, porque siempre tenía en qué ayudar y no tenía pelos en la lengua ante las injusticias, es por eso que la falta de su presencia, en ese momento, hacía sentir la necesidad de su persona.

Nancy pensó por un momento que la tierra se la quería tragar, en ella se despertó miedo y odio a la vez. Su vecina Doña Cleo, a través de insultos, le había hecho despertar sensaciones que ya no había experimentado desde hacía tiempo. Esa mañana, al salir temprano por el pan y algunas otras cosas del mandado, Doña Cleo, sin decir agua va, se lanzó con gritos sobre ella.

–¡A todo esa pinche gente revoltosa de la APPO deberían colgarla por malviviente y terrorista! ¡Hijos de la chingada, nada más sirven para chingar la madre!

Nancy rápidamente se dio cuenta que las ofensas que brotaban de la lengua viperina de Doña Cleo eran para ella, pues era una de las mujeres más activas en la Barricada que se situaba unas cuadras abajo de su casa.

–¿¡Qué le pasa señora!?!– Asentó Nancy seria y consternada a la vez.

–¿Cómo que qué me pasa? Casi nada, ¡que toda esa pinche gente irresponsable de la APPO no nos deja vivir en paz! –La cara de doña Cleo reflejaba un odio desmesurado que no podía ocultar en sus expresiones faciales, con un tono agandallador y señalando a Nancy dijo:

–¡La policía debería acabar con todos ustedes! Sí, con todos ustedes, porque no creas, bien que sé que tu participas en esa pinche barricada de allá abajo. Y si te sigues pasando de la raya, yo misma te voy a demandar

ante la policía. Les voy a decir que eres miembro activo de la APPO y que seguido les llevas de comer a los de la barricada. ¡Bola de rateros y malvivientes!

Nancy, que desde que iba a la preparatoria 1 de la UABJO se caracterizaba por su temperamento fuerte, el cual no le permitía dejarse agredir por nadie, refutó:

–¡Ya estuvo suave! Rateros, usted y toda la bola de los del PRI, no se crea que no sé que su hijo el judicial es un lame huevos de Chucky y que toda su familia por arrastrada ha recibido favores del gobierno. Vergüenza les debería dar a quienes viven del erario público y de la mafia del gobierno. Se sienten intocables, si piensa que porque su hijo es un pinche policía prepotente y con relaciones me va a meter miedo, está pendeja.

Con una voz irónica y altanera, Doña Cleo tomaba con las dos manos una escoba la cual agitaba y en la cual parecía canalizar todo el odio de sus pensamientos y de sus palabras, se lanzó a la ofensiva nuevamente con Nancy. –Ya me imagino qué bonita educación le estás dando a tus hijos. ¡Será porque no tienen padre y su madre anda en la calle de loca y de bándala!

Nancy, a sus 36 años, nunca había tenido una experiencia tan desagradable como ésta, estas últimas palabras encendieron más su espíritu, por dentro sentía hervir la sangre y por un momento pensó en lanzarse a golpes contra Doña Cleo, pero se dio cuenta que los aproximados 58 años de ésta no le servían ni para el arranque, así que contestó encolerizada:

–¡Bueno a usted qué chingada madre le importa! ¡Con mis hijos no se meta, vieja metiche! ¡A parte de metiche, mocha y pendeja, hipócrita!

–Ahora sí te vas a ver en la noche, le voy a hablar yo misma al procurador para que venga a catear tu casa y te detengan. ¡Te vas a arrepentir, lagartona pelada!

–¡Está loca! Tanto que va a la iglesia y reza, de nada le sirve si es usted una culebra siniestra. ¡Pero todo se paga en esta vida, el que obra mal, mal le va!

Esto fue lo último que Nancy pronunció dando la espalda a la señora y alejándose del lugar sigilosamente, trató de evitar nuevamente la discu-

sión. Mientras tanto doña Cleo insistió segura de sí misma y contundentemente: –¡Vas a ver, vas a ver...!

Justo cuando don Joaquín explicaba la información que había llegado a sus manos sobre las actividades fascistas que grupos ultraderechistas habían perpetrado a través del Internet, en ese momento apareció repentina y evidentemente agitada Nancy. Sus ojos se veían llorosos, como los de un niño que acaba de recibir un regaño y que trata de contener el llanto hasta donde puede. Mari se acercó más a ella y le dijo:

–Hola Nancy, pensábamos que no ibas a llegar la noche de hoy ¿qué pasó?

–Sí, es verdad, creíamos que iba a ser la única noche que no contaríamos con tu presencia.– Le dijo Pedro.

–¿Qué paso contigo mujer? –Insistió doña Mari. La actitud y el silencio de Nancy generaron de inmediato un ambiente de incertidumbre entre los que estaban cerca de ella. A diferencia de otras noches, Nancy se veía seria y preocupada, lo cual se reflejaba en esos ojos semihumedecidos que ahogaban una angustia reprimida hasta el sufrimiento.

–¡Lo que pasa es que estoy muy preocupada...! –Es lo que pudo expresar y soltó un llanto desesperado. Inmediatamente Carmen se abalanzó hacia ella, la tomó entre sus brazos y la acicaló como aquellas madres tiernas y cariñosas. Con una voz pausada y suave le dijo:

–Tranquila, tranquila amiga. ¿Qué pasó manita? –Sin dejar oportunidad, también se acercaron a dar consuelo y hacer la balona espiritual Pedro, Don Joaquín y Doña Mari. Ésta última se enlazó en el abrazo de las dos mujeres y, tratando de tranquilizar a Nancy, comentó: –¡Tranquila mamá, tranquilita! ¡No pasa nada, aquí estamos contigo!

Después de unos minutos y apaciguado en algo el llanto de Nancy por los compañeros de la barricada, expresó:

–¡Estoy preocupada, pero muy preocupada! ¡Y sobre todo espantadísima! Dejen contarles lo que sucedió –Nancy narró en primera instancia lo que había acontecido con Doña Cleo ese día por la mañana, luego procedió con el relato:

–Bueno, ya por la tarde iba llegando del trabajo y de la escuela con mis hijos y justo en frente de mi casa, al lado de la casa de la bruja de doña Cleo, estaban estacionadas dos camionetas llenas de judiciales. Ya saben,

con su aspecto prepotente y pedante que siempre los caracteriza. Que se me quedan viendo bien feo y fijamente, sus miradas eran muy retadoras y no las bajaban. No quise amedrentarme y tampoco les baje la mirada, aunque por dentro estaba que me llevaba la tiznada, pues me acordé de lo que me había pasado en la mañana y en especial lo que me había dicho esa vieja. Bueno, la cosa es que como pude me metí a mi casa y cerré de inmediato la puerta.

–¿Qué te pasa má? – me preguntaron mis hijos, pues me notaba bastante nerviosa.

–Nada, no pasa nada– les reiteré. Sin embargo, sabía que las cosas no estaban bien.

Luego serví de comer a los niños y sonó el teléfono, contesté y escuché una voz ronca de un hombre que me dijo agresivamente:

–¡Pinche puta, bájale de huevos o te va a llevar la chingada! ¡Escucha bien perra, si sigues con esa mamadas de la APPO y la barricada te va a llevar la verga a ti a tus pinches hijos! ¡Pendeja!– Apenas y escuché eso y sin pensarlo le contesté: –¿Sí? ¡Estás pendejo! –Y le colgué. Sin embargo, por dentro me moría de miedo y la zozobra carcomía mi existencia.

Pero lo peor fue que como a las ocho de la noche estábamos cenando mis hijos y yo, cuando de repente que tiran una piedra por la ventana que da justo a nuestro comedor, fue enorme el ruido que hizo, nos espantó muchísimo, Miguelito saltó del susto y no podía controlar su llanto, ya Hugo como está más grande, aunque sí se espantó y lloró un poco, se controló rápido. Y no sólo eso, sino que la piedra que lanzaron traía un papel escrito en rojo que decía “¡Perra maldita ya te lo advertimos, cuida bien a tus pinches hijos! ¡Si sigues no te salvas!” Eso no quise ensañarse a los niños, pero me alarmó muchísimo y la verdad me puso muy paranoica. Les dije a los niños que guardaran sus uniformes, sus útiles escolares y algo de ropa porque nos íbamos a la casa de su abuelita. Ellos me preguntaron insistentemente que por qué nos íbamos de la casa, que si pasaba algo malo, yo les decía que no para no preocuparlos, sin embargo mi semblante y mi nerviosismo decían otra cosa. Tajantemente les dije, –¡No pregunten, apúrense y ya vámonos!– Así que salimos como alma que lleva el diablo. A cada rato volteaba y miraba a mi alrededor, después de lo sucedido me sentía vigilada y perseguida, mi preocupa-

ción era la integridad de mis hijos, así que tratando de ser lo más cautelosa, me dirigí a la casa de mi mamá. Al llegar dormí a los niños y platicué con ella, también se preocupó y me dijo que pensará bien lo que estaba haciendo, porque las cosas se estaban poniendo color de hormiga. Y tiene razón, la represión apenas va a comenzar en forma.

Mientras Nancy narraba su estresante situación, de fondo se oía la canción “Las Casas de Cartón” que era transmitida por radio universidad,

–Qué triste se oye la lluvia, en los techos de cartón, qué triste vive mi gente en las casas de cartón. Viene bajando el obrero casi arrastrando los pasos por el peso del sufrir, mira que mucho sufrir, mira que pesa el sufrir... cuando repentinamente se cortó la melodía y se dejó oír una voz de alerta que cautivó la atención de todos: ...“;Compañeros, compañeros parece ser..., no no no nos dicen que no parece ser, sino que acaban de atacar unos pistoleros la barricada de Brenamiel y parece ser que hay un compañero herido y otro muerto, los sicarios van rumbo al Tecnológico, les pedimos a las diferentes barricadas y en especial a la barricada del Exmarquezado que tomen sus debidas precauciones, no hay que confiarse y atentos!”

Otro locutor de la radio dijo “;No puede ser que se sigan cometiendo asesinatos de la población; el gobierno de Ulises Ruiz es un gobierno asesino y represor, esto demuestra que lo dice ante los medios oficiales de querer el diálogo es una mentira y lo que hace realmente es reprimir y silenciar al pueblo. ;Es por eso que no vamos a desistir!”

La voz de los locutores no podía ocultar el nerviosismo, la ira y el miedo que empapaba la situación y que originó un sinnúmero de connotaciones entre los radioescuchas. Pedro notablemente enfureció e impulsivamente lanzó un puñetazo a la pared haciéndola retumbar de ira. –;Hijos de puta! Deberíamos conseguir unas pistolas e ir a cazar a esos güeyes. Ya basta de chingaderas ;Ya se pasaron de lanza!

Don Joaquín, que estaba junto a Pedro, con una voz relajada le dio unas palmaditas en la espalda tratando de hacerlo conservar la calma. –¿Qué pasó Pedrito? ;Tranquilo! No hay que caer en el juego. Acuérdate que eso quieren. – En esa misma tónica, Doña Mari apoyó la idea de Don Joaquín. –Así es hijo, nos quieren sacar de quicio y de nosotros depende si lo logran, lo que debemos hacer es guardar la calma.

Carmen resaltó la importancia de fortalecer la vigilancia y aunque no demostraba su preocupación, sabía que las cosas estaban al rojo vivo, sin embargo, trató de ponerse las pilas. –Compañeros, nos quieren poner nerviosos, lo que debemos hacer es poner más atención a la barricada, entre más atentos estemos es mejor, voy a llevar más café a los compañeros de la otra calle y a informarme a ver qué pasa, a ver si no necesitan algo.

Don Joaquín subió el volumen de la grabadora gris que aparentaba, de lo traqueteada que se veía, más de los años que tenía. Él la había llevado y ahora era parte de la barricada, aunque visiblemente viejo el aparato, el sonido que emitía era claro y espléndido, pues se alzaba a oír en una amplia extensión de aquel territorio insurrecto. Fue entonces cuando apareció una de las voces vertebrales del movimiento y en especial de Radio Universidad, era la inconfundible palabra de la incansable y portentosa doctora Bertha Muñoz: la “Doctora Escopeta” como metafóricamente había sido bautizada por su actividad social.

–¡Compañeros, nos quieren amedrentar, los asesinos trabajan así, en la más vil y cobarde de las acciones, en el anonimato y en la impunidad! Es por eso que debemos mantener nuestra organización y seguir en pie de lucha con nuevas estrategias, con nuevas tácticas. Si no nos doblamos, si no nos retiramos, si no nos vamos a esconder, los vamos a vencer. ¡Claro que no se trata de actuar como ellos y atacarlos con armas, si no se nos van a dejar ir con todo su poder encima, eso es lo que quieren! Depende de nosotros que esas supuestas victorias de sus ataques, que esas supuestas derrotas para nosotros, las convirtamos en victoria.

El tono de la voz de la Doctora Escopeta se endureció y tratando de despertar el ánimo en los radioescuchas, enfatizó:

–¡Compañeros, no debemos estar cabizbajos y meditabundos, porque nos han atacado y asesinado algunos compañeros! No quiero decir con esto que no nos importen las muertes de nuestros compañeros, sino todo lo contrario, esas víctimas son el más claro ejemplo que sus vidas y su sacrificio no fueron en balde y que debemos fortalecer la lucha por ellos, para hacerles justicia. Por ellos y por nosotros debemos seguir luchando. ¡Todos somos uno! Todos debemos pensar en función de que esta lucha la vamos a ganar, no nos van a derrotar a menos que nos vendamos, a menos que bajemos la cabeza y nos vayamos a esconder debajo de nues-

tras camas. Sí, pueden derrotarnos a la fuerza bruta, pero si eso sucede no es una victoria, porque seguirá vivo el espíritu de lucha.

Nancy seguía nerviosa y la paranoia la carcomía de angustia, después de la cruda experiencia del día y el anuncio de lo acontecido en la barricada de Brenamiel, sentía un miedo que le penetraba por cada uno de los sentidos. A partir de ese día las cosas no serían igual, sin embargo, al escuchar las palabras de la Doctora Escopeta como un proyectil de esperanza y alivio, surtieron efecto en ella en ese mar tormentoso en el que se había convertido su entorno. Volvía a encenderse la luz de la posibilidad en su existencia, así que atenta y más tranquila siguió escuchando.

–Hay gente en Oaxaca que tiene una experiencia de lucha increíble a la cual no le hacemos caso, o la vemos con desprecio y no sé por qué, que son los compañeros de la Sierra Norte, ellos han dado en los últimos 20 años o más, un ejemplo en la lucha contra el caciquismo en sus regiones y han salido triunfantes. De ellos debemos aprender muchas cosas, pero también de la unidad de nosotros y nosotras.

Las palabras de la Doctora Escopeta encerraban una naturaleza encantadora, el tono de su voz, la sencillez de su discurso, la humildad de sus pensamientos, así como el descaro de su lenguaje, que en su conjunto y de manera armónica, como por obra hipnótica, ganaba la atención de propios y extraños, de ahí que todos quedaron callados unos minutos y no dejaron de poner atención.

–No tenemos que preguntarle a Fulanito o a Sutanito o a la Doctora Escopeta qué vamos a hacer. Cada colonia, cada barrio, cada barricada saca sus estrategias o ¿alguna vez les hemos preguntado qué vamos hacer a los de la APPO o ahora al Consejo?, yo soy consejera pues, pero independientemente de eso todo ha salido de la inteligencia del pueblo y mientras nos mantengamos así, vamos a salir adelante. ¿O alguien nos dio la instrucción para que pusieramos las barricadas? Las pusimos solos ¿verdad? ¿quién dijo vayan a tomar Canal 9?, pues a la bola de viejas locas que se le ocurrió. Cuando quemaron las antenas, ¿quién dijo vamos? Sin embargo llegó un bonche de gente por todos lados apoyando.

¿Qué posibilidades tenemos de triunfar? De que se vaya Ulises sí tenemos posibilidades. Pero recuerden que el objetivo fundamental no es

que se vaya Ulises, sino transformar estas estructuras de poder. ¡De que se va a ir Ulises se va a ir, hombre! Después del día primero de diciembre, pero por eso hay que aguantar.

Ahora bien, el problema es después con este cambio de estructura de poder que estamos pidiendo. Porque aquí no es que caiga Ulises para que quede tal organización o tal corriente. Aquí es el pueblo el que debe de ganar y es en donde debemos tener cuidado para que, como dicen, ningún chango se cuelgue del mecate. Aquí no estoy hablando de López Obrador o del PRD. Aquí estoy hablando de los grupos internos, pero eso depende de nosotros. No debemos preguntarle a nadie qué vamos a hacer. Nunca hemos preguntado qué vamos a hacer. Lo fundamental es no perder el ánimo y además, no ponerse nervioso.

Una vez finalizada la intervención de la Doctora, Don Joaquín, como si fuese un entrenador de un equipo deportivo, aplaudió y con una voz motivada dijo: –Sí compañeros, vamos a hacer lo que hemos estado haciendo, solucionar las necesidades y los problemas de la barricada.– Doña Mari le tomó la palabra y sigilosamente se dirigió hacia donde estaba una de las ollas vacía de café, mientras decía: –Ahorita vengo, voy a hacer más café porque ya no hay y se va a necesitar.

Por su parte, Pedro también animado y cargado de batería expresó: –Don Joaquín, en el otro lado de la calle hace falta completar un pedazo de la barricada, –y señalando hacia un lado de la calle continuó –voy a llevar esas piedras y esos palos, le voy a pedir ayuda a algunos de los chavos, ahorita nos vemos. – Y se dirigió hacia dos jóvenes que estaban cerca de ellos, luego entre los tres juntaron una serie de cachivaches y los llevaron al otro lado de la barricada.

En ese momento, todo lo que acontecía hizo entender a la mayoría de los miembros de la barricada que se enfrentaban a un enemigo tan poderoso y con tantas serpientes como medusa, pero que también la unidad y el compromiso habían alentado y podrían seguir alentando esos sueños y esperanzas que habían encontrado en la barricada, nuevos sentidos humanos que habían generado en comunión, una utopía, un lugar posible. Era necesario seguir poniéndose de acuerdo para actuar. Nancy y Don Joaquín se quedaron por unos momentos solos, mientras tanto ama-

necía el 25 de noviembre, era una mañana fresca, nadie podía pronosticar lo que podía avecinarse, pero la convicción y la esperanza eran un contrapeso ante la situación hostil que vivía el movimiento y en especial las barricadas...

La impunidad carcome el silencio

Katy Itzel Hernández García

Primera parte

Una tarde como cualquier tarde gris del mes de noviembre del 2006. En Oaxaca seguía el plantón representativo de los y las docentes en Santo Domingo, muy cerca de donde se encontraban los elementos policíacos represivos.

A lo lejos se oía en la radio un anuncio publicitando la marcha que se realizaría el 25 de noviembre, la cual partiría a las nueve de la mañana de Santa María Coyotepec, comunidad donde los y las docentes de la región de la Costa mantenían un plantón frente a la Casa de Gobierno, hasta que el 29 de octubre, policías vestidos de civiles los y las correataron por los cerros aledaños. Con gran desesperación pedían auxilio, sin embargo la gente de la comunidad no abrió sus casas, al contrario, eran los encargados de denunciar a quienes intentaban ayudar a los y las que corrían despavoridas de un lado a otro sin saber a ciencia cierta que pasaba y cuál sería su destino.

Mientras todas y todos corrían sin armas, sin piedras, con la esperanza y el miedo a cuestras intentando huir, una bala alcanzó al profesor Emilio Alonso Fábian quien murió ahí mismo,

Ahora, a un mes de lo acontecido, los diversos grupos que conformaban la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO), entre ellas el magisterio, seguían impulsando la marcha y no precisamente por lo ocurrido en ese entonces, sino para cercar a la PFP en su bastión que desde hacía un buen rato era el Zócalo de la ciudad, con la consigna de que el cerco permanecería por cuarenta y ocho horas, no dejando entrar

y tampoco salir a nadie. Se esperaba que con esto, los de la PFP se fueran de Oaxaca.

El anuncio publicitario siguió repitiéndose una y otra vez en las pocas estaciones que aún transmitían información sobre el movimiento magisterial y social, algunas de las mujeres que se encontraban postradas en el plantón lo escuchaban mientras con bordado en mano platicaban. Los hombres no le prestaban tanta atención pues se encontraban concentrados en el partido de póquer que acababan de iniciar, sin embargo se verían diversas opiniones al respecto, algunas a favor de realizar el cerco, otras en contra; la decisión había sido tomada por los “concejales de la APPO y los entonces líderes del movimiento magisterial”, por lo que las y los docentes sin cuestionar e inocentemente, una semana más tarde, atendieron al llamado.

Segunda parte

Era una mañana soleada pero fría, donde el sol no te calienta, te quema. A las nueve de la mañana la gente empezó a concentrarse frente a la Casa de Gobierno ubicada en San Bartolo, iban llegando poco a poco. A partir de las nueve treinta horas se cerró la circulación y entonces las y los que iban a incorporarse a la marcha tuvieron que caminar un buen tramo hasta llegar y colocarse según la delegación sindical y región a la que pertenecían ó según la organización de la que eran parte. En el transcurso de las nueve treinta y las diez de la mañana los contingentes aumentaban considerablemente, se observaban a personas platicando tranquilamente, otros y otras más estaban sentadas esperando a que los bloques de gente avanzaran. Entre las cada vez más personas congregadas había niñas, niños, mujeres, hombres, ancianos, jóvenes, universitarios, alguna y alguno que otro extranjero, compañeras y compañeros de otras ciudades que se sumaban a la marcha, algunas y algunos de estos últimos no habían desayunado, de hecho varios acababan de bajarse de los autobuses que los habían transportado desde sus ciudades. Algunos rostros mostraban cansancio al inicio, pero conforme empezó a llegar gente y a escucharse el bullicio, sus rostros empezaron a manifestar ansiedad, pero sobre todo preocupación, pues se sabía que los policías no fácilmente accederían a irse.

La marcha partió alrededor de las diez horas con quince minutos, fue encabezada por los concejales de la APPO, en ese momento Flavio Sosa ya era un vocero visible así que también se hizo presente y encabezó la marcha junto con las y los otros. Cada contingente se ordenaba, avanzaba lentamente, por sus poros transpiraba la incertidumbre de lo que vendría después.

A las once horas, los contingentes seguían avanzando poco a poco, en el camino se iban agregando más personas, las docentes llevaban acuestas sus tradicionales sombrillas de infinidad de colores, los docentes compraban ahí mismo sus sombreros, una fila de vendedores ambulantes empezaban a acompañar la marcha, jóvenes con pasamontañas pintaban con aerosol las paredes, quitaban propaganda y todos y todas las anteriores gritaban alguna que otra consigna. Al lado de la marcha, en el otro carril, el tráfico se hacía presente, no faltaba conductor que tocara el claxon con desesperación y otros silbando en apoyo.

A las doce horas, los últimos contingentes seguían saliendo de la Casa de Gobierno, ahí hasta atrás, caminando e integrándose iban jóvenes encapuchados cargando algunos escudos hechos con madera, otras y otros más cargaban los escudos que recuperaron el 14 de junio después de la refriega, llevaban consigo cascos, resorteras, coca-colas y máscaras antiguas. Al parecer ellos y ellas eran los únicos que olían a lo lejos la inminente lucha por recuperar lo irrecuperable, el espacio público que nos ha pertenecido. El sol quemante cayendo sobre las miles de cabezas hacía cada vez más lento el andar, el cansancio se reflejaba en aquellos rostros sudorosos, el asfalto quemaba y sacaba una que otra ampolla, sin embargo para las dos de la tarde la marcha continuaba, cada contingente gritaba sus respectivas consignas mientras unos dejaban descansar sus gargantas, a lo lejos se oían otras voces pidiendo libertad a los presos políticos, la caída del gobernador, alto a la represión y por supuesto la salida de la Policía Federal Preventiva (PFP).

A las dos de la tarde, después de haber recorrido ocho kilómetros desde el sur de la capital, los primeros contingentes estaban arribando al Zócalo y comenzaban a montar el cerco, por lo que se postraron alrededor de las calles aledañas al Zócalo, ellos empezarían la guardia. Mientras, en las calles seguían desfilando los demás contingentes que

avanzaban hacia la plazuela de Santo Domingo como destino final, para ahí esperar a que les tocara montar la guardia del día. Las principales calles del Centro se encontraban vacías, los negocios cerrados, había un silencio ensordecedor que calaba los huesos.

A las cuatro de la tarde aproximadamente, arribó el último contingente, el cual se concentró en Santo Domingo con el fin de resguardar a los que para ese momento se encontraban en las bocacalles. En cuanto ellos arribaron, los improvisados puestos de comida se llenaron de gente, ese día el menú era arroz con huevos duros, había una gran fila pero valía la pena esperar el turno con tal de llevarse algo a la boca y así esperar, esperar lo que viniera. La gente descansaba, estaban sentadas y sentados en el piso bajo la sombra de los árboles, unos más bajo las lonas puestas improvisadamente, algunos empezaban a irse puesto que el cansancio para esa hora no daba tregua. Eran las cinco de la tarde, en las bocacalles las personas de la guardia seguían ahí, pocos desistieron pero la mayoría conservaba sus posiciones.

A las cinco horas con diez minutos de la tarde empezaron los más violentos enfrentamientos desde el inicio del conflicto magisterial-popular. Todo inició en la esquina de Macedonio Alcalá y Morelos, cuando los de la PFP intentaron romper el acordonamiento instalado ahí y en otros puntos, lanzando a los y las del cerco gases lacrimógenos, piedras y canicas, por lo que la gente hambrienta y cansada, no se contuvo y empezó a repeler la agresión, en pocos instantes los cohetones no paraban de sonar, las bazucas hechas a mano se disparaban una y otra vez. La gente se puso alerta, en Santo Domingo las personas se levantaron, dejaron de comer, sus rostros mostraban temor, muchas y muchos empezaron a correr lejos de ahí, otros se asomaban por las calles del andador turístico para enterarse de lo que pasaba. Aunque el sonido de los cohetones era reconocible, puesto que en batallas anteriores había estado presente.

En Macedonio Alcalá y Murguía, un grupo de jóvenes encapuchados y con sus bazucas a cuestas formaron una línea de escudos que los protegía de los proyectiles de la PFP y sólo sacaban la cabeza para lanzar los petardos contra la PFP. Los enfrentamientos se extendieron por casi 14 cuadras y el centro de la ciudad quedó entre una nube de gas lacrimógeno, ésta última la principal arma de los de la fuerza policíaca. Al percatar-

se de lo que estaba sucediendo en las bocacalles, el apoyo y refuerzo por parte de los que se encontraban en Santo Domingo no se hizo esperar. Los hombres se anexaron a los frentes de batalla, arrojaron las pocas piedras y pedazos de cantera que era lo único con lo que se contaba, las mujeres acarrearón piedras para surtirlos, los demás rompían tabiques en partes pequeñas para que fueran más fácil de lanzar, unos corriendo a los puestos de socorro por coca-cola y vinagre para los compañeros, porque para esa hora ya estaban los gases haciendo efecto, otros sólo miraban con desdén. Los vecinos escondidos en sus casas veían aterrorizados lo que sucedía fuera y esta vez no abrieron sus puertas, varias señoras empezaron a hacerse presentes con coca-colas porque llegó un momento en el que ya no había, la solidaridad, la rabia, el coraje y las ganas de ver un Oaxaca diferente nunca dejaron de estar presentes.

A las seis y media de la tarde los policías empezaron a reagruparse y a salir de donde se encontraban resguardados, poco a poco fueron acorralando a los que resistían los combates, los replegaron hasta Santo Domingo. Sin embargo, los que seguían resistiendo quemaron llantas, pusieron camiones para detener el paso de las tanquetas, volvieron a reagruparse y atacaron nuevamente. A las siete de la noche ya se hacían visibles el cansancio, la intoxicación por el gas y alguna que otra herida, sin embargo, ellas y ellos no desistían, se replegaban, tomaban fuerzas y regresaban a la refriega. Había oscurecido ya, eran como las siete y media de la noche, los policías, al notar el cansancio, el repliegue y la falta de organización por parte de las otras y los otros, aprovecharon para avanzar y retomar calles hasta llegar a Santo Domingo, se les aventó un camión, pero no los detuvo, continuaban avanzando con sus tanquetas llenas de ácidos de color púrpura. Fue entonces cuando reapareció Sosa por el lugar para decir que se tranquilizaran, que así no era, que tenía que ser pacífico el asunto, pero ¿Cómo contener la rabia de saber que ya habían detenido a varias y varios compañeros, que además las y los habían golpeado y torturado en las diferentes batallas? ¿Cómo olvidar las muertes que este movimiento había pagado? ¿Cómo ser indiferente ante la represión y la agresión?, “el pueblo es el que manda”, le respondió uno de los bazuqueros mientras se acomodaba su pasamontañas. No quedaba más que luchar

hasta que ya no se pudiera y así fue, las y los compañeros sacaron fuerzas y pelearon hasta que los policías empezaron a cercarlos, los obligaron a replegarse y a dispersarse, cada quien corrió hacia donde pudo y como pudo, las tanquetas venían avanzando a paso veloz.

Las mujeres gritaban aterrorizadas, madres de familia buscaban a sus hijos e hijas, hermanas sin poder regresar a casa sin sus hermanos volteaban desesperadas hacía un lado y hacía otro para ver si ellos a los que buscaban estaban por ahí, preguntaban, corrían y nada, nadie los había visto. El terror, la desesperanza y la incertidumbre inundaban las calles. No faltaba quien quería quedarse a defender lo indefendible, a buscar a quienes no estaban, pero la asfixiante nube de gas, el incesante sonido de las tanquetas, de las botas marchando de los policías y sobre todo la hermandad de las que también corrían y no dejaban desfallecer, no lo permitían. En la Avenida Juárez iban pasando rápidamente los carros sin detenerse, la gente atravesaba la calle sin cuidado, algunas y algunos conductores se paraban y abrían sus puertas pero la gente no se subía, preferían correr, la desconfianza los había hecho presos en sí mismos. Mientras corrían, empezaron a unirse personas que nunca se habían visto, huían juntas, caminaban sin voltear atrás.

A las ocho y media de la noche los agentes federales seguían avanzando, llegaron al plantón de Santo Domingo y le prendieron fuego a unas cuantas lonas que aún permanecían instaladas, tiraron todo cuanto hubo a su paso. Ahí, personas vestidas de civil realizaron diversas detonaciones con sus armas de fuego para acabar con la esperanza y fundar el miedo en cada una de las personas, fueran o no de la APPO, el estridente sonido paralizó los corazones de las y los vecinos que vivían entre esas calles e hizo que los que corrían siguieran haciéndolo con mayor rapidez. La PFP, acompañada por la Policía Preventiva del Estado, a bordo de camionetas y de sus tanquetas, persiguieron a las y los manifestantes hasta el Cerro del Fortín. Avanzaban rapidísimo por las calles, levantaban a quien se encontraban, hombres, mujeres, ancianas, ancianos o jóvenes era lo de menos, una vez que los y las tuvieron tendidas sobre el piso, las golpearon incesantemente con sus toletes en repetidas ocasiones, las aventaron sobre las camionetas, una encima de otra, sobre ellas pusieron

sus escudos y se sentaron a contemplar los edificios quemados, la nube de gas que para ese entonces apenas empezaba a difuminarse.

Mientras, en otras calles no muy lejos de ahí, la gente seguía dispersándose, algunas y algunos corrieron a la Facultad de Medicina donde, desafortunadamente, un grupo de policías vestidos de civiles y gente del gobernador Ulises Ruiz Ortiz los estaban esperando con armas las cuales fueron disparadas, sin embargo se desconoce si hubo heridos o heridas.

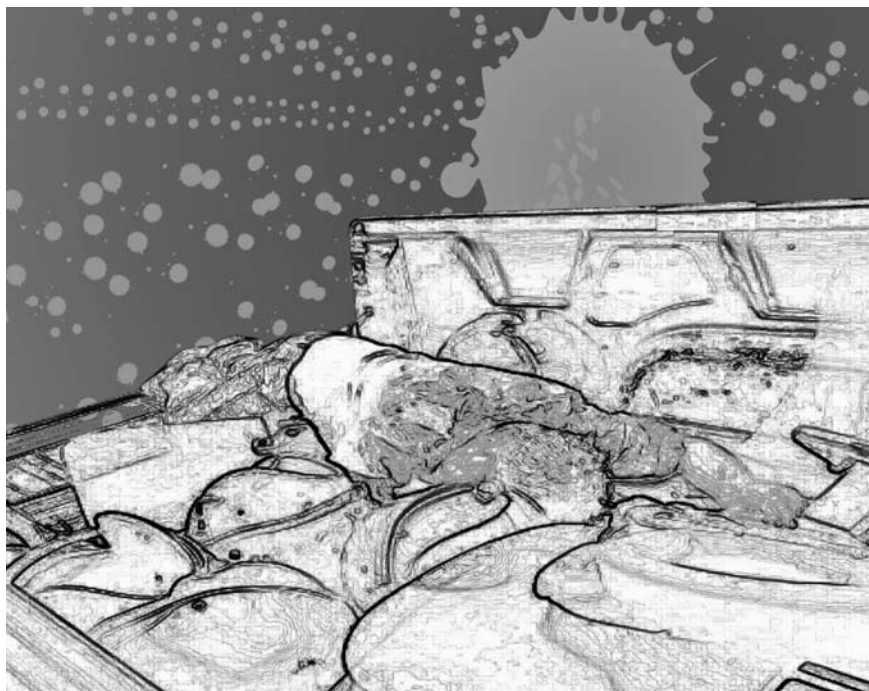
A las nueve de la noche empezaron a incendiarse diversos edificios públicos cerca del Paseo Juárez el Llano, por lo cual en unos minutos llegaron los bomberos a intentar apagarlos, los de la PFP también arribaron al lugar a resguardar los edificios. Mientras que los otros elementos del mismo cuerpo policíaco iniciaron, a partir de esa hora hasta la madrugada, los patrullajes por las calles acompañados de los policías estatales, municipales, deteniendo a la gente que se veía sospechosa o a la que simplemente pasaba por ahí. Esto continuó durante varios días y la orden era detener a quien fuera reconocido como miembro de la APPO.

A las diez de la noche, hora en la que la gente se había dispersado, la PFP reportó que toda la noche se patrullaría y que en breve se reestablecería el orden en la ciudad. A esa misma hora, las familias continuaban preguntando por sus hijas, hijos, papás, mamás, tías, hermanos, compañeras, amigos, de los cuales en ese momento no se sabía en dónde podrían estar. Al día siguiente, después de que el sol quemante iluminó la ciudad, supieron que se encontraban detenidos y reclusos en diversos penales del estado.

Algunas y algunos más se encontraban atrincherados en casas frías, oscuras, llenas de humo, refugiados ahí con personas que no conocían, amontonados, sudorosos, olientes a gas lacrimógeno, alguna y alguno que otro herido, comunicados, con los sueños e ideales abandonados en el estribo de aquellas calles que quedaron atrás al momento de emprender la huída. Ahí, en esos pequeños o grandes espacios, permanecieron algunos días hasta que lograron salir y ver la luz de un nuevo amanecer en Oaxaca, “la Verde Antequera” y en la cual, según el gobernador Ulises Ruiz, todo estaba controlado y en paz. En otros lugares, tal vez cerca o lejos de ahí, la incertidumbre, la desesperanza, las lágrimas y el temor de aquellas y aque-

llos que no sabían nada de sus familiares o amigos se hacían evidentes tras las incesantes llamadas que no dejaron de hacerse por varios días.

El saldo de esta violenta batalla, 150 detenidos entre mujeres y hombres, más los que se detuvieron en el transcurrir de las semanas siguientes, más de 140 de heridos, carros y espacios físicos quemados, desesperanza, miedo e impotencia. Definitivamente es éste uno de los más violentos movimientos sociales, en donde ya no sólo estuvo incluido el gremio magisterial o los y las universitarias, sino que aqueja a toda la sociedad, no sólo oaxaqueña sino del país, incluyendo a las que están en contra del movimiento, a las que observan con indiferencia los sucesos, a las apáticas, a las conformistas y a todos y todas aquellas que prefieren callar antes de defender sus ideales y sus derechos. Pudo observarse la solidaridad entre hombres y mujeres; sobre todo la cúpula de poder que mantiene un sistema que día a día asfixia a quienes menos tienen.



Las hijas de Lilith

Alejandro Beltrán Cordero

“Todo esto pasó con nosotros, nosotros lo vimos”

Poema Nahuatl del libro: La visión de los vencidos.

Todo el mundo piensa que el conflicto social inició en mayo del 2006. Ellas, que han vivido siempre en Oaxaca, saben que no es así. Por eso se fueron encontrando y conociendo, poco a poco, en los distintos espacios de lucha de las mujeres.

Saben que la ciudad está dividida; el sur para los indios y pobres, del Zócalo hacia el norte para los conquistadores y extranjeros.

Ha sido así desde que Hernán Cortés fue nombrado Marqués del Valle de Oaxaca y debajo de la fachada pacífica, se guardan 500 años de explotación. También conocen de las luchas en las que los oaxaqueños buscaron ser los dueños de su destino. “La Plaza Borracha”, dicen en broma al referirse al Zócalo de su ciudad que cada año ha sido *tomado* por los maestros que emprenden la lucha magisterial.

Han visto esa manifestación por 25 años y en ese año del 2006 todo parecía que seguiría por los cauces normales, repitiendo la misma historia de cada año... Pero no fue así.

Ya el 14 de junio el panorama cambió. Ninguna de ellas esperaba ver esa batalla en pleno centro de la ciudad. En su Zócalo, el corazón que recorrieron y lugar donde se reunían en diferentes ocasiones, fiestas, bailes y conciertos. Justo ahí, en el centro de sus vidas, comenzaba una nueva historia.

Ese día se levantaron con el alboroto de la ciudad sobre la que volaban helicópteros que lanzaban bombas de gases, como si se tratara de alientos calientes e irritantes de dragones. Algunas que viven en el Centro, se comunicaron con sus amigas que viven en zonas más alejadas y les dieron

las noticias: la policía intentó desalojar a los maestros y hay una batalla en el Centro.

Así se levantaban diario, intentando seguir con sus vidas en una situación complicada que fue aún más difícil cuando la gente inició la construcción de barricadas para defender sus barrios, calles y colonias.

Además, desde entonces las estadísticas de Oaxaca mostraban que el estado tiene uno de los índices más altos de violencia contra las mujeres. Así que ellas decidieron organizarse para hacer algo por y para las mujeres que estaban en esa situación extraordinaria.

Sentadas en un café reflexionaban que después de varios meses de conflicto e incertidumbre, la ciudad cambiaba sus rostros al anochecer, cuando en la penumbra aparecían tres mil barricadas, fogatas de llantas y la organización de los vecinos para garantizar la seguridad.

Ellas habían estado ahí en las guardias, atendiendo a heridos y enfermos, cocinando, simplemente continuando con su trabajo, son médicas, trabajadoras sociales, luchadoras de derechos humanos de las mujeres. Pero sentadas en un café trataban de hacer algo para normalizar la vida, su vida, en medio de ese caos de ocho meses que era la ciudad de Oaxaca.

Empezaron por reunirse y platicar, cuando surgió la idea.

Una de ellas propuso hacer teatro, sólo una había tenido una experiencia teatral en la preparatoria, muchos años atrás, pero igual la idea despertó el entusiasmo y empezaron por escoger una obra, una que hablara sobre las mujeres, sobre los conflictos de las mujeres, sobre la violencia que se ejerce contra las mujeres.

Pensaron en una fecha, el 25 de noviembre, el Día Internacional Para Eliminar La Violencia Contra Las Mujeres, así tuvieron un tema y motivo, sólo faltaba el lugar, la hora y... un nombre para el grupo.

Luego, los ensayos se dieron en horarios inverosímiles ¿las once de la mañana? ¿al medio día?

Horas en que se podía circular por la ciudad y tiempo en que estaban menos ocupadas. Nunca lograron llevar a cabo un ensayo con todas presentes, pues todas trabajaban en diferentes horarios, además de que viven en lugares distintos y apartados.

Consiguieron un lugar para los ensayos, un salón de yoga, empezaron a escoger los papeles de un modo totalmente heterodoxo ya que cada una eligió el personaje que deseaba representar. Nadie lo discutió ni peleó, cada una se encontraba a gusto con el papel que mejor la representaba.

Una de ellas propuso un nombre para el grupo: “Las Hijas de Lilith,” y explicó por qué.

Dice una leyenda que Lilith fue la primera mujer de Adán, pero como fue hecha del mismo barro, tenía los mismos derechos que él, así que fue repudiada y expulsada del Paraíso. Dicen que anda por ahí junto con sus hijas atreviéndose a hacer cosas donde las hijas de Eva no pueden atreverse.

Ellas tomaron el nombre y continuaron con los ensayos por dos meses. Entonces llegó el momento de buscar un lugar, si realmente se quería llevar a cabo la presentación.

El Comité de Maternidad sin Riesgos se enteró del esfuerzo de este grupo de mujeres y les consiguió un lugar: La Casa de la Ciudad, ubicada en el centro de la capital.

Llegó el día de la presentación, el 25 de noviembre del 2006, ese día habría una mega marcha.

Las Hijas de Lilith llegaron a la Casa de la Ciudad con tres horas de anticipación. A las tres de la tarde. Era la primera vez que estaban todas juntas desde el día que decidieron llevar a cabo su aventura.

Ellas mismas empezaron a preparar el lugar. Montaron la escenografía, acomodaron sillas y colgaron telas y telones. También consiguieron prestado un equipo de luces pero el de sonido faltaba, así que sería teatro de verdad usando toda la voz, todas las voces de las mujeres que se quieren hacer oír.

Terminaron de hacer los arreglos del lugar y llegó el momento de hacer los arreglos de si mismas, de crear el personaje; llegó el momento de transformarse.

Buscando atrevimiento e invocando el espíritu de Lilith

Empezaron por maquillarse, observándose en el espejo en el que se reflejaban ellas y las otras mujeres del mundo. Primero lo hicieron individualmente, pero después empezó la convivencia, se corrigieron una a otras, el maquillaje era profuso, intenso, era maquillaje exagerado teatral puesto en los rostros para poder ser vistos desde la última fila.

Afuera del teatro, se oía el rumor silencioso de miles de pies que empezaron a conquistar las calles de la ciudad, esa personas que expresaban el sentimiento de toda la ciudad, gente que quería recuperar sus derechos, espacios, vidas y que caminaban llenando el espacio de esperanzas.

La marcha rodeaba y envolvía cariñosamente el centro de su ciudad, tratando de exorcizarla, de sacar de ella la obscuridad que se había enseñoreado en su centro. Mientras, adentro del teatro había expectación, nervios. Llegó el momento en que las mujeres se empezaron a probar el vestuario, minutos después vigilaron que todo quedara en su lugar.

Las Hijas de Lilith abrieron el telón y la obra comenzó a “correr”. Era la primera vez que la verían completa, era la primera vez que todas estaban juntas. La incertidumbre las merodeaba, pues no sabían si las cosas saldría como se habían planeado.

De pronto, afuera del lugar, el silencio se transformó y el murmullo inicial de miles de gargantas se convirtió en un gran viento, como si se tratara de un bramido de una bestia fabulosa que coreaba su desesperación y coraje.

Empezaron las carreras. Ellas abrieron la puerta y, con sorpresa, observaron el cambio en su ciudad. Ésta se había convertido en un campo de batalla en el que volaban piedras, canicas y granadas de gas. Vieron pasar gente lastimada, herida, golpeada. Vieron rostros conocidos, el vecino, el amigo y compañeros que se cruzaban con ellas rumbo al trabajo, esos que sonreían todos los días, el chofer del camión, el maestro.

Entonces, escucharon el aumento del ruido, el sonido producido por los golpes de las macanas negras en los escudos, botas negras marchaban en el asfalto, órdenes de comandantes a sus subalternos, motores de tanques grises que lanzaban chorros de agua al golpear las paredes y gritos de gente que recibía el líquido en sus cuerpos.

Adentro, ellas esperaban y se desesperaban. Al verse atrapadas y sin poder hacer nada desde donde estaban, sólo podían abrir la puerta para dar resguardo a algunos de los combatientes que, junto con ellos, entraban al lugar también el miedo y la incertidumbre.

El lugar se había vuelto inseguro y el gas, que las ahogaba a todas, comenzó a entrar, pronto las granadas empezaron a caer dentro de la

Casa de la Ciudad. Lo único que les quedaba era salir y tratar de ponerse a salvo.

Las Hijas de Lilith decidieron salir juntas tomadas de la mano para no perderse y poderse ayudar en caso necesario. Las ocho maquilladas y vestidas para la presentación dejaron atrás sus ropas de diario, sólo recogieron lo indispensable.

No sabían cuánto tiempo había pasado, sólo notaron que ya era de noche, sus rostros eran alumbrados por las llamas del fuego que surgían de autos, fogatas y edificios.

Así, tomadas de la mano, maquilladas y vestidas de negro con tacones, empezaron a desfilas entre los grupos que combatían. Surgiendo de entre el humo, poco a poco, una por una, con paso firme y decidido controlaban las ganas de correr, gritar, sólo así lograron pasar entre los grupos que batallaban.

Las Hijas de Lilith

Hubo gente que se sorprendió por ese desfile y aparición fantasmal, no entendía qué hacían esas mujeres en ese lugar de niebla y humo; como si fueran las “lloronas” iban caminando en medio de los vehículos ardiendo, bajo las piedras y bombas que volaban en sus cabezas, junto con las canicas lanzadas por las resorteras y ondas.

Detrás de ellas, de esa aparición, el paréntesis se cerró y de nuevo continuó la batalla. El humo se hizo denso y se fue hacia arriba, rumbo al cielo, llevando las noticias de lo que aquí vimos el 25 de noviembre del 2006 en Oaxaca.



Contraofensiva del 25 de noviembre 2006

Román López Reyes

Oaxaca, Ciudad de la Resistencia, México.

I.

La noche esparce incienso picante,
el murmullo entrecortado de tus palabras
me hacen volver la mirada.

Nuestros ojos agraviados,
arden de gas lacrimógeno...

A pesar de esta batalla desigual
me señalas una estrella.

En el susurro del silencio cubres tu rostro
y en secreto me dices:

– ¡Se acabaron las canicas y las piedras,
sólo nos queda un balín de acero!

II.

– ¡Putra madre! ¡Nos están partiendo la madre!

– ¡Nos tienen rodeados!

– ¡Mentira que los ángeles caen del cielo!

– ¡Están tirando a matar!

– ¡Se los dije, cabrones...! ¡Se los dije! ¡Era una trampa!

– El olor de esa mierda, no nos permite avanzar.

– ¡No te muevas!

– ¡Agáchense!

-¡A la pared... a la pared!
-¡Recárguense!
-¡Cúbranse!
-Parece que la única salida es por el Llano,
corre la voz, compa!
-¡Los barricaderos necesitan más cohetones!
-¡Vamos! Si me agarran no dejes de correr.
-¿Y si me agarran a mí?...

III.

-No sé qué pasó, no lo sé mamá,
nunca me lo vuelvas preguntar,
lo único que recuerdo es que...
¡Después que corrí para salvar a la maestra,
me pegaron en la cabeza, me violaron, me ultrajaron!
Después de cada madriza me gritaban:
-¡A ver APPO, hijo de tu pinche madre;
quiero ver qué tan valiente eres!
-En los testículos y en la espalda, toques de muerte.
¡No sé qué pasó, *ma'*, no lo sé!
Después de varios días,
que hicieron mi vida como un pedazo de trapo,
me tiraron en un bote de basura.
No sé que pasó después, no lo sé.
Hace tiempo que ando extraviado,
parece que estoy loco,
la verdad es que soy un rebelde,
... el hombre de honor debe preferir la muerte antes que traicionar a
su gente.

Recopilación de hechos.

Muchos compañeros se salvaron y están en la resistencia. Los líderes ahora son diputados o viven en el extranjero comiendo en exceso de los impuestos del pueblo; otros culeros siguen transando con el gobierno. A nuestros muertos, desaparecidos, exiliados y lisiados de guerra, parece que nadie quiere recordarlos.

El subversivo Demetrio, hace tiempo que dijo:

— ¡El pueblo puede perder batallas, pero jamás perderá la guerra!



La huída

Luis Enrique Ramírez López

“**L**os eventos relatados a continuación tienen su origen en hechos ocurridos el 25 de noviembre del 2006 en la ciudad de Oaxaca de Juárez, México, pero está redactado para que el lector, de acuerdo a su propia subjetividad, los ubique en cualquier lucha personal o social, en cualquier tiempo y espacio, para que no olvide que la lucha es por el pueblo.”

Habían corrido ya por lo menos seis cuadras. La oscuridad no les permitía reconocer el lugar, la fatiga en sus cuerpos se hacía más evidente al intentar correr más rápido. El ambiente estaba impregnado de un aroma corrosivo que circulaba en los pulmones y se te encajaba profundamente en los ojos y en las entrañas. Uno de ellos llevaba una quemadura en la mano derecha que dejaba entrever una de las secuelas de la batalla.

De pronto ambos se detuvieron, se escondieron entre algunos autos amontonados que se encontraban en lo que ahora parecía una larga avenida. El fuerte sonido de las sirenas se oía por lo menos a dos cuadras de su posición, el ruido producido por aquellos vehículos les producía un sentimiento que podría fácilmente confundirse con un furia más tendiente al miedo, ellos recordarían ese sonido por mucho tiempo a lo largo de su vida pero, por ahora, éste se había ido sin percatarse de su presencia.

Decidieron nuevamente seguir en la huída, la luz del deplorable alumbrado público les permitió mirar el sitio en que caminaban y a la vez los hizo mirarse a la cara por primera vez, descubriendo un rostro desconocido por parte de los dos.

El que caminaba a la vanguardia llevaba una playera negra que tenía una malgastada figura del Subcomandante Marcos en el frente, botas, pantalón de mezclilla y una mochila negra que en ese momento parecía bastante pesada. Su fisonomía era un bosquejo bastante gastado del vocalista de los Sex Pistols, empezaba a caminar más despacio, una herida en la pierna empezaba a molestarlo exageradamente.

El que le seguía, llevaba puesta una sudadera azul marino que tenía visiblemente expuestos los estragos que los años habían hecho en ella, usaba huaraches y un pantalón de vestir roto de las rodillas. En la mano llevaba un paliacate rojo cubriendo una quemadura probablemente causada por un petardo de gas lacrimógeno, su rostro seco se acomodaba perfectamente a la escuálida forma de su corto cuerpo.

La batalla había iniciado cuatro horas antes, pero sus sonidos aún retumbaban en la penumbra de la ciudad. La marcha había salido de la Casa de Gobierno y pretendía hacer un cerco a la policía que hacía ya más de un mes había secuestrado a sangre y fuego el Centro Histórico de la ciudad.

Pero el Estado tenía sus propios planes, provocadores se habían infiltrado e iniciaron el conflicto; de pronto el cielo se cubrió de una niebla espesa, dañina, irritante, aquel gas que dejaron a su paso los petardos lacrimógenos lanzados por los “guardianes del orden”.

La resistencia hizo eso, resistir, tirar piedras, lanzar cohetones, bombas caseras, el ingenio de la insurrección se hacía presente pero no era suficiente, los polizontes avanzaban con imponencia, dejando terror y un eco de muerte a su paso y a pesar del coraje y dignidad de los marchantes, la multitud fue sofocada.

De pronto, decenas se encontraban buscando refugio en la sombra de los fríos edificios urbanos, de las lastimeras patrullas judiciales; la radio del movimiento en esos momentos, a voz de un ya rendido conductor, incitaba a la subversión masiva directa, pero en la calle ya no quedaba nadie, muchos estaban siendo arrestados, encarcelados o torturados y los pocos que todavía se encontraban afuera seguían huyendo.

Ahora corriendo aún, había dos de ellos, no se conocían, se habían encontrado en la huída, inclusive desconfiaban entre ellos, pero el miedo los mantenía juntos.

De repente, uno de los combatientes se detuvo frente a un portón rústico color café, sacó unas llaves de la pesada mochila, abrió la puerta y entró. El que se quedó afuera sintió un frío congelante resbalándole por toda la espalda, ahora estaba solo, sin saber a dónde huir, a quién acudir, la presencia que le daba valor ahora lo había abandonado; se acercó con lentitud al portón café y ahí se quedó parado. El sonido de las patrullas acercándose rápidamente interrumpió sus pensamientos, estaban ya muy cerca, estaba demasiado cansado para correr, sus ojos estaban hinchados, tenía frío y miedo, pudo ver a la patrulla dando la vuelta a la cuadra, estaba petrificado...

En segundos, sintió como unas fuertes manos lo jalaban hacia atrás, cayó de espaldas al suelo, vio rápidamente cómo se cerraba una puerta café. Lo último que oyó fue el sonido de la patrulla pasando de largo por la calle, su último pensamiento fue que estaba a salvo, miró al cielo y se desmayó.



Gramófono social

Eduardo Castillo Cruz

La gaita históricamente transmite música con mensajes y noticias en una ejecución solemne, triste y con porciones de coraje. Son latidos del recuerdo que se activan al escuchar cinco toques de batería seguidas de un grito agudo y feroz, reforzado por otro agudo y desgarrado. Una melodía compuesta para varias emociones. El silbido de una flauta con seis orificios modula el sentimiento de frustración y de esperanza.

“La voz dormida” lleva por nombre, pero nadie sabe quién y por qué fue seleccionada esta melodía para despertar silenciando poco a poco una radiodifusora que tuvo su mayor audiencia a partir del catorce de junio de dos mil seis. Una radio convertida en megafonía de protesta, pero mañana, tarde y noche la batería con sus cinco redobles, el grito de ataque y la flauta de origen irlandés hacían lo suyo. Las repeticiones estridentes traían como fin distorsionar la transmisión y provocar una intensa desesperación.

Era una doble desesperación, la de un radioescucha inquieto por saber de los últimos acontecimientos y la de un gobierno necesitado de datos para planear y callar la protesta. En las dos corría la angustia, en la primera se acompañaba de frustración, de coraje y de impotencia, mientras que la otra significaba la ansiedad por mantener el poder corriera quien corriera.

La breve conversación que sigue son dos siluetas de un conflicto social en Oaxaca, que explican como el año dos mil seis se encargó de labrar, a

través del fragmento de una melodía, un significado más eficaz que la tristeza escuchada con tristeza y la nostalgia multifracturada.

–Dime si no –le decía Cordero a Josefina mientras escribía en un pedazo de periódico –sé que existe un lugar mas allá, entre las estrellas, donde nacen los versos que yo nunca pude encontrar, donde el alma dé a luz y al parir de ella nazcan besos con labios de esperanza. Yo creo en ti, creo en mi. –Tomó aire y externó –me dan ganas de llorar “mecaí”, pero también me inyecta esa libertad con fuerza que significaba sintonizar Radio Universidad con esa pinche musiquita rockera sobrepuesta en la trova de Gabino Palomares.

Josefina, madre soltera de un pequeño de cuatro años, con una fortaleza a prueba, sólo miraba los ademanes de quien ahora jugaba las veces del padre de su hijo y del que venia en camino. Tenía dos meses de embarazo.

–Pues llora, eres libre, –señalaba con una palita de madera, pausaba la voz mientras batía dos claras de huevo en un plato de aluminio y con voz quedita sus labios carnosos musitaron –llorar es purgar la pena, deshidratar todo el miedo que hay en ti, es sudar la angustia que te llena, es llover tristeza para poder ser feliz. Deja salir los fantasmas que amargan besos y dan, a cambio de tus silencios, acopio de ansiedad, mutilada paz. Que llueva tristeza al llorar y que sacie la amargura su sed. Las lágrimas son el jabón que limpia de penas tu piel.

–¿Esa cuál es? –preguntó Cordero.

–Pues Mago de Oz –le contestó aún cantando Josefina, –es la canción del poema de la lluvia triste.

Cordero calló un momento para recordar de manera fugaz que siempre fue un niño impulsivo y aventurero, huérfano desde los cinco años, su abuela de 63 años siempre le cantaba emulando la lluvia. Tal vez porque el río que estaba cerca de esa casa fresca, aromatizada con carrizos y arcilla del pueblo, les daba alimento por lo menos cuatro días a la semana. Era delicioso almorzar y comer “charalitos” que capturaba con anzuelo y cordel en mano.

Fue en el mes de septiembre de dos mil siete cuando llegó a las manos de Cordero la copia de un disco doble de Mago de Oz, un grupo español que, con sus fusiones e instrumentos celtas, ha ganado seguidores pero

también tiene detractores que los acusan de ser “satánicos”. Esa tarde estuvo con el “tal Iván” en su puesto del Conzatti y compró una copia del grupo de Rock autor de la canción “Fiesta Pagana”, esa rolita que Mari Carmen, la hija de su vecina, había elegido en lugar de vals el día que cumplió quince años.

–No me digas que te late el violín y la flauta con el ensamble de guitarras. Suena poca madre esa fusión y además me trae un chingo de recuerdos “La Voz Dormida”, –aseguraba Cordero.

Los pensamientos de Cordero flotaron de inmediato, después de platicar un rato en el tianguis, la oscuridad se hizo presente, llegó a su cuarto de la colonia La Cascada. Antes de activar un pequeño auto estéreo que tenía conectado en dos bocinas, dio sorbitos a una botella de mezcal que tenía en una esquina del repicero.

Escuchó con atención una introducción de órgano en el primer disco, con sobresalto detuvo el inicio de la canción dos, se trataba de la interferencia siniestra que habían utilizado en el dos mil seis para apagar el único medio de comunicación de quienes aún resistían después de cuatro meses.

–Mira Josefina, no tienes idea cuánto me estremeció escucharla, repetí una y otra vez la rola, muchas veces mientras lloraba por todos aquellos que nos conocimos y nos dimos tiempo de identificar algunos puntos en común. Ese grupo, inexistente para mí, ahora es un pedazo de mi historia con significado. Quien ideó destruir sueños y esperanzas seguramente olvidó las letras de Mago de Oz. –Cordero hizo una pausa, miro las palmas de sus manos, las cerró con fuerza y las dirigió hacia arriba, pensando en la estridencia de la música que intentó una tortura efectiva. –¡Falló! –exclamó.

–Sí, he revisado el sitio oficial del grupo en la Internet y muchos opinan que sus duendes, brujitas y árboles vivientes son gancho publicitario –contestó Josefina queriendo comentar el historial del grupo, pero Cordero la interrumpió y mirando las manos de Josefina, que habían obtenido una espuma abundante en el plato de aluminio, agregó con voz acongojada:

–La parte inicial de “Voz Dormida” se ensambló para formar parte de las transmisiones de Radio Universidad. En ocasiones perceptible, en

otras no, pero la voz que insistía en un pueblo sabio, con dignidad y sin desánimo, no se apagó mientras el grito desgarrado del vocalista de Mago de Oz daba paso a la flauta irlandesa que se repetía sin interrupciones.

–Pero son estúpidos, –continuó –era imposible aislar la voz del redoble de batería y el grito que antecedía a la flauta, el doble esfuerzo de los oyentes para entender los mensajes fue moldeando ideas y acuerdos implícitos.

Los pensamientos de Cordero nuevamente fueron influenciados por el recuerdo de su infancia, una etapa en donde no poseía un relato encumbrado, sólo ocho años y una hazaña insípida que después alguien sin clemencia comparó con la fuga del valiente de Guelatao. Elogio o no, lo llevó a recortar la cabeza de una estampita de Juárez para pegarla en una fotografía que guardaba por años. El único vestigio de un padre y de una madre reunidos sólo en imagen.

–¿Qué tipo de hazaña? –pregunto Josefina

– Repartir cinco mil pesos a la perrada Jose...

–Caray ¿y cómo?

–Sencillo, se lo tomé prestado a una tía que vino de visita, compré frituras y recorrí varias calles de mi pueblo con la complicidad de la jauría. Los perros se agredían por las “papitas” y “churrumais” que les tiraba. Esa historia se la conté a los compas de la barricada de mi colonia, transcurría el mes de septiembre de dos mil seis. Ahí donde me conocieron y conocí el calor de la fraternidad, tequío decían unos, comunalidad aseveraban otros.

–¿También les contaste cuando estuviste en “el botiquín”? ¿No manches! –apresuró Josefina mientras recubría otro chile de espuma.

–Y dime ¿cómo ocultar la virgen de Guadalupe en color azul que tengo tatuada en mi brazo izquierdo? Las iniciales V.S.T en el antebrazo, las mascararas de la risa y la tristeza en el antebrazo derecho y al Cristo Rey con los brazos abiertos en mi pecho. A la barricada no se le podía fallar, son “neta”, saben compartir el pan, si tienes frío te dan una cobijita o buscan medicina para quien se anda torciendo.

–Es cierto, ya me habías contado, llegaste ahí por casualidad una noche que te sentías fastidiado de que nadie te diera trabajo, resentido

con el gobierno que te había castigado por un crimen que no cometiste, olvidado por tus padres.

–Así fue Josefina, de regreso pa’ mi chante les pedí lumbre para prender un cigarro y alguien me invitó a calentarme en un fogón que tenían prendido y como ves, me gusto la lumbre y ahí me quedé hasta que los mandones matones a punta de bala fueron por la gente de la barricada. Sé que existe un lugar donde hallar un beso perdido, donde nacen los sueños y maman oportunidad. Donde hacerte el amor sea morir dentro de tu cuerpo, creo en una caricia, creo que existe ese lugar. Creo en la pasión, ella es mi voz, creo que al final te encontraré –entonó Cordero mientras abrazaba la cintura de Josefina.

–Por fin, cuatro más y termino –dijo Josefina. Mirando la sartén en donde nadaba un chile relleno, con voz nostálgica refirió: –Se apagaron los transmisores a las 16:37 del 29 de noviembre, se apagó el gramófono social que trabajó a marchas forzadas desde el 15 de junio, difundiendo alertas, mensajes revolucionarios y música de protesta.

–Fue un miércoles, –completó Cordero –la gente estaba aterrada por las “caravanas de la muerte” y por los “pefepos”, ya no quisieron quedarse más tiempo. Doña Fidela fue de las últimas en irse, pero fue a petición de los chavos. Cómo olvidar los frijolitos de olla que preparó durante cinco meses en Radio Universidad.

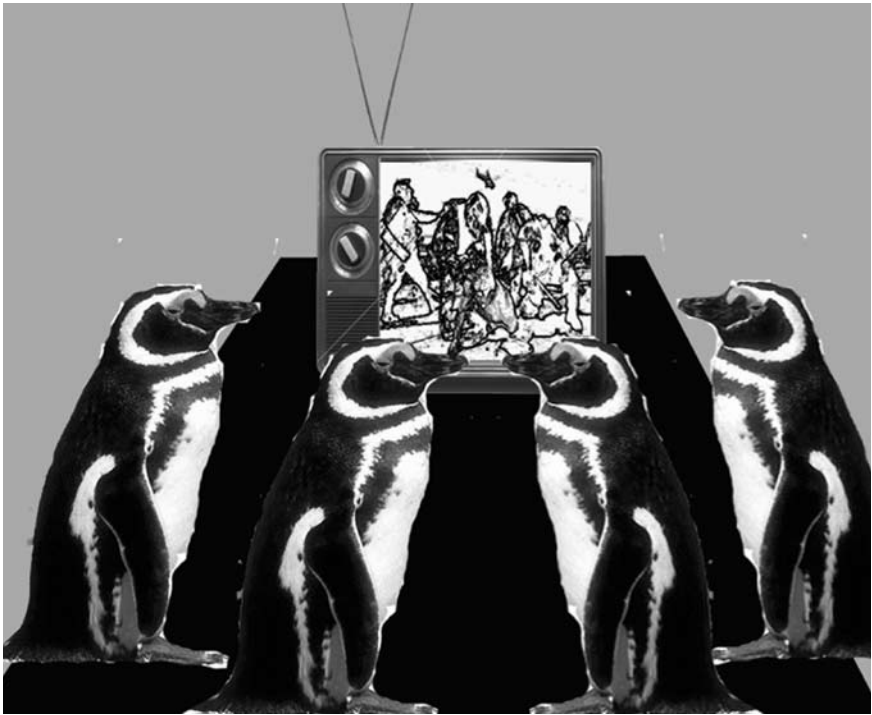
–Es cierto Cordero, esa señora a sus setenta años nos demostró valor y amor por el pueblo, no se desanimó ni cuando rociaron de ácido el equipo manos criminales que dejaron fuera del aire la señal del 1400 de amplitud modulada. Dos meses para ser exactos. Pero ni las balaceras, ni la interferencia dejaron sin voz a la comunidad –concluyó Josefina con una mirada armonizante.

Luz suficiente para que en Cordero se alertaran los sentidos y dijera sin titubeos: – Imbéciles, quisieron vaciar nuestros gritos. –Con una tonada rockera trajo a cuenta la letra de “Fiesta Pagana” también de Mago de Oz: “cómo van a silenciar al jilguero o al canario si no hay cárcel ni tumba para el canto libertario”.

Cordero buscó sus tatuajes religiosos cuando tenía catorce años, cuando necesitaba denunciar toda la angustia existencial que lo exprimía, como una forma de mitigar la ausencia de sus seres queridos y del

calor social que no conocía. En la soledad sólo era acompañado por su misticismo, esa era su forma de pertenecer, su identidad, su afecto a un objeto querido.

Hoy a sus veinte “La Voz Dormida” evoca el recuerdo de una fraternidad que derribó toda esa angustia existencial.



Tinta en el tintero

Marcos Ojeda Galicia

Para referirnos acerca del movimiento social del 2006 en Oaxaca, se requiere fundamentalmente de dos cosas: una pluma y un papel que vienen a ser como las armas de combate de un escritor, cronista, periodista, líder o un ciudadano común y corriente, según el caso.

Estos objetos se vuelven instrumentos de verdadera valía en la lucha de las ideas, pero también son armas poderosas que el hombre ha inventado y que son de primer nivel para ser usadas en su beneficio. Con esto se puede lograr la manipulación, la confusión, el engaño y la traición en su más alta expresión, según la calidad moral de quien escriba.

De estas herramientas se valen los políticos, los gobernantes, los periodistas, los escritores, los líderes, y todos los ciudadanos quienes queramos expresarnos para verter nuestra verdad y que en un momento dado pueden ser determinantes para cambiar el rumbo de las aspiraciones de todo un pueblo. Con pluma y papel se escribe y se da a conocer a la gente todo cuanto uno quiere comunicar.

Lo anterior me recuerda que fueron de los objetos más usados en el movimiento del 2006. ¿Quién no utilizó una pluma y un papel para escribir lo que su juicio le dictaba? Fue la pluma la que se usó para escribir una idea, redactar un comunicado, un cartel, una consigna, o qué sé yo, para argumentar su posición.

Actualmente se usa el bolígrafo que se acaba y se deshecha. Pocas personas usan pluma fuente que todavía las hay, son tan caras que no vale la pena usarlas. El bolígrafo sustituyó a una pluma con manguillo que se usaba antaño y que se mojaba en un tintero, llamado así porque contenía

la tinta para escribir. De ahí se acuñó la frase de: “Se quedó mucha tinta en el tintero”, cuando se quería referir que hay tanto que escribir, tanto que contar, que quedaba bastante tinta para seguir haciéndolo, como ocurre hoy en Oaxaca, luego del conflicto social de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) y el Magisterio, en el pasado reciente 2006 y que aún continúa.

Haciendo uso de la pluma pues, expreso una opinión que vierto atendiendo a lo que vi, a lo que leí, a lo que me dictan los conocimientos que me enseñaron mis maestros a quienes les guardo un recuerdo muy especial, así como a la Historia de la Humanidad, que nos narra pasajes sobre las luchas de los pueblos en la búsqueda de mejores niveles de bienestar y que aplican a lo sucedido en el movimiento social del 2006 en Oaxaca.

Esto motivó a mucha gente a buscar su lugar en donde debía estar en esta lucha social y así fue que la sociedad activa o pasiva conociera y escribiera las muchas historias, que se contaron con pasión, con orgullo y con coraje. Considero que nadie se quedó fuera de este contexto, porque este movimiento sacudió en verdad la realidad en que se encuentra el pueblo oaxaqueño.

Por mi parte, podría decir que esto apenas comienza, es el descontento de un pueblo que ha sido vejado, olvidado, traicionado, las luchas anteriores sólo han servido para enriquecer a unos cuantos. Justo es decir también que se ha avanzado bastante, pero no lo suficiente como para decir que los pueblos han alcanzado sus anhelos. Aún la inmensa mayoría carece de lo más elemental. Faltan empleos, muchos empleos, salarios dignos, vivienda, salud, justicia, respeto a los derechos humanos, etc.

Si los políticos que des gobiernan este estado, lo mismo que al país entero, no ponen atención a las demandas del pueblo y continúan imponiendo su parecer, como eso que quieren imponer como la panacea de la educación llamada Alianza por la Calidad Educativa, sin tomar en cuenta las opiniones de los actores principales que son los maestros y que de alguna manera conocen la realidad de la educación; como querer sostener a fuerza que hay instituciones creíbles que atienden las demandas sentidas de la población; como imponer las obras públicas que se les ocurre y a discreción, sin atender lo que el pueblo necesita; como la falta de oídos para atender verdaderamente las demandas del pueblo; como la

falta en el respeto a los acuerdos y los dictados de la ley, en el respeto a la voluntad popular en las urnas electorales, etc., y si se sigue manipulando todo a conveniencia del gobernante en turno y de la élite social que lo mantiene, no se le augura nada bueno, las luchas continuarán y subirán de tono.

Hoy en día no hay respeto para el ciudadano, el Estado lo criminaliza, lo atropella, lo tortura, lo encarcela cuando plantea sus demandas. Sus derechos de manifestación y de protesta son tomados como alborotadores, desestabilizadores que causan daño a la población y simplemente no se atienden sus demandas. Es tal la indignación de la sociedad que ya no aguanta esta situación y sólo el miedo los detiene.

El movimiento del 2006 así lo expresó: fue el magisterio y las organizaciones sociales que, unidas en la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca dijeron: ¡ya no mas engaños! y elevaron su voz para exigir atención a sus demandas al presentar una lucha legítima y pacífica en aras de encontrar mejores condiciones de vida como las que quiere el pueblo y no como lo quiere imponer el autoritarismo gubernamental. Simplemente no lo atendió y no lo quiere atender.

Sobre el particular, la demanda magisterial y popular fue víctima de una brutal represión y quedó registrada para la historia el 14 de junio del 2006 en Oaxaca como la expresión clara y precisa de cómo un gobierno autoritario resuelve los problemas del pueblo: con policías, macanas, golpes, gases lacrimógenos, detenciones arbitrarias, cárcel, torturas y todo cuanto de violento se pueda imaginar y todavía más, a traición, porque el desalojo del plantón en el Zócalo lo realizaron a horas de la madrugada, con todas las agravantes de ley: premeditación, alevosía y ventaja, sin un llamado de prevención o algo que se le pareciera.

La brutalidad de la policía se hizo sentir ese día, ya que sin respeto alguno de ser hombre, mujer, niño o anciano que se encontraban durmiendo haciendo la guardia de su deber, fueron azotados en forma por demás salvaje; por lo que si hubo respuesta violenta por los maestros, éstos no hicieron otra cosa que defender su dignidad, su decoro al responder con lo que les fue posible para defender su vida si era necesario. Este es un derecho que le asiste a todo individuo que no se le puede negar cuando es agredido físicamente.

Este desalojo fallido en donde videos, fotografías, reportajes y crónicas periodísticas quedaron grabados para siempre en las mentes de los maestros y del pueblo en general, que fueron testigos de estos hechos de agresión, como una forma del gobierno para resolver el conflicto, mostró solamente la incapacidad, la intolerancia y el deseo de no querer resolver las demandas de los profesores que debieron atenderse con el diálogo y la negociación como método para dirimir el conflicto social. Fue tal la represión que no podríamos describir en tan sólo una cuantas líneas y en un pequeño espacio lo sucedido en aquel aciago día del 14 de junio que comentamos. Y si nos referimos a hechos posteriores, menos.

Así pues, la lucha social del 2006 como la percibo continúa, motivo por el cual se seguirán escribiendo otras muchas historias que narrarán los sucesos del día. Es la historia del hombre por conquistar la paz, la igualdad y la justicia por una sociedad mejor cada día. Y por más que se escriba, quedará siempre “tinta en el tintero” para uso de las buenas y malas “plumas”.



Se terminó de imprimir en el mes de julio de 2009 en los talleres de mariolugos en la ciudad de Oaxaca, México. Se imprimió en papel Cultural de 90 gramos y sulfatada para forros.

Su tiraje fue de trecientos ejemplares más sobrantes.

